

HOMENAJES FÚNEBRES

TRIBUTADOS A LA MEMORIA

DEL

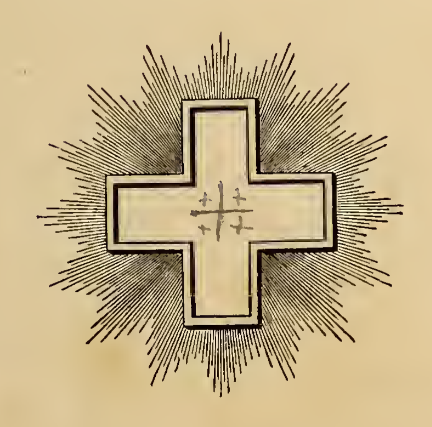
ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR DON

CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

OBISPO DE YUCATÁN,

CON MOTIVO DE SU MUERTE, ACAECIDA

EL 19 DE MARZO DE 1897.



MÉRIDA DE YUCATÁN.

IMPRENTA "GAMBOA GUZMAN."

CALLE 58, Nº 503.

1897.

Su muerte llenó de luto á sus compatriotas, entristeció á sus amigos y no fué indiferente ni para los extranjeros ni para los desconocidos.

TÁCITO.



«Gamboa Guzmán» Imp.

EL ILLMO. SEÑOR DOCTOR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

XXXVI OBISPO DE YUCATAN.

Nació en la Ciudad de Izamal el 19 de Abril de 1,837.—Recibió la orden de Presbiterado en 1,860.—Fué preconizado, por Su Santidad el Sr. León XIII, Obispo titular de Lero y Coadjutor de Yucatán, en 1,884.—Sucedió al Illmo. Sr. Rodríguez de la Gala, como Obispo propio de Yucatán, por derecho de sucesión, en 1,887.—Condecoró á su Cabildo, con traje prelaticio, en 1,889.—Restauró la Universidad Católica de Yucatán, con carácter de Pontificia, en 1,890.—Asistió al primer Concilio Provincial de Antequera, en 1,893.—Promovió y verificó la fundación del Obispado de Campeche, en 1,895,—† Murió, en esta Ciudad de Mérida, el 19 de Marzo de 1,897.—Fué literato insigne, historiador notable, grandilocuente orador, vigoroso polemista: alma grande, carácter esforzado, generoso y magnánimo corazón. La brillante memoria de su virtud y de su sabiduría, no morirá!

IN MEMORIAM . . .



§ Como el olivo que retoña y como el ciprés que descuella por su altura, tal aparecía revestido con el manto glorioso y con todos los ornamentos de su dignidad.

§ Cuando subía al altar santo, hacía honor á las sagradas vestiduras.

§ Celebrarán muchos su sabiduría, la cual nunca jamás será olvidada.

§ No perecerá su memoria, y su nombre será repetido de generación en generación.

§ ¡Bienaventurado el varón justo y sabio, temeroso de Dios!

EL ECLESIASTES . . . LUG. DIV.

LA publicación de este libro, destinado á coleccionar los homenajes fúnebres tributados al ILLMO. SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA, en los momentos mismos del fatal acontecimiento de su muerte, se debe al generoso deseo de muchos amigos y admiradores del difunto Prelado, atentos á conservar, de una manera estable y duradera, el unánime clamor con que la prensa y los escritores de esta ciudad y de México lamentaron la dolorosa desaparición del eminentísimo Sr. Obispo de Yucatán; refiriendo los hechos de su vida memorable, proclamando su fama y su grandeza, y tejiendo para él, con patriótico orgullo, esa inmarcesible corona de laureles que ciñe la frente de los hombres ilustres que pasan á la posteridad y se perpetúan en la historia, vencedores del tiempo, de la tumba y del olvido!

Las generaciones futuras, revolviendo estas páginas un día, escucharán la voz de nuestro dolor y de nuestras alabanzas . . . asistirán á los últimos instantes de S. S. Illma., y contemplarán el grandioso espectáculo, solemne y extraordinario, que presenciamos todos en la mañana del 21 DE MARZO DE 1897: la ciudad entera, puesta de pie, vestida de luto, conmovida profundamente ante aquel lúgubre carro mortuorio que arrancó tantas lágrimas al pasar . . . y la muchedumbre que se lanza en tumulto al través de los campos, para ver, sobrecogida de estupor, la hambrienta sima en que desaparecen para siempre los despojos mortales de aquel hombre, admirable por su virtud, por su sabiduría y por su genio!

Las glorias legítimas y el renombre merecido se engrandecen en el tiempo y crecen con los años: la posteridad que siempre llega, más tarde ó más temprano, consagrará mañana, con fallo inapelable, la grandeza inmortal del Illmo. Sr. Carrillo: pueda también, entonces, decir de nosotros con entera justicia: lloraron su muerte, proclamaron su gloria y honraron sus cenizas!

Mérida, Abril de 1897.



EL ILLMO. Y RVDMO. SR. DR. DON

CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

DIGNÍSIMO OBISPO QUE FUÉ DE ESTA DIÓCESIS,

HA FALLECIDO HOY Á LAS TRES Y CINCO MINUTOS DE LA MAÑANA.

EL Cabildo Catedral, al participarlo á V., poseído del más profundo dolor, le ruega eleve sus oraciones al Altísimo por el eterno descanso del Illmo. Prelado, y se digne asistir á las solemnes exequias que han de celebrarse en la Santa Iglesia Catedral hoy y mañana, así como á la misa solemne de *requiem* que tendrá lugar el Domingo 21, á las seis y media a. m.; sirviéndose acompañar el cadáver hasta la hacienda Petkanché, donde será inhumado.

Todos estos actos se verificarán de conformidad con el programa adjunto.

Mérida, Marzo 19 de 1897.

Dr. Norberto Domínguez, Presidente del V. Cabildo.—Maestrescuela, *Lic. Lorenzo Bosada.*—Canónigo penitenciario, *Dr. Narciso Manzanilla.*—Canónigo 1º de gracia, *Lic. Manuel Acevedo.*—Canónigo 2º de gracia, *Dr. Mauricio Zavala.*—Racionero 1º *Lic. Pedro C. Alvarez.*—Racionero 2º *Lic. Bruno Avila.*

SOLEMNIDADES FUNEBRES

QUE TENDRÁN LUGAR

LOS DIAS 19, 20 y 21 DEL CORRIENTE, CON MOTIVO DE LAS EXEQUIAS

DEL ILLMO. Y RVDMO. SR. OBISPO DE YUCATAN,

DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

Día 19.—A las doce del día será llevado el cadáver procesionalmente desde el Palacio hasta la Santa Iglesia Catedral, y se cantarán en seguida las Vísperas de Difuntos y el primer responso.

A las 5 p. m., canto del primer Nocturno de Difuntos.

Día 20.—A las 9 a. m., canto del segundo Nocturno de Difuntos.

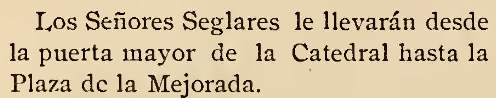
A las 2 p. m., canto del tercer Nocturno de Difuntos.

A las 5 y media p. m., canto de Laudes.

Día 21.—A las 6 y media a. m., misa solemne de Requiem seguida de los Responsos mandados por el Ceremonial de Obispos.

Terminada la solemnidad será conducido el cadáver á la Hacienda «Petkanché,» en donde será inhumado.

Los Señores Sacerdotes llevarán el cadáver desde el Presbiterio hasta la puerta mayor de la Catedral.



Los Señores Seglares le llevarán desde la puerta mayor de la Catedral hasta la Plaza de la Mejorada.

En este lugar se colocará el cadáver sobre el carro fúnebre y seguirá por el ángulo Oriente del Hospital «O'Horán.» Desde aquí seguirá hacia la izquierda, siguiendo la calle que conduce á la quinta «San Pedro» y «Petkanché.»

ORDEN DE LA PROCESION FUNEBRE.

1º La Banda del Estado.

2º Las escuelas católicas de niños.

3º Los colegios de Instrucción secundaria y superior.

4º Los gremios de la ciudad llevando al frente su respectivo estandarte á la funerala.

5º Las Conferencias de San Vicente de Paul, de señores.

6º La Archicofradía del Santísimo Sacramento.

7º El Seminario Conciliar.

8º El Venerable Clero de la ciudad.

9º El cadáver del Illmo. Sr. Obispo. Presidirá el duelo el Presidente del Venerable Cabildo.

10. El cortejo fúnebre partirá á pie hasta la plaza de la Mejorada, pasando por el Parque «Hidalgo.»

11. En la Mejorada se situarán carruajes de todas las personas que deséen acompañar el cadáver del Illmo. Señor Obispo hasta el oratorio de la hacienda «Petkanché,» lugar de su inhumación.

LA COMISION.

NOTAS:—En la Estación de Mejorada y una cuadra al Norte del Hospital O'Horán,» en la vía angosta del Ferrocarril de Mérida á Valladolid, habrá número suficiente de carros de ambas empresas, y los coches de los tranvías estarán situados en el costado Norte de la Catedral, para conducir gratis al público hasta las inmediaciones de Petkanché.

Se suplica á las personas que tengan su habitación por los lugares por donde debe pasar el cortejo fúnebre, se sirvan barrer el frente de sus casas, regarlo y poner alguna señal de duelo.

Una comisión especial señalará en la Iglesia Catedral el lugar que deben ocupar las Señoras y Caballeros, los Gremios y demás corporaciones.

FRAGMENTOS

DE LA

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL, ANTE EL CADÁVER

DEL ILLMO. Y RVDMO.

SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

POR EL SR. RECTOR DEL SEMINARIO CONCILIAR

PRESBITERO DON CARLOS DE JESUS MEJIA,

LA MAÑANA DEL DOMINGO 21 DE MARZO DE 1897.

EL silencio y las lágrimas habrían convenido mejor á mi atribulado corazón en estos tristes momentos! . . . . Pero ¿cómo no acceder á las repetidas instancias de tantos hijos desolados que desean dar por mi medio un público testimonio de su filial cariño al Illmo. y Dgmo. Prelado difunto, antes ¡ay! de que una fría losa cubra sus mortales restos? . . . .

¡Perdona, Padre amado, si mis labios no aciertan á pronunciar un elogio digno de tu virtud y de tus preclaros méritos! . . . . . . Recibe, te ruego, mi respeto y

mi cariño, mi quebranto y mi dolor, y con el mío recibe también el de todos tus amantes hijos que lloran tu muerte!

No vengo á hacer tu biografía, pues las distinguidas cualidades que te enaltecieron son bien conocidas de los que me escuchan: otros la harán con más acierto que yo, y la historia patria conservará tu recuerdo, ya que fuiste uno de los más ilustres hijos de este privilegiado suelo yucateco!

Antes de decirte el último adiós, voy con suma brevedad á señalar algunos de los rasgos más salientes de tu carácter, y á recordar que tus virtudes te hacen muy digno de nuestra imitación, de nuestro respeto y de nuestro cariño.

***

El humilde hijo del pueblo que sin títulos de nobleza supo ennoblecerse á sí mismo y dar gloria á su patria; el que por su buena índole y claro talento y por el amor de la virtud y de la ciencia se procuró una esmerada educación, buscando el amparo y dirección de personas tan respetables y tan dignas como los Guerra y los Quintana; el que no satisfecho con los limitados conocimientos que se adquieren en las aulas, consagró toda su vida á serias investigaciones y estudios; el que sintió arder en su pecho la sagrada llama del amor patrio, y procuró todo el bien que estuvo á su alcance al país que le vió nacer; el que no vaciló, en fin, en sacrificar su vida por el bien de sus hermanos, es ciertamente un hombre noble y digno de imitación. Con su ejemplo nos está enseñando de cuánto es capaz un joven virtuoso y de aspiraciones nobles, cuando desprovisto de bienes de fortuna pero lleno de buena voluntad, se dedica con perseverancia al perfeccionamiento intelectual y moral de su educación, como lo hizo siempre el Illmo. Señor Carrillo . . . .

***

He dicho que nuestro amado Pastor es muy digno de nuestro respeto: porque si la ciencia da respetabilidad al que la posée, la virtud la aquilata, y cuando á esto se añade la renuncia del mundo y la consagración á Dios por medio del Sacerdocio, que es el más sublime de los estados, el joven condecorado con tan excelsa dignidad es digno del repeto y de la veneración no sólo de los hombres, sino también de los mismos ángeles, según la expresión de San Ambrosio. Y cuando el Sacerdote se dedica con empeño á promover la mayor gloria de Dios ora celando el decoro de su casa, ora anunciando la palabra divina desde la cátedra sagrada, ora enseñando en las aulas, ora, en fin, defendiendo con ardor los intereses de Dios y de su Iglesia, entonces crece de punto el respeto á que es acreedor. Y si este mismo Sacerdote, por sus bellas cualidades, se capta la justa estimación de sus superiores y les merece su confianza al grado de confiarle los más delicados empleos; finalmente, si el mismo Vicario de Jesucristo en la tierra, le considera digno de compartir con un santo obispo la administración de la Diócesis, y le distingue con el elevado carácter episcopal, semejante Sacerdote es, sin duda Señores, muy digno del mayor respeto y veneración! ¡Pues tal fué el Illmo. Sr. Carrillo . . . !

***

Pasemos adelante.

Cuando un Obispo conoce la gravedad de sus deberes, y comprende que la cruz que lleva sobre su pecho es el emblema de la cruz de Jesucristo y de la abnegación constante con que debe apacentar á su rebaño; cuando se consagra sin reserva á procurar la felicidad de sus amados diocesanos; cuando no da tregua á sus trabajos, y se mul-



tiplica y se hace esclavo del deber y avaro del tiempo; cuando estos sacrificios muchas veces ignorados, ó á lo menos poco conocidos de los fieles, van minando insensiblemente la salud y consumiendo la vida, y cuando por fin, una muerte temprana viene á herir esa preciosa existencia y á poner un hasta aquí á la actividad generosa de un Prelado . . . decidme, señores, quien así se sacrifica ¿no es muy acreedor á la gratitud de sus diocesanos? . . . . Pues tal fué el Illmo. Sr. Carrillo!

Sí, él es digno de imitación por el noble empeño que tuvo en perfeccionar su educación; digno de respeto por su elevado carácter, y digno de cariño por los sacrificios que se impuso por nuestro bien! . . . .

* * *

En confirmación de cuanto llevo dicho, no quiero que pasen desapercibidos algunos de los muchos actos de virtud de su vida privada que yo mismo presencié, y que me hicieron profesarle siempre el más respetuoso cariño.

Amante de la perfección sacerdotal, trabajó con empeño por restablecer en la Diócesis la excelente práctica de los Ejercicios del V. Clero: hízolos con gran fervor en 1877, y al terminarlos me rogó con toda la efusión de su alma recomendase á los P. P. del Seminario, hiciesen fervientes súplicas á Dios Nuestro Señor porque dicha práctica se estableciese en la Diócesis, y desde el año siguiente tuvo el consuelo de ver satisfecho su piadoso deseo, y los Ejercicios del Clero se han venido practicando todos los años.

En el mismo año de 1877, supo que se iba á dar una misión en la Isla del Carmen, y manifestó ardientes deseos de tomar parte en los humildes trabajos de los Misioneros, y lo hizo con tanto fervor y con tanta humildad, que me sirvió verdaderamente de grande edificación.

Siendo Capellán de Jesús María, demostró la ardiente devoción que profesaba á la Santísima Virgen María. Sin duda recordareis los solemnes cultos con que se celebró la dedicacion de la hermosa Imagen de Nuestra Señora de Yucatán, cuya devoción se ha propagado tanto por toda la Península, debido al ferviente celo de su amante devoto.

En 1882, procuró que se estableciese en la Diócesis, la Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento, fundada en Bélgica, por el Rvdmo. P. Eymard, y tuvo el consuelo de verla extenderse en muchas Diócesis de la República y aun de Centro América.

Siendo ya Obispo, era exactísimo en sus ejercicios diarios de piedad. Su fidelidad en asistir á las funciones solemnes de la Catedral, era admirable. Aun me parece verle entrar por esa puerta, con semblante afable, y asistir desde su Trono á los oficios divinos, con aquella actitud grave, recogida y modesta que tanto le distinguía.

En los días de su gravedad rezaba devotamente su rosario, y después de recibido el Sagrado Viático, aunque tan fatigado, me llamó para recomendarme, entre otras cosas, los Santos Ejercicios Espirituales, que hoy mismo, señores, recordadlo, van á comenzar!

Una de sus últimas firmas fué la del nombramiento del Sr. Canónigo D. Celestino Alvarez, para establecer en su nombre, en esta Diócesis, el Apostolado de la Cruz, que tan buenos resultados está produciendo en las otras Diócesis de la República, y varias veces le recomendó el empeño en establecerlo y propagarlo.

En los tres últimos días que precedieron á su muerte, oía con tierna piedad las oraciones que se le rezaban, y respondía con fervor. Bien podemos decir que murió



orando, y que su muerte fué su última oración, y el sacrificio de amor que en la efusión de su alma ofreció al Señor.

En el momento solemne de recibir el Sagrado Viático, se hizo conducir á la Capilla Episcopal, revestido de sus insignias sagradas. Ah! entonces tuvo lugar una escena ternísima, cuyo recuerdo debe guardar la posteridad. Se puso de rodillas para rezar el Confiteor y para recibir el Sagrado Viático, y fué preciso levantarlo, casi en peso, pues desfallecía. En seguida, con voz trémula ya, y apagada, dijo á los asistentes que estaban arrodillados y con los ojos anegados en lágrimas, estas ternísimas palabras, que fueron su despedida y última voluntad:

"Hijos míos! Me encuentro ya en mis últimos momentos y próximo á compa- "recer en el tribunal de Dios para dar cuenta de mi administración! . . . . Os "ruego que os compadezcais de mi pobre alma! . . . .

"Aunque siempre en mis actos me guió la mejor buena voluntad, pero por la fra- "gilidad humana, os pude haber ofendido en algo en cuanto al modo ó en cuanto á la "forma, y así os ruego que me perdoneis! Rogad por mí! no me olvideis! Yo tam- "poco os olvidaré delante de Dios. Recibid, hijos míos muy amados, en prueba de mi "tierno afecto, mi pastoral bendición."

Tales fueron las ternísimas palabras de despedida de nuestro Venerable Padre y Pastor, que quedarán para siempre grabadas en mi memoria.

* * *

Nosotros también, señores míos, antes de dar sepultura al cadáver de nuestro amantísimo Padre, pidámosle perdón de cualquier motivo de pena que pudiésemos haberle dado.

Sí, Padre mío! perdónanos si te hemos contristado alguna vez, perdónanos y ruega por nosotros al Señor! Te ofrecemos no olvidarte, cuenta siempre con el humilde tributo de nuestros recuerdos y de nuestras oraciones! Que éstas te sirvan para abreviar el momento felicísimo en que debes entrar en posesión del reino celestial.

Adiós, Padre amado! Vuela al cielo y ruega allí por tus desolados hijos! . . . . ¡Ruega, sí, por esta tu amada Diócesis que hoy gime en la orfandad! Pide para el Dgmo. Sr. Vicario Capitular que debe gobernar en la vacante, la salud y el acierto en su gobierno!

¡Ruega al Supremo Pastor de los Pastores, Cristo Jesús, que nos conceda un nuevo Pastor según su corazón, que nos apaciente con la ciencia y la doctrina!

Ruega también por tus dignos paisanos los magnánimos hijos de Izamal, que te han mostrado un cariño y solicitud tan exquisita durante tu enfermedad, que no se han separado de tu cadáver, y que han tomado una parte tan principal en estas manifestaciones de duelo general! . . . .

Teneis sobrada razón, izamaleños! Porque si estábais noblemente satisfechos por contar entre vuestros paisanos á un Prelado tan Ilustre y que tanto os distiuguió con su cariño, justo es que vuestro pesar sea también grande por su muerte. Pero, consolaos! Él, desde el cielo, rogará por vosotros y por vuestra felicidad.

Rogad, en fin, á Dios ¡oh Padre amado! por todos y cada uno de nosotros, para que tengamos una muerte santa y vayamos á unirnos contigo en la patria celestial. Amén.



PRONUNCIADA POR SU AUTOR

EN LA PUERTA MAYOR DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL,

ANTE EL CADÁVER DEL ILLMO. Y RVMO. SR. OBISPO DIOCESANO, DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

POCOS MOMENTOS ANTES DE PARTIR

EL FUNEBRE CORTEJO PARA LA FINCA DE CAMPO «PETKANCHÉ,»

LUGAR DE LA INHUMACION.

SEÑORES:

DICHOSOS, mil veces dichosos los pueblos que tienen sus muertos ilustres, porque en ellos están vinculados sus más honrosos prestigios y su gloria imperecedera.

En estos graves y solemnes instantes no debemos, nó, aterrarnos y afligirnos ante el pavoroso espectáculo de la muerte, que es grandiosa transfiguración para las almas escogidas y cumbre resplandeciente donde se agigantan y se iluminan los espíritus superiores.

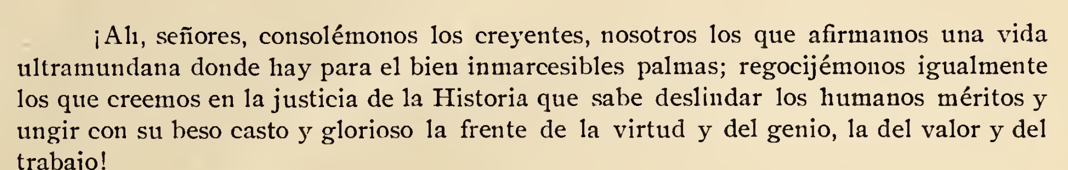
¿Sabéis, señores, cuál es la triste y verdadera muerte? La de los inútiles. La de aquellos hombres que jamás hicieron el bien; la de aquellos *á quienes desprecian la justicia y la misericordia divinas*, según la hermosa y terrible expresión del gran poeta florentino; la de aquellos que sucumben y caen en el espantable báratro de la eternidad, ignorados y sin hacer ruido, como la liviana pavesa, por el viento desprendida de la antorcha, que la llama voraz incendia y consume.

¿Sabéis, señores, cuál es la triste y verdadera muerte? La de los perversos. La de aquellos que inundaron el haz de la tierra con la sangre de sus hermanos y sembraron en torno suyo la amarga duda y el luto y la infinita congoja y la impenitente desesperación que á Dios vuelve las espaldas. La de aquellos que sucumben y dejan la vida, abrumados de negras maldiciones, perseguidos por implacables odios. Esos, esos son, señores, los que mueren verdaderamente.

¡Oh! pero los grandes hombres, los que hicieron el bien y propagaron la ciencia y sirvieron á su patria; los virtuosos, los sabios, los apóstoles del trabajo honrado, los héroes, esos nunca mueren, esos están predestinados á la Inmortalidad.

Y uno de esos predestinados, uno de esos grandes y eminentes hombres, es el conspicuo prelado, ante cuyo cadáver tengo el pesar de hablaros y vosotros me dispensáis el honor de escucharme.

Decidme, ¿qué importa que esa frágil y deleznable envoltura se disuelva y se pulverice y desaparezca; qué importa que estén para siempre mudos esos labios y esa lengua, y que esa mano esté rígida y helada por el hálito impiadoso de la muerte, si la palabra que trazó con la pluma esa mano, la aprisionó el libro y en sus páginas vividoras, brilla y bulle la idea palpitante; si la palabra ya robusta y armoniosa, ya elocuente, elegante y florida que pronunciaron esos labios y articuló esa lengua, dejó perenne rastro de pensamientos fulgurantes en las inteligencias, y abrió en todos los corazones irrestañable manantial de purísimos afectos y esperanzas, de dulces é inefables consuelos?



¡Ah, señores, consolémonos los creyentes, nosotros los que afirmamos una vida ultramundana donde hay para el bien inmarcesibles palmas; regocijémonos igualmente los que creemos en la justicia de la Historia que sabe deslindar los humanos méritos y ungir con su beso casto y glorioso la frente de la virtud y del genio, la del valor y del trabajo!

Lloremos en buen hora, la perdurable ausencia del Pastor, la dolorosa pérdida del sabio, la eterna partida del egregio patriota y del noble amigo; mas pensemos en que Pastor, le pertenece al cielo; sabio, le corona la ciencia; patriota, le aclama, le alaba y le bendice el pueblo; amigo, le acompaña nuestro inmenso é indeleble cariño.

Sobre la losa del sepulcro que ha de encerrar estos inertes despojos, objeto de nuestro respetuoso homenaje, la Fe y la Piedad cristianas en íntimo y amoroso consorcio, grabarán esta sublime sentencia de la Verdad Increada: *Beati mortui qui in Domino moriuntur. Dichosos los muertos que mueren en el Señor.* La Fama imparcial y justiciera esculpirá á su vez este bello y lacónico epitafio, que la gratitud del pueblo francés dictó para la tumba de uno de sus más sobresalientes repúblicos: *Patriam dilexit: veritatem coluit. Amó á la patria: honró la verdad.*

¡Adiós! Duerme en paz ilustre finado!

Mérida, Marzo de 1897.

RAMÓN ALDANA Y SANTA MARÍA.

ALOCUCION

ANTE EL CADÁVER DE S. S. ILLMA., PRONUNCIADA

POR

DON NESTOR RUBIO ALPUCHE,

EN LA

HACIENDA «PETKANCHÉ,» EL DIA 21 DE MARZO DE 1897.

VENID, sí, venid á verlo por última vez. Ya está abierta la tumba en que van á sepultarlo y preparada la piedra que va á ocultarlo á nuestras miradas. Haceis bien de acudir en tropel á este campo habitualmente tan solitario y que ahora está poblado con el eco de nuestros gemidos. En presencia de estos árboles que rodean la humilde capilla que se ha elegido para depositar sus despojos mortales: á la luz del sol que á plomo hiere nuestras cabezas, podemos dar á nuestro dolor toda la expansión que necesita. La ciudad hubiera sido cárcel estrecha para un sentimiento que sólo es capaz de comprender quien hubiese tenido la dicha de conocer al buen Padre que acaba de caer bajo el golpe de la muerte, al ilustre ciudadano que no seguirá guiándonos, al grande y noble Obispo que nos ha abandonado para siempre.

Sus virtudes privadas resplandecieron desde la niñez. Los pocos amigos de su infancia que viven todavía, á algunos de los cuales diviso entre la muchedumbre que me rodea, dicen que su obediencia y cariño á la mujer que le dió el ser, eran citados con elogio por cuantos conocían á la familia del Sr. Carrillo y Ancona. Reducida su virtuosa madre á gran pobreza, por temprana viudedad, el futuro Obispo trabajaba materialmente en lo que sus años le permitían, para aliviar la situación de aquella señora, que ignoraba que en sus calamidades domésticas de orfandad y privaciones, había el designio

providencial de templar un alma cuyas dotes hemos admirado nosotros cincuenta años más tarde. Modesto y afable con sus condiscípulos, respetuoso con sus superiores, puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, el pobre joven llegó á captarse el aprecio de personas de posición y pudo subir á esferas más elevadas. En ellas fué siempre el mismo de antes. En todas las épocas de su gloriosa carrera, se distinguió por sus hermosas cualidades morales que tomaban nuevos y variados brillos, según las circunstancias; pero se veían formando el fondo de su personalidad, la consecuencia con sus antiguos amigos, la magnanimidad con los enemigos que su mérito le suscitaba, la rectitud de sus juicios y la santidad de su vida. Y como una luz que iluminaba, no sólo sus actos, sino su rostro, brillaba en él la virtud de la pureza, rara prenda que eleva las inteligencias hasta esa altura en que los espíritus comienzan á sentir los estremecimientos que produce la cercanía de la divinidad.

Fué también un gran ciudadano porque procuró con todas sus fuerzas el prestigio de su patria. Sus obras literarias é históricas son la defensa de nuestras glorias nacionales y el panegírico de nuestros grandes hombres. Y no había en él prejuicios de sistema, porque elogiaba lo bueno donde quiera que lo descubría, y con el mismo vigor y entusiasmo pinta en sus libros las hazañas de los conquistadores, los sacrificios heróicos de los misioneros y la altivez, constancia y energía de los indios. Como el minero que profundiza las entrañas de la tierra para buscar cuidadosamente oro y piedras preciosas, así él se sumergía en la noche de nuestra historia antigua, para averiguar los monumentos y el génesis de nuestro estado social. Una tradición curiosa, una inscripción antigua, un idolillo encontrado en una escavación, excitaban su actividad y sus aficiones, y hacían que su pluma enriqueciese con nuevos escritos la historia de nuestro país. Y toda esta labor no era otra cosa que la manifestación de su ardiente patriotismo. Porque su patria, para el Sr. Carrillo y Ancona, era una tierra de grandes recuerdos, de interesante historia, de admirables hechos y de vasto porvenir, y la civilización de ella la más antigua del continente americano, y sus pobladores los más virtuosos del Nuevo Mundo. Y para contemplar con tan dulce fruición esas glorias, es preciso amar á la patria como él la amaba; bien así como el hijo cariñoso que no imagina que haya en el mundo otra madre como la suya. No hace mucho tiempo que prestó á la Nación el valioso concurso de su talento, disertando sabia y justificadamente sobre la propiedad de la isla de Arenas, que pretendía usurpar á México una nación extranjera, y el interesante opúsculo que escribió sobre el asunto, fué el más firme documento que se hizo valer en la feliz defensa de la integridad de nuestro territorio.

Como pastor de la Iglesia yucateca, el Señor Carrillo y Ancona era un apóstol infatigable y enérgico, cuyos trabajos son tanto más de admirar cuanto que el personal de que se valía para administrarla siempre fué muy escaso. Pero él suplía esta deficiencia con una constante aplicación al gobierno de su Diócesis, y de esta manera pudo sostener y aun levantar el espíritu religioso, propagar la instrucción cristiana, restaurar la Universidad Católica, proteger al Seminario Conciliar, y alentar las asociaciones de caridad cuyas asambleas tenía especial gusto en presidir. A pesar de todo esto y del exacto cumplimiento de sus deberes oficiales, encontró lugar para expedir durante su cortísimo pontificado veinte y cuatro Cartas Pastorales llenas de sabiduría, algunas de las cuales son notablemente extensas. Estos desvelos pastorales, alternados con importantes ocupaciones científicas, minaron su preciosa existencia, y he aquí que el sabio, el maestro, el jefe, el Padre, viene á buscar reposo para su trabajado cuerpo en ese rincón que no acierto á mirar sin extremecerme, donde las cruces y las coronas, los cirios hu-

meantes y los paños de luto, nos hablan un lenguaje imponente y severo que quisiéramos no comprender.

¿Con que es cierto que lo hemos perdido sin remedio! ¿Con que no volveremos á oir sus enseñanzas, ni podremos en adelante pedirle consejo en nuestros días de tribulación ó de lucha! ¿Con que no fué un sueño haberlo visto tendido, inmóvil, pálido, mudo, en esa misma Catedral donde solía brillar, como Aarón, con sus resplandecientes vestiduras, ya acercándose al altar para consumar el Gran Sacramento, ya subiendo las gradas de su trono para bendecir al pueblo, ya fulminando desde la cátedra sagrada, con el rostro encendido, los rayos de su grandilocuente palabra para conmover nuestros corazones! ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que hieras al Pastor á quien las ovejas se han habituado á seguir confiadamente? Pero ¿cómo podrá compadecerse con tu justicia que una vida de trabajos no tuviera descanso y que una serie de sacrificios no terminara con un premio? Dios es justo: no ha querido que el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona continuase inmolándose por nosotros, y señalando un límite á sus sufrimientos, lo atrajo á su seno para saciar la sed de sabiduría y de amor que devoraba su alma.

Y nosotros los de corazón mezquino y terrenal ¡levantémonos! *¡Sursum corda!* ¡Dios vive para él y para nosotros! Levantémonos al amor y contemplación de los altos fines del espíritu del hombre, y fortificando la fe y la esperanza que nos ha inculcado la religión, miremos frente á frente esa ruina humana y digámosle: ¡adiós, maestro querido! ¡adiós, pastor amoroso! ¡adiós, espejo de patriotas! ¡adiós, padre amado! Hasta la eternidad!

EL ILLMO. SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

> Fué como el grano evangélico que en su misteriosa pequeñez, manifiesta las esperanzas del incremento que había de elevarlo sobre las más altas plantas, y cuyas ramas habían de servir algún día de asilo á las aves del espacio.
>
> MASSILLON. Oración fúnebre á la memoria del Arzobispo de León.

AUN resuena en nuestros oídos, con eco doloroso, el tañido funeral de las campanas con que la Iglesia dió á los aires su primer clamor de duelo, aun nos oprime la angustia con que la fatal noticia hirió nuestro espíritu que alentaba todavía la esperanza!

Fué necesario que contempláramos su cadáver, que sintiéramos la frialdad de la muerte en la mano que besamos y que en los semblantes de todos se dibujara el dolor, para que nos convenciéramos de la triste realidad.

Sí, en presencia de los despojos del ilustre Prelado yucateco, del Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, nos parecía imposible, que en un momento dado, momento escrito en el gran libro de la Eternidad, aquella actividad infatigable, aquella energía vigorosa, aquella vivacidad atractiva, se hubiesen trocado en la ruina inerte é impasible que se ofrecía á nuestros ojos.



Para los que conocimos de cerca al egregio Obispo de Yucatán, su temprana muerte, pues apenas contaba sesenta años, nos ha producido penosísima impresión, no tanto por el afecto particular que le profesábamos, que este sentimiento tendría algo de egoismo, sino por la pérdida no reparable que su desaparición ocasiona.

Pérdida para la Iglesia, porque el Illmo. Sr. Carrillo era un apóstol diligentísimo en la propagación de la doctrina evangélica; pérdida para las letras, porque gran número de libros atestiguan su asidua labor y el ingenio preclaro que de continuo los informaba; pérdida para las ciencias, por los monumentos que en su favor levantara, señaladamente en la Filosofía, la Historia, la Geografía, la ciencia Arqueológica, la Etnología y la Filología, y pérdida para la patria, porque veía en él al defensor, convincente y decisivo, de su integridad territorial y de sus inviolables derechos.

Y cuando más se empeñaba el incansable obrero en escudriñar los secretos de la ciencia, en inquirir en los viejos archivos los más preciosos datos para sus narraciones, en coleccionar fragmentos, al parecer despreciables, de toscos artefactos sepultados en nuestro suelo y que eran para él letras dispersas en que descifraba la civilización de nuestros aborígenas; cuando apenas daba cima á la grande obra de resucitar las excelencias, virtudes y administración de sus predecesores en la Sede Episcopal, á la que él dió tanto lustre y prestigio; cuando su pluma, en fin, húmeda todavía, acababa de trazar la vigésimacuarta Carta-pastoral, que entraña saludable instrucción á la grey que apacentaba, la muerte, la impiadosa muerte se presenta á cortar el hilo de sus días.

Si grande es la figura del insigne Prelado yucateco, esta grandeza adquiere brillo más meritorio cuando se considera su modesta cuna y la falta de recursos con que tuvo que luchar en su primer aprendizaje. ¿Quién no sabe que el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona estudió al principio en los libros que pedía prestados á sus compañeros y que algunas veces, cuando la luz del sol se le escapaba, recurría á la llama del hogar en que su buena madre preparaba los alimentos?

Aquí debemos admirar principalmente á aquel niño, de alma privilegiada, que obligado á trabajar materialmente para auxiliar en las necesidades domésticas á la que le dió el ser, consagraba sus horas sobrantes al estudio con que rápida y progresivamente enriqueció su inteligencia. Comprendida ésta por el inolvidable Cura de la parroquia de Santiago, Pbro. D. Tomás Quintana y más tarde por el Illmo. Sr. Guerra, halló en éstos, generosos Mecenas que dieron nuevo pávulo á su sed de ciencia y á sus nobilísimas aspiraciones de estudiante.

Ya ordenado de Sacerdote, meta que persiguió con invencible tesón, brilla en el púlpito por su facundia y copiosa instrucción, se ensaya en las biografías de los hombres conspícuos que alentaban á su alrededor y que la muerte iba segando, escucha la docta palabra del inmortal D. Justo Sierra, astro que en aquella época emitía esplendores no conocidos; y con los estímulos que recibía y con las esperanzas que acariciaba, se engolfa en estudios más serios y en investigaciones más árduas que fueron templando su alma y nutriéndola de más ámplios conocimientos. Figura entonces con aplauso en la redacción de varias publicaciones literarias, y en ellas deja ver las primicias de sus trabajos científicos; es llamado á desempeñar la cátedra de Filosofía y funda la de Retórica en el Seminario de San Ildefonso, y su palabra docente y ya erudita abre nuevos senderos á la inteligencia de la juventud. Con la compilación que había hecho de objetos antiguos y rarezas arqueológicas pertenecientes á los primitivos mayas, y con el acopio constante que hacía de manuscritos de eras remotas, crea un pequeño Museo particular, que luego entrega al Gobierno para su mayor ensanche y fomento.





Su fama de orador elocuente, su renombre de literato, sus cualidades personales de energía y rectitud hacen que de Capellán de «Jesús María,» templo que decoró y embelleció con su peculio propio, fuese nombrado Canónigo de la Catedral y exaltado á la Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispo entonces reinante, el Illmo. Sr. Rodríguez de la Gala. Valetudinario éste y conocedor del mérito y saber de su Secretario, le nombra luego Vicario General de la Diócesi é implora á Roma por un Coadjutor mitrado que pudiese desempeñar todas las faenas anexas al cargo de Obispo. Nadie con mejores cualidades y mayor práctica para este elevado puesto que el Canónigo Carrillo y Ancona, cuyo tino y discreción se habían hecho patentes en el desempeño de la Vicaría; propone el Illmo. Rodríguez de la Gala á su Secretario para Coadjutor y las Bulas pontificias no se hacen esperar.

Al empuñar el Sr. Carrillo el báculo episcopal, su alma, que ardía en nobilísimos anhelos, halló horizontes propicios para desplegar sus alas de águila en bien de la Diócesi cuya dirección se le encomendaba. Restaura entonces la Universidad Católica, por la que siempre mostró especial predilección; da al pueblo ortodoxa enseñanza por medio de pláticas pastorales y establece con mano vigorosa las reformas que creyó indispensables para el mejor gobierno espiritual del Obispado.

Muerto el Illmo. Sr. Rodríguez de la Gala, el 14 de Marzo de 1887, entra el Obispo Coadjutor, por derecho de sucesión, á Obispo propio de Yucatán, y su primera Carta pastoral, publicada pocos días después de la muerte de su antecesor, es una de las joyas más esplendentes que han brotado de su pluma.

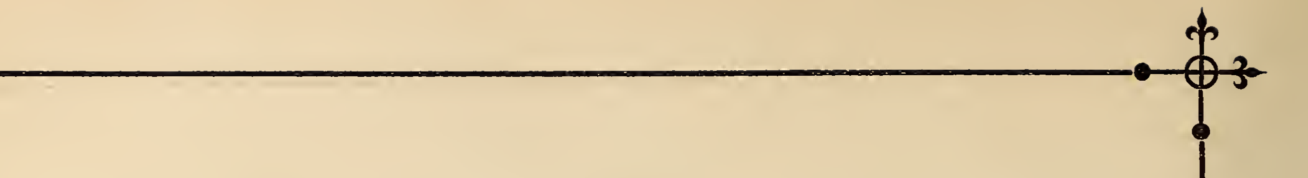
La laboriosidad del Sr. Carrillo siguió el mismo cauce comenzado, y con exquisito celo se consagró á la administración del Obispado, sin que tan delicadas tareas fueran un obstáculo á sus labores de sabio.

Emprende visitas pastorales á las numerosas parroquias de la vasta Diócesi; toma á su cargo la predicación anual de los Ejercicios espirituales de la Cuaresma; preside personalmente varias Asambleas de la Universidad Católica, que él mismo restaurara, y las de las Conferencias de San Vicente de Paul, tanto de hombres como de señoras; deja oir su voz en los templos de la ciudad, en las principales solemnidades celebradas en éstos; en las clausuras de cátedras de los colegios católicos de la ciudad, tiene para la juventud palabras de estímulo y de aliento; expide circulares, edictos, cartas pastorales de instrucción á los fieles, trabaja anhelosamente por la erección del nuevo Obispado de Campeche, y donde quiera que su vigilancia y protección se necesitaba, las ejercía, no sólo sin demora sino con solicitud y empeño.

Tan raras prendas de actividad, discreción y vigor en el gobierno de la Diócesi, y de las cuales apenas delineamos lijero esbozo, no ofrecen sin embargo la completa fisonomía moral del eximio Prelado. Al par que le ocupaban las faenas episcopales, su pluma fecundísima é incansable iba trazando volúmenes enteros con que la Historia y la literatura se iban enriqueciendo. De esto son prueba irrecusable su «Historia del Obispado de Yucatán,» tan extensa y estimable como la que escribiera anteriormente acerca de los tiempos primitivos de nuestra Península; su magnífico Discurso con motivo de la Coronación de la Virgen de Guadalupe y que no pudo pronunciar personalmente por su enfermedad; sus brillantes opúsculos sobre diversos temas, enviados á las Corporaciones científicas extranjeras que le contaban entre sus miembros é impetraban su concurso, y otros y otros trabajos en que al talento se adunaba la erudición.

Tan infatigable labor, empeño tan pertinaz por hacer luz entre las sombras, por desvelar al pasado, por difundir la divina enseñanza, por ensalzar lo bueno y deprimir





el error, todo hecho sin interrupción, sin descanso y con tanto brillo y lucidez, tenían que rendir á la materia, y el Illmo. Sr. Carrillo comenzó á sentirse enfermo.

Su dolencia al principio pasajera, se hizo mortal. Fué entonces cuando la ciudad comenzó á consternarse, cuando la ansiedad dominó los corazones, y cuando el temor de un próximo desenlace funesto puso el sobresalto en los ánimos.

Sonó al fin la hora fatal, y cuando las campanas de todos los templos de la Capital diocesana anunciaron la muerte del magnánimo Obispo, en la madrugada del 19 del actual, la impresión más dolorosa se apoderó de todos.

Momentos después de aquel lúgubre tañido, la atribulada muchedumbre llenaba el Palacio Episcopal, deseosa de ver el cadáver del Pastor á quien tanto veneraba y quería.

Jamás Mérida ha presenciado un funeral más concurrido, más espontáneo y popular que el que acabamos de contemplar ante los despojos del Illmo. Carrillo Ancona. La ciudad entera se levantó para formar parte del cortejo que acompañó hasta su última morada los restos del esclarecido Prelado. Aquella manifestación fué un tributo sincero de amor y admiración al hombre extraordinario y superior que como el grano evangélico se levantó, desde la pequeñez de su origen, sobre los más altos árboles; un tributo de admiración y amor al que por su propio valer, si grande se mostró en su ministerio sacerdotal y grande bajo la Mitra episcopal, grande fué también como patriota y como sabio.

Pero si el Illmo. Sr. Carrillo ha muerto para la vida material, no ha muerto, no, para la vida de la historia, porque no pueden morir los que, como él, dejan huellas de su paso por la tierra, porque no están condenados á perecer los que, ungidos por la Iglesia con sus óleos sagrados, lo son también por el Genio con su beso de luz; porque jamás la carcoma logrará destruir esos monumentos de su pluma, testigos perennes de un entendimiento sobresaliente y de una voluntad vigorosa é inquebrantable.

El nombre del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona, no sólo será imperecedero, sino que de él puede decirse lo que el Illmo. Sr. Montes de Oca expresó en elogio del Arzobispo D. Clemente de Jesús Munguía: «Tiempo vendrá en que todos se llenen de estupor al recordarte.»

MIGUEL RIVERO TRAVA.



PENSAMIENTOS

PARA LA ORACION FUNEBRE DEL ILLMO. Y RVMO. SR. DR.

DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

MUERTO EL 19 DE MARZO DE 1897,

PRONUNCIADA POR EL SR. CANONIGO DR. D. CELESTINO ALVAREZ, EN LAS EXEQUIAS QUE SE CELEBRARON EN LA IGLESIA DE JESUS MARIA,

EL 8 DE ABRIL DE 1897.

«¿Por qué está solitaria la ciudad, antes llena de pueblo? Dónde están los niños que formaban su dulce encanto? Dónde sus vírgenes? Dónde sus Profetas? Dónde sus ancianos y sacerdotes? Ah! su pueblo ha sido cruelmente asesinado, entre el vestíbulo y el altar, sus inocentes niños muertos sin compasión á filo de extranjera espada en el Santo templo, sus vírgenes, escuálidas, hambrientas y desaliñadas, corren sin dirección cierta por los bosques.

Y los ancianos y los sacerdotes, huyeron, ay! y vagaron por las regiones de los sepulcros, y al lograr reunirse, bajaron sus frentes hasta tocar el polvo, embargados por la tristeza: no tuvieron valor para cambiarse una palabra, ¡pero ni aun una sola mirada!»

JEREMIAS.

YO no puedo, Señores, deciros hoy con un famoso orador: «Venid, sí, venid á verlo por última vez. Ya está abierta la tumba en que van á sepultarlo, y preparada la piedra que va á ocultarlo á nuestas miradas.» No, yo no puedo ofreceros ese consuelo. Revolved si os place esos paños fúnebres y nada encontraréis: no está aquí, está ya sepultado.

Y sin embargo, aquí todo llora, todo está triste con la pérdida de un Padre tan querido y tan amado. Triste y lloroso está ese santo altar, en el que por nuestro bien, tantas veces ofreció el Augusto Sacrificio; triste esta cátedra desde donde con frecuencia nos instruía, y triste el lugar donde con cariño oía nuestras cuitas y nuestras penas: todo está triste, todo llora. La muerte nos lo ha arrebatado.

Pero no importa, él fué digno durante su vida, de nuestro cariño, de nuestro respeto y de nuestro amor: en su muerte mereció nuestras lágrimas. Después de su muerte, merece y merecerá no sólo nuestra gratitud, sino también la gratitud de las futuras generaciones.

Job, el cantor de las humanas miserias, con acento lúgubre y pavoroso, nos dice: «desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré al seno de la tierra.» La Iglesia, para recordarnos la nada de nuestro origen, al imponernos año á año la ceniza, nos dice: «acuérdate de que eres polvo y de que en polvo te has de convertir.»

He aquí el fin de nuestro origen, cualesquiera que hayan sido nuestras dignidades y nuestra grandeza: el polvo, la nada.

El gran Tertuliano nos dice, que lo que queda del hombre, después de la muerte, se llama *cadáver*, y que aun eso perece.

El ilustre Bossuet, al explicar este concepto, cuya concisión nos llena de espanto, dice en una de sus más elocuentes oraciones fúnebres, cuando lloraba la muerte de la Reina, en el Panteón de Saint Denis: «escuchad lo que son lcs reyes y las princesas en



la última mansión, por más que estén aquí rodeadas de gloria. ¡He aquí, á pesar de su gran corazón, aquella Princesa tan admirada y tan querida! ¡héla aquí tal como la muerte nos la ha dejado! Lo que de ella queda va á desaparecer: se desvanecerá la sombra de gloria que la rodea, y pronto la verémos despojada de tan triste decoración. Va á bajar á esos lugares sombríos, á esa mansión subterránea, para dormir en el polvo con los grandes de la tierra, como dice Job, con esos reyes y con esos príncipes anonadados, entre los cuales apenas se podrá colocar, porque sus filas están muy cerradas y la muerte se apresura á llenar los vacíos. Pero nuestra imaginación nos engaña, porque la muerte ni siquiera nos deja el cuerpo para ocupar un lugar, y todo ese espacio lo llenan los sepulcros. Nuestra carne cambia pronto de naturaleza, nuestro cuerpo recibe otro nombre, y ni siquiera, como dice Tertuliano, puede conservar mucho tiempo el nombre de *cadáver*, porque la figura humana desaparece pronto, y se convierte en un no sé qué que no tiene nombre en ninguna lengua. . . . ¡tan cierto es que todo muere; hasta los nombres fúnebres con que solemos nombrar estos desgraciados restos!»

Estas son las magníficas armas que Bossuet forjó con el hierro de Tertuliano, para derribar la gloria humana y quitarnos el sentimiento que nos causa la vista del polvo del sepulcro. Pero vayamos desde Saint Denis, dice Monseñor Besson, y yo os digo desde aquí, si mejor os place, hasta las catacumbas de Roma, y aun será mayor nuestra confusión. Escuchad al Obispo de Perpignan, cuando describe con no menos elocuencia que el Obispo de Meaux, cómo desaparecen y se borran los últimos restos del cuerpo humano, en las catacumbas de Roma, que también yo visité: «Fijad, dice, la vista en un sepulcro y observad cómo se desvanece hasta la sombra de nuestro polvo: allí decididamente no hay más que polvo, polvo de un color dudoso, á causa de su aspecto rojizo. Diréis que la destrucción está ya consumada. Todavía no; fijaos bien y reconoceréis en ese polvo los contornos del cuerpo. Aquel pequeño montón que se apoya en una de las extremidades longitudinales del nicho, es la cabeza; aquellos otros montones, más pequeños y más deprimidos, paralelamente colocados un poco más abajo, á derecha é izquierda del primero, son los hombros; aquellos otros dos las rodillas. Los huesos largos están representados por aquellas líneas imperceptibles é interrumpidas. Esta última figura del hombre, esta forma tan vaga y tan borrada, apenas impresa sobre un polvo casi impalpable, volátil y trasparente, de color poco determinado, es lo que mejor nos da una idea de lo que los antiguos llamaban una sombra. Si para verlo mejor asomais la cabeza en ese sepulcro, tened cuidado, no toqueis nada, no hableis, contened la respiración. Esa figura es más frágil que el ala de una mariposa, y se desvanece más pronto que la gota de rocío suspendida de un tallo de yerba cuando le da el sol. El aire que agita vuestra mano, un soplo, un sonido, son aquí agentes poderosos que pueden acabar en un segundo lo que diez y ocho siglos de destrucción han respetado. Mirad, habeis hablado, y la figura ha desaparecido. Este es el fin de la historia del hombre en este mundo!»

Todo esto es verdad, y á pesar de todo, el Illmo. y Rvmo. Carrillo, vive y vivirá, porque fué buen hijo, estudiante aventajado, sacerdote ejemplar, patriota de corazón, ínclito Obispo.

Era la primavera del año 1837: tibias y perfumadas brisas embalsamaban la pobre cuna de un niño, que desde que pudo pisar la tierra con pie firme, impulsado no solamente por el amor filial, sino también por la pobreza y la miseria (la pobreza y la miseria son en multitud de circunstancias, agentes poderosos para forjar hombres de temple superior), vióse obligado á trabajar para auxiliar á su querida madre, viuda en aquel



tiempo. Aceptado más tarde como alumno del Seminario Conciliar de San Ildefonso, por la protección que le dispensaron el Illmo. Sr. Guerra, por aquel entonces Obispo de Yucatán y Tabasco, y el Sr. Quintana Roo, no tardaron los Directores del Seminario en conocer las relevantes prendas del nuevo alumno, que desde luego supo captarse el aprecio general, respetando á sus superiores y tratando con cariño y atención á sus condiscípulos.

Después de repetidos triunfos literarios que se sucedían sin interrupción los unos á los otros, la Universidad de Mérida le confirió el Bachillerato en 1856. Cuatro años después, á la edad de 23 años, recibió el Sagrado Presbiterado, consagrándose con todo el ardor de su alma noble y generosa, al servicio de la Iglesia Yucateca. Por este tiempo escribió el Sr. Carrillo y Ancona en varios periódicos, bien forjados artículos, que auguraban los servicios que más tarde le merecerían las letras.

La Historia civil y eclesiástica de su patria, abre sus alas y acoge con entusiasmo y gratitud, guardando como el más bello y valioso florón de su corona, el nombre del Sr. Carrillo y Ancona. Porque para el Sr. Carrillo, los nombres de Religión y Patria, formaban todo el embeleso de su corazón.

El comportamiento del Sr. Carrillo y Ancona como sacerdote, era tan digno, que en 1879 el Santo Obispo Gala, le llamó á su lado, haciéndole su secretario.

Muy pocos días bastaron al nuevo secretario para dar curso á un buen número de negocios que antes dormían en reposada quietud. El Sr. Gala se encontraba tan complacido con él, que pocos años después, en 1883, le nombró Provisor y Vicario General, colocando así el peso del Gobierno sobre el Sr. Carrillo; pidiéndolo y obteniéndolo de la Santa Sede, como Obispo Coadjutor.

El Santo Padre Sr. León XIII, le preconizó Obispo de Lero y Coadjutor de Yucatán en 1884, y el Illmo. Sr. Carrillo recibió la Consagración episcopal en la muy insigne y nacional Colegiata de Santa María de Guadalupe, el 6 de Junio de ese mismo año de 1884, siendo su consagrante el Illmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, de feliz memoria.

Una vez consagrado el Sr. Carrillo, tomó las riendas del gobierno eclesiástico, con tal acierto, que el Santo Obispo Gala sentíase como mejorado de su salud y aligerado en sus achaques.

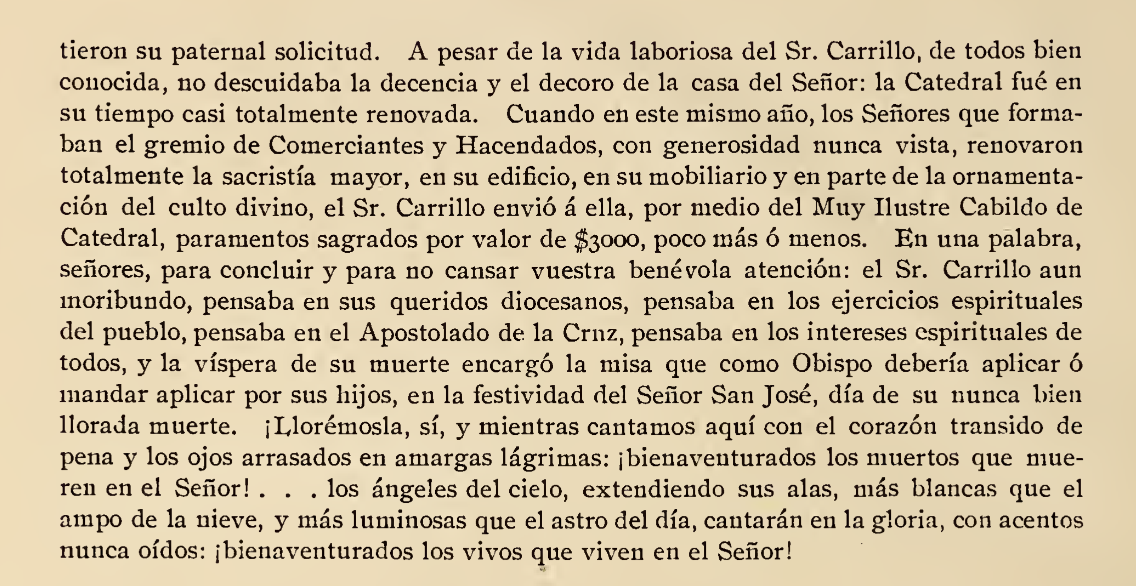
El 14 de Febrero de 1887, el Señor acogió en su seno el alma del inolvidable Sr. Gala, quedando desde aquel momento el Sr. Carrillo, como Obispo de Yucatán y Campeche.

Durante su corto pontificado, no solamente se conservaron las obras católicas establecidas por su predecesor, sino que como por encanto surgieron otras, que por su importancia y por su número, vinieron á consolar á la esposa del Cordero.

La Universidad de Yucatán yacía en el polvo del olvido, y el Sr. Carrillo, autotorizado por la Sede Romana, comunicó nueva y esplendorosa vida á esta institución científica, que tanto aliciente había prestado á la juventud estudiosa en Yucatán.

Por instancias del Sr. Carrillo, cuando aun era solamente Obispo Coadjutor de Yucatán, el Seminario Conciliar restaurado, abrió sus puertas á la niñez y á la juventud yucateca, estableciendo el externado, con cuya medida resultó que las aulas del seminario, antes frecuentadas por un pequeño y exiguo número de internos, poco después contasen con 325 alumnos.

Las conferencias de San Vicente de Paul, cuyas asambleas el Sr. Carrillo tenía especial gusto de presidir, y las escuelas católicas, objetos de su ternura y su amor, sin-



tieron su paternal solicitud. A pesar de la vida laboriosa del Sr. Carrillo, de todos bien conocida, no descuidaba la decencia y el decoro de la casa del Señor: la Catedral fué en su tiempo casi totalmente renovada. Cuando en este mismo año, los Señores que formaban el gremio de Comerciantes y Hacendados, con generosidad nunca vista, renovaron totalmente la sacristía mayor, en su edificio, en su mobiliario y en parte de la ornamentación del culto divino, el Sr. Carrillo envió á ella, por medio del Muy Ilustre Cabildo de Catedral, paramentos sagrados por valor de $3000, poco más ó menos. En una palabra, señores, para concluir y para no cansar vuestra benévola atención: el Sr. Carrillo aun moribundo, pensaba en sus queridos diocesanos, pensaba en los ejercicios espirituales del pueblo, pensaba en el Apostolado de la Crnz, pensaba en los intereses espirituales de todos, y la víspera de su muerte encargó la misa que como Obispo debería aplicar ó mandar aplicar por sus hijos, en la festividad del Señor San José, día de su nunca bien llorada muerte. ¡Llorémosla, sí, y mientras cantamos aquí con el corazón transido de pena y los ojos arrasados en amargas lágrimas: ¡bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! . . . los ángeles del cielo, extendiendo sus alas, más blancas que el ampo de la nieve, y más luminosas que el astro del día, cantarán en la gloria, con acentos nunca oídos: ¡bienaventurados los vivos que viven en el Señor!

LA OFRENDA DEL DOLOR.

PENSAMIENTO QUE EL CAPELLÁN DE LA IGLESIA DE LA «MEJORADA,» PBRO. LIC. FÉLIX SAMMARTINO,
DESARROLLO EN LAS SOLEMNES HONRAS CELEBRADAS EL DIA 10 DE ABRIL
DEL PRESENTE AÑO DE 1897,
Á LA GRATA MEMORIA DEL QUE FUÉ SU AMIGO,
PADRE Y PASTOR,

EL ILLMO. SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

DIGNISIMO OBISPO DE YUCATÁN,

Et mortuus est . . . ¡Y murió!

CUANDO empiezo con estas palabras, ¿qué pensais de mí, señores, que habeis concurrido á este acto fúnebre, imponente y solemne? ¿Créeis que haré una poética apoteosis á la virtud, al genio, al talento, al hombre bueno, al insigne patricio, al ciudadano sincero, al modesto patriota, al sacerdote modelo, al sabio y docto Obispo, al historiador envidiable, al elocuente orador, á la víctima del deber? Oh! no, señores: atreverme á tanto sería grande arrogancia y reprochable temeridad! Bien comprendo que plumas de oro, lenguas acostumbradas á decir elogios y á tejer coronas, capacidades más brillantes, y sobre todo, mejores oradores, así sagrados como profanos, lo han hecho ya ó lo harán más tarde!

¡Et mortuus est! ¡Y murió! Entonces, cuando principio con estas terribles palabras, ¿qué esperais de mí, señores? ¿Vendré á depositar sobre esa fría y enlutada tumba, una corona de siempre-vivas, ó á derramar flores de elogios y bien merecidas alabanzas al digno Pastor, al sabio personaje cuya memoria recordamos, cuyo nombre bendecimos, cuyo cadáver besamos? Tampoco, señores, no lo espereis, porque está escrito en el Libro de la Sabiduría, que los muertos no quieren flores, ni coronas, ni menos elogios, sino sufragios y oraciones! . . . ¿Qué haré entonces, qué diré? Oh! Padre mío! venerado

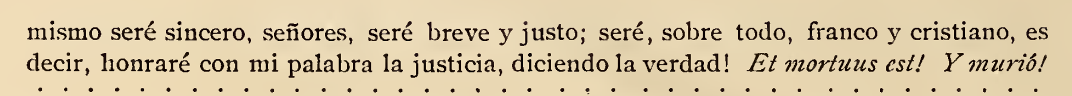


Prelado, Pastor cariñoso, amigo leal y sincero, yo te saludo con el saludo del dolor: jamás te veré ya en este lugar santo: jamás mis labios besarán esa sagrada mano que un día estrechaba, cuando tú me bendecías! Oh! Qué bellas palabras recogía yo de tus labios: qué pensamientos sublimes imprimías en mi espíritu! Ahora todo pasó! . . . no me ves ya, ni me oyes; porque habitas en una región sin límites, lejana, muy lejana, en cuyas infinitas soledades no penetra la palabra del dolor, ni los afectos todos de la tierra. Ya sé que entre Dios y la tumba, no hay engaños, y aquí vendré, huiré del mundo y de los extraños, me postraré delante de esa mitra y ese báculo, besaré con respeto este fúnebre túmulo, lo circundaré con mis tristes ayes y gemidos, lloraré la cruel ausencia del padre, del pastor y del amigo! Recibe, ¡oh noble Prelado! el sincero tributo de mi gratitud, la ofrenda de mi corazón agradecido, la palabra de mi dolor! Oh, sí, escúchala desde ese silencioso recinto que conserva tus mortales despojos, y sobre cuya losa, postrado en ademán suplicante, la cuerda del arpa de mi corazón entona la fúnebre nota del Poeta desconsolado que canta y llora:

«Vengo á hundir en el polvo mi cabeza,
Vengo á verter mi sigiloso llanto,
Y vengo á orar con fe sobre esa huesa
Por el Pastor que amé, que me amó tanto!»

Señores: si es cierto que el desahogo del llanto es un lenitivo para el corazón atribulado por la irreparable pérdida de un hombre grande, más grande que toda alabanza; por la desaparición de un ilustre Obispo, que supo con el talento, la pluma y la palabra, con el estudio y asiduo trabajo de cuarenta años, conquistarse una brillante gloria y llegar al grado de dignidad á que llegó, al apogeo de una grandeza cuya aureola jamás empañará ni oscurecerá la negra nube de la ruin envidia; también es cierto que las lágrimas del dolor no bastan para eternizar estas flores puras, que en forma de corona colocamos sobre su fosa! Señores: yo sentía en este momento una grande necesidad de satisfacer un noble deseo: yo debía decir algo delante de esa tumba, siquiera una sola palabra, y la digo. Llamo á los amantes de las letras, del saber de este siglo, á los de las nobles aspiraciones: llamo á los admiradores de las glorias patrias, á los héroes de la Iglesia Yucateca; acercaos, les digo, venid y ved! . . . Oscurecido está el aire, porque desapareció el lucero del cielo mexicano, lloremos! Ha desaparecido el trono, porque murió el buen pastor; lloremos todos, hermanos yucatecos, yo me asocio á vosotros! Rodeemos ese túmulo y coronémosle de preces y oraciones! Sí, filósofos, historiadores, admiradores del talento, del genio y de las virtudes, acercaos, venid y ved, cómo el amado difunto, sin otro apoyo que su voluntad y su privilegiada inteligencia; sin otra brújula que el trabajo, la paciencia, el estudio y la pluma; sin otra luz que la de Dios, quiso ser grande para la Religión, para las letras y para la patria, y lo fué: imitémosle y aprendamos todos de él á perdonar, como él perdonó: sigamos la sombra de esas preciosas huellas que nos trazó! El ha muerto, *et mortuus est;* pero su nombre, coronado de gloria, jamás morirá en la historia de la Iglesia y de la patria mexicana.

Señores: al impulso de un sentimiento que me es personal, sentimiento que me ligara, en el largo período de diez y ocho años, al grande, al carísimo amigo y padre, el Illmo. Sr. Obispo Carrillo y Ancona, yo debo un recuerdo afectuoso á su memoria. Justo es que en esta fúnebre ceremonia, delante de vosotros y de esa tumba, el eco de mi profundo dolor, expresión elocuente de mi gratitud, llegue hasta su sepulcro, cuya piedra funeraria beso con respeto y cariño. No creáis, señores, que abusaré de los derechos de la muerte, pues si la muerte favorece la justicia, no debe favorecer la lisonja; y por lo



mismo seré sincero, señores, seré breve y justo; seré, sobre todo, franco y cristiano, es decir, honraré con mi palabra la justicia, diciendo la verdad! *Et mortuus est! Y murió!*

. . . .

¡Dios sólo es grande! . . . así exclamaba ante el féretro de Luis XIV un genio de la elocuencia sagrada, el inmortal Massillón! Sí, señores; *Dios sólo es grande!* Las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes, las mitras de los prelados, las togas de los magistrados, las condecoraciones de los conquistadores, las arpas de los poetas, la lira de los cantores, el buril de los artistas, las plumas de los sabios y el arado del labrador, todo es polvo, es nada: *pulvis est. Dios sólo es grande!* Y esta verdad tan luminosa, se impone severamente á nuestra razón, con sólo recordarla delante de esas miserables ruinas y escombros que diariamente la muerte amontona á nuestra vista! Señores, creo no equivocarme: el genio, el talento y la brillante chispa de la inspiración, son de todos los países, de todos los tiempos y de todos los lugares. En los grandes centros como en las humildes aldeas; en los lujosos palacios como en las pobres cabañas, la naturaleza reparte y derrama á todos sus bellos dones; y dichoso aquel que sabe hacer buen uso de ellos, pues con la fama de su nombre se hace egregio, útil á la sociedad, y grande: y con el fruto de sus desvelos y trabajos, hace gloriosa, respetada y reverenciada la patria que le vió nacer. Los siglos que pasaron nos han dejado una brillante huella de esta verdad que pronuncian mis labios, y cada día que pasa es un documento solemne y sublime. No es entonces la patria la que hace célebre y grande al hombre, sino el hombre el que hace respetada y grande á su patria.

Sin embargo, señores, digámoslo con franqueza: toda la historia de la vida de un hombre, sea ó no privilegiado, ilustre y virtuoso, se compendia en estas tres palabras: *nasci, pati, mori:* una cuna, una cruz, una tumba: aquí teneis las tres estaciones de la vida humana! Será uno patricio ó plebeyo, rico ó pobre; podrá nacer en una ciudad ruidosa ó en una choza campestre; podrá ser mecido en dorada ó pobre cuna; podrán tal vez los favores de la fortuna llenar de ilusiones el espacio de una estación á otra de la vida; pero á nadie, señores, le faltará la cruz del desengaño, y menos le faltará una fría fosa, última morada de esta frágil existencia! Oh! sí, la fuerza del tiempo tiene una grande velocidad! Así como un ferrocarril que empujado por la fuerza del vapor, arrastra á los viajeros, dejando atrás los bellísimos panoramas de la naturaleza, del mismo modo nuestra vida marcha y camina rápidamente á su destino, hasta que llega al fin de su viaje. La muerte: he aquí el término fatal de nuestra jornada, la catástrofe de la tragedia de la que somos protagonistas, la casa, el palacio que nos espera: *ibit homo in domum æternitatis suæ.*

Todos los hombres morirán, tal es la irrevocable sentencia que el Criador fulminó contra la desgraciada humanidad, y la experiencia de seis mil años en todas las regiones del globo, debe convencernos á todos de esta verdad, á fin de que no nos aficionemos tan fuertemente á lo que tenemos que dejar. Como criminales condenados á la muerte estamos en este mundo, como en capilla, esperando el momento fatal de la ejecución de la sentencia. Ningún título, ningún privilegio, ni la virtud más acrisolada, nos eximirá de este tributo que debemos pagar á la tierra: *pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Repasad, señores, las páginas de la historia, recorred la vida de los hombres más célebres del mundo: todos han sido conquistados por la muerte! Vivió Adán ochocientos años, Enós ochocientos quince: Noé novecientos cincuenta, mil años vivió Matusalem, y la conclusión, señores, es siempre la misma: *Et mortuus est!* Nada, nada son los grandes imperios de la tierra! Desaparecen los tronos levantados sobre los ca-



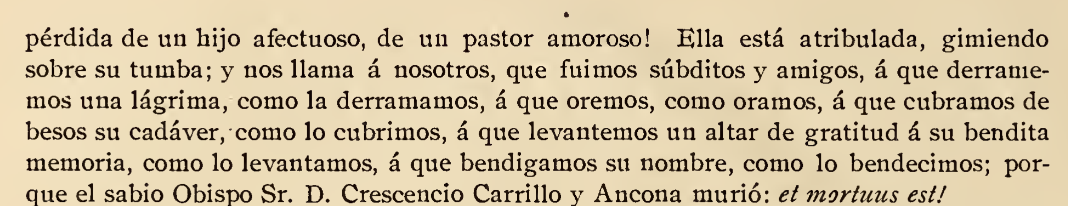
dáveres de débiles pueblos: murió el soberbio Faraón, el poderoso Nabucodonosor, el sacrílego Antioco, el penitente David, el sapientísimo Salomón! Cada uno representó su parte en el teatro del mundo, y toda la historia de sus gloriosos hechos y hazañas, se compendia en esta palabra: *Y murió! Et mortuus est!* La parca inexorable no respeta ni al talento, ni al genio: ya sea que los hombres privilegiados hayan encadenado al carro de su trono pueblos y naciones, como Ciro, Alejandro, César, Carlo Magno, Escipion, Aníbal y Napoleón: ya sea que con las luces del talento se hayan abierto una era de gloria, adquiriendo un nombre inmortal, como Demóstenes, Cicerón, Homero, Horacio, Virgilio, Platón, Sócrates, Aristóteles, Dante, Petrarca, Ariosto, Taso, Cervantes, Colón, Rafael, Miguel Angel, Murillo y otros mil: estas grandes celebridades, estos monstruos de ciencia, estos maestros del saber, han acabado su mortal carrera con *et mortuus est!* Sí, como reina tirana y cruel, la muerte, vendados los ojos, insensible á los clamores de los mortales, no cede á las lágrimas de los desgraciados, ni á los tristes ayes de infelices huérfanos. Por doquiera, con su cruel guadaña, siembra luto, desolación y dolor, arrancando preciosas existencias á la Religión, á la familia, á la sociedad y á la patria.

Señores! Este bellísimo cielo yucateco, con sus negros crespones, con su pálida luz, llora y nos acompaña en nuestro duelo; porque se ocultó su precioso lucero, y no lo veremos jamás: lucero de talento, de bondad, de ilustración, de privilegiados dones: ha desaparecido y para siempre el sol del Episcopado mexicano: el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán, gloria de la Iglesia y de la Patria, murió: *et mortuus est!*

Soy justo, señores! Entre los hombres eminentes, egregios y dignos que la divina Providencia ha colocado en la Silla Episcopal de la muy célebre Diócesis de Yucatán, y de cincuenta años á esta parte, pocos hay que se hayan atraído la atención de sus contemporáneos en el grado, en la ilustración y en el saber, como se la atrajo el Ilustre Sr. Obispo Carrillo, al presente restituido á Dios! Pocos hay sobre todo, que con tan notables prendas de corazón, con los dones de una inteligencia propia, intuitiva, penetrante, hayan sabido conciliar las ideas y las pasiones, gobernar con tino y acierto, amonestando y castigando, y triunfar de una sociedad algo indeferentista. Hoy esa misma sociedad llora la pérdida de un hijo carísimo, de un ciudadano noble, de un patriota insigne, de un sacerdote virtuoso, de un obispo sabio, de un prelado célebre y grande.

Paso, señores, en silencio el humilde nacimiento del amado muerto: nada diré de sus privaciones, de su pobreza, de sus afanes, de sus tareas sacerdotales apostólicas hasta llegar al alto grado gerárgico adonde llegó! La historia más tarde le hará justicia: para la historia el dignísimo Sr. Carrillo siempre será el incansable escritor de las glorias nacionales; el defensor de los aborígenes y civilizados mayas; el descubridor de grandes preciosidades antiguas; el profundo literato; el elocuente orador sagrado; el sincero patricio, el prelado celoso, en fin, una de las perlas del Episcopado Mexicano! Oh! la iglesia yucateca se ha embriagado con sus luces y sus palabras, lo mismo que la Iglesia Metropolitana de México y Oaxaca: y hoy que esa figura tan llena de dulzura, risueña y simpática, que estrechaba la mano del primer magistrado de la Nación, que se honraba en contarlo como uno de sus finos y grandes amigos; hoy que ese eminente pensador, ese personaje ilustre, miembro de varias academias científicas europeas, hijo querido del corazón del magno Pontífice Señor León XIII, por sus excelentes méritos, por sus virtudes y por su profundo saber; hoy que esa bellísima gloria ha desaparecido del suelo privilegiado de Yucatán y duerme el sueño de los muertos, tiene razón esta madre cariñosa, esta querida Iglesia en vestir de luto, en llorar amargamente la terrible





pérdida de un hijo afectuoso, de un pastor amoroso! Ella está atribulada, gimiendo sobre su tumba; y nos llama á nosotros, que fuimos súbditos y amigos, á que derramemos una lágrima, como la derramamos, á que oremos, como oramos, á que cubramos de besos su cadáver, como lo cubrimos, á que levantemos un altar de gratitud á su bendita memoria, como lo levantamos, á que bendigamos su nombre, como lo bendecimos; porque el sabio Obispo Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona murió: *et mortuus est!*

Oh! padre, pastor y amigo generoso; no puedo concluir sin daros un eterno adiós! Descansad en paz, intrépido defensor de los derechos de Dios, de la Iglesia y de vuestra querida patria! Grande fué el combate que tuvísteis que librar; pero más grande fué el talento y la sabiduría con que supísteis vencer! Combatísteis con valor, concluísteis la noble carrera; guardásteis el precioso tesoro de fe, ceñid ahora esa bellísima corona que la Reina de las rosas eternas, la purísima Virgen Guadalupana (de quien fuísteis apasionado defensor), os ha tejido con sus puras manos. Depositado está vuestro cadáver en un lugar sagrado; pero vuestro nombre queda depositado en el corazón de vuestros hijos diocesanos y en el corazón de vuestra patria que amásteis! Sí: ¡los anales de la historia perpetuarán vuestros méritos! las edades y las generaciones futuras os saludarán con respeto! Entretanto, oh Padre y Pastor, recibid esta humilde ofrenda como tributo de gratitud debido á vuestra grata memoria, y á los paternales oficios con que me obligásteis! Al separarme de esta tumba, permitid que mis trémulos labios entonen nuevamente la fúnebre nota del dolor y repitan con el poeta desconsolado:

Vengo á hundir en el polvo mi cabeza,
Vengo á verter mi sigiloso llanto,
Y vengo á orar con fe sobre esa huesa
Por el Pastor que amé, que me amó tanto!

EL ILUSTRISIMO SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

NACIO EN IZAMAL EL 19 DE ABRIL DE 1837.

† EL 19 DE MARZO DE 1897 A LAS 3 HS. 5 MS. A. M.

("EL ECO DEL COMERCIO" DE 20 DE MARZO DE 1897.)

A LAS tres y cinco minutos de la madrugada, las campanas de Catedral rompieron la plácida calma de las primeras horas del día con sus lúgubres tañidos, con angustiosa zozobra esperados, pero esperados fatalmente con la inquietud desesperante con que se espera y se ve aproximarse más y más, y llegar, y al fin apoderarse de los corazones dolientes, una gran desgracia, una desgracia irreparable.

La ciudad entera se estremeció dolorosamente como un solo corazón, porque de antemano todos sabían que aquellos toques lúgubres marcarían la hora del fallecimiento del sabio y virtuoso prelado yucateco. Así, en efecto, sucedió: á las tres y cinco minutos de la madrugada de hoy, dejó de existir en esta capital el Illmo. Sr. Obispo Diocesano Doctor D. Crescencio Carrillo y Ancona.[1]



¿Por qué el duelo general que se trasciende en pláticas y consideraciones de feligreses y no feligreses?

Sencillamente: por esta verdad, reconocida y aclamada unánimemente, porque la muerte del ilustre Pastor de la grey yucateca, es una pérdida irreparable. Porque el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona es uno de nuestros más depurados, enaltecidos é inmaculados timbres de gloria: porque era por su alto entendimiento y copiosa erudición, uno de los grandes cerebros, una de las firmes y prodigiosas columnas de la Iglesia Mexicana; y porque gran parte de su labor de sabio, de historiador y de anticuario, lo consagró en favor de nuestra historia peninsular y de los monumentos de la civilización maya, con lo que patrióticamente ha contribuido á extender y prestigiar más en el orbe científico el nombre de nuestro suelo querido.

A todos, pues, alcanza el doloroso suceso, que es pérdida general y pérdida lamentable: á los creyentes, porque tan ilustre Obispo era un virtuoso sacerdote dedicado con asiduidad inquebrantable á la dirección de las almas, al mejoramiento de la vida espiritual para hacerlos dignos de los bienes eternos, del reinado del Señor; á los pensadores y sabios, porque era un pensador y un sabio, honra del gremio de los sabios y pensadores, un trabajador incansable, un obrero de la civilización el Ilustre Sr. Obispo Carrillo y Ancona; á los yucatecos, en fin, porque era una sancionada gloria yucateca, más aún, una legítima gloria nacional.

Lloremos todos ante sus despojos y ofrendemos ante su tumba las siemprevivas y los laureles de la inmortalidad, que el sabio Prelado es un inmortal.—La Redaccion.

EL ILLMO. Y RVDMO. SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

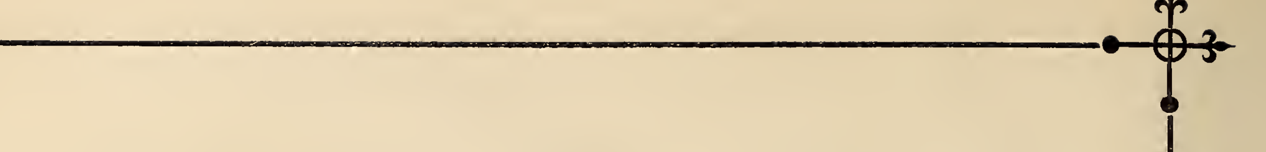
(«El Movimiento Catolico» de Marzo 28 de 1897.)

NADA respeta la mano destructora de la muerte; ni el claro talento, ni la virtud austera, ni el carácter firme y entero de los hombres que, como el Illmo. Sr. Carrillo, nacen destinados á descollar sobre los demás, á la manera que el árbol robusto y corpulento se yergue en medio de los débiles arbustos del campo. ¿Está libre acaso del fulminante rayo, el roble que descuella en la verde extensión de la llanura?

La sociedad justamente se conmueve cuando uno de sus esclarecidos jefes, es la víctima escogida para ser sacrificada en aras de la muerte. ¿No ha de estremecerse hoy de dolor al ver que cae, herido por la parca su Jefe espiritual? Los fieles lloran sin consuelo á su Obispo amado y respetable; lloran las letras á su fiel é insigne cultivador; la patria llora al defensor denodado de sus derechos, al patriota entusiasta, que lo mismo velaba por los intereses espirituales de sus conciudadanos, que levantaba su voz autorizada y digna para defender la integridad del territorio nacional, amenazada por extranjero audaz.

Rindamos, ya que no nos es dado restituir la vida á nuestro Obispo amado; rindámosle el homenaje respetuoso de nuestra gratitud, bosquejando, siquiera de una manera rápida, el cuadro de su existencia, nutrida de altos hechos, que no hay mejor homenaje





para el preclaro difunto, que referir sus memorables acciones. Estas solas son su más ferviente elogio y su más preclaro timbre.

El 19 de Abril de 1836, según los apuntes biográficos debidos á la pluma del notable escritor D. Francisco Sosa, vió la luz primera en Izamal, el Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, descendiente de una rama empobrecida de la familia Carrillo y Albornoz. [*] La miseria, más que la pobreza, fué uno de los obstáculos poderosos que el inteligente joven, ayudado por eficaces protectores, tuvo qué vencer para educarse, contándose en el número de sus nobles patronos, el Illmo. Señor Guerra, Obispo entonces de esta Diócesis.

Carrera de triunfos, de esos triunfos que jamás se olvidan por ser logrados con el propio esfuerzo, sin daño para los demás y en la edad más hermosa de la vida, carrera de triunfos fué para el Sr. Carrillo su curso de estudios preparatorios, que siguió brillantemente, ganando en honrosa lid, las calificaciones más elevadas. En 1856, la Universidad de S. Ildefonso de Mérida, donde hizo sus estudios, le confirió el grado de Bachiller en Filosofía, y en Junio de 1860, con dispensa de edad, pues tenía sólo 23 años, recibió la orden del Presbiterado, ligándose para siempre con esta Iglesia yucateca, que fué su constante amor y que tantos y señalados servicios le debe.

Imposible fuera, en breve espacio, seguir paso á paso su heróica y noble lucha por la enseñanza, y enumerar sus victorias en terreno tan erizado de dificultades, ya por la falta de recursos para recompensar á los profesores, ya por la resistencia que encuentra siempre en la rutina el espíritu progresista de los hombres que, como lo hizo el Sr. Carrillo, se esfuerzan en hacer avanzar á su país por la senda del saber. Contentémonos con señalar los hechos más culminantes de su carrera profesional, entre los cuales sobresale la institución de la enseñanza de la literatura, ramo hoy indispensable en la instrucción pública secundaria, y que entonces era desconocido en los programas de estudios preparatorios. Con el noble desinterés que fué uno de los más bellos rasgos de su carácter, y merced á las instancias que hizo cerca del Illmo. Sr. Obispo y del Rector del Seminario de San Ildefonso, único establecimiento de instrucción secundaria que existió en Mérida en 1861, fundó la cátedra de literatura que dió él mismo, sin más recompensa que el honor de haber iniciado á la juventud yucateca en el estudio de asignatura tan interesante, impulsando así, casi creando en la generalidad, la afición á las bellas letras, que ha dado luego tan hermosos frutos en nuestro Estado.

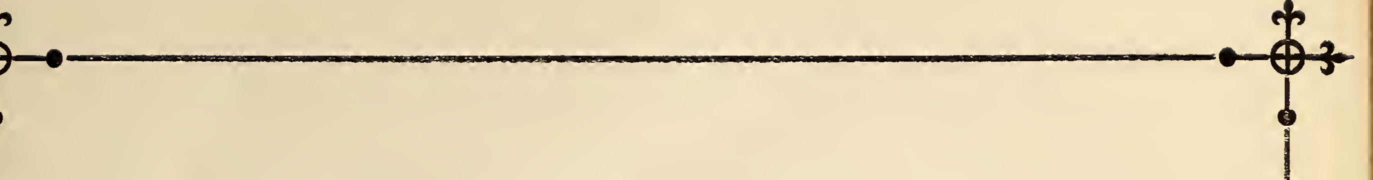
Luchó también empeñosamente el Sr. Carrillo, con la poderosa ayuda del Sr. Pbro. D. Norberto Domínguez, Vice-Rector entonces del Seminario, y fundador de las cátedras de Física y Química, por desterrar de la enseñanza eclesiástica los detestables textos que se usaban, contra las prescripciones mismas de la Iglesia, tales como las *Instituciones filosóficas y teológicas*, conocidas con el nombre de *Lugdunenses*, y las de Cavalario, que servían para la enseñanza del derecho. Desgraciadamente los esfuerzos de ambos fueron infructuosos y no lograron establecer textos más conformes con el verdadero espíritu de la filosofía cristiana, sino algunos años después.

La fundación de la Academia de Ciencias Eclesiásticas como auxiliar del Seminario, fué otro de los triunfos obtenidos por la incansable laboriosidad del Sr. Carrillo, quien encontró en la ilustración y celo del venerable Obispo Illmo. Sr. Gala, un firme

---

[*] Según noticias fidedignas que hemos recogido, el Illmo. Sr. Carrillo nació el 19 de Abril de 1837, siendo sus padres D. Maximiano Carrillo y Da. Josefa Ancona.





apoyo para la realización de mejora tan laudable. El 4 de Junio de 1865, fué autorizado el mismo instituto por decreto episcopal, cabiendo al Sr. Carrillo la gloria de ser electo primer Presidente por el voto unánime de los ilustrados y virtuosos sacerdotes que formaron parte de la Academia.

Llegó el año de 1867, en que los acontecimientos políticos que conmovieron á la nación, desgarraron el seno mismo de la Iglesia, y el Seminario Conciliar, que tantos años había sido el único centro de instrucción secundaria en la península, cayó bajo el hacha destructora del fanatismo. En aquel propio año, los dos sacerdotes ya nombrados, verdaderos apóstoles de la enseñanza, no queriendo que la juventud se quedara sin ese alimento del espíritu tan necesario para éste, como el pan lo es al cuerpo, establecieron un nuevo Colegio, utilizando los elementos del extinguido Seminario y los del Liceo particular que dirigía el Sr. Lic. D. Pastor Molina, hoy benemérito miembro de la Compañía de Jesús. Aquella benéfica institución, es hoy justa gloria de nuestro Estado y de la Península entera, pues merced al esfuerzo constante y á la rara abnegación de su Director, Monseñor Domínguez, ha alcanzado un alto grado de prosperidad, y ha formado en su seno, durante su fecunda y ya larga existencia, sacerdotes eminentes, literatos distinguidos y doctos profesores en fin, que han brillado en la sociedad yucateca, logrando merecido renombre, ya en los escaños de la magistratura, ya en las contiendas del foro, ora en el penoso ejercicio de la medicina ó en las duras labores del ingeniero.

Aun había de deberle la causa de la instrucción otro señalado servicio: en 1885, siendo ya Obispo titular de Lero y Coadjutor de Yucatán, con la aprobación Pontificia que solicitó oportunamente, expidió el 15 de Julio un Edicto, merecedor de perpetua memoria, por haber creado una de las obras más gloriosas debidas al encendido celo por la religión y la ciencia, del Ilustre Sr. Carrillo. En ese decreto declaró restaurada con el carácter de Pontificia, la extinguida Universidad de Yucatán, y en seguida nombró la Junta Universitaria que tendría á su cargo la Dirección, convocó á los Doctores, Licenciados y Bachilleres de la antigua Universidad, designó á otros nuevos, formó los Estatutos de la restaurada, promovió la reunión de Asambleas para elegir á los Sínodos de cada facultad, y llevó, en fin, al terreno de la práctica su levantada idea, su hermoso sueño de tantos años de magisterio.

Contamos con breve espacio y corto tiempo y nos vemos, por tanto, privados de referir detalladamente la sustanciosa, la fecunda, la utilísima existencia del Sr. Carrillo, tan notable bajo cualquier aspecto que se la considere. Condensemos.

Sus méritos de orador sagrado son tan conocidos en esta ciudad, en este Estado, en la República misma, que no es necesario enumerarlos. La fama de su elocuencia, desbordándose como crecido torrente, traspasó los linderos de la península y alcanzó la propia capital del país, donde se afirmó para siempre con el ya célebre Sermón, escrito con motivo de la coronación de la Virgen de Guadalupe. «Como orador sagrado, dice D. Francisco Sosa, no ha sido menos sobresaliente el Sr. Carrillo. Antes de consagrarse á esa dificilísima carrera, hizo profundos estudios, y sin temor puedo asegurar que no sólo Yucatán podría enorgullecerse de poseer un orador de tan elevado mérito, sino México entero. Versado en todas aquellas materias que forman el caudal de los predicadores, encaminado por una de las mejores inteligencias que ha producido Yucatán, el Sr. D. Tomás Domingo Quintana, poseyendo una imaginación ardiente y fecunda, un estilo galano, el Sr. Carrillo atrae siempre un auditorio numeroso, que le escucha con deleite.»

Otro aspecto brillante de la vida del Sr. Carrillo, es su carrera literaria. Las bellas letras, y especialmente la historia, le deben valiosísimos trabajos, nutridos de erudi-



ción, modelos de elegante forma, desde su «Estudio histórico sobre la raza indígena de Yucatán» de 1865, hasta su «Historia del Obispado de Yucatán» de 1885. Casi puede asegurarse que no hubo año, desde su tierna juventud hasta su muerte, tantas veces lamentada, en que no diera al público algún escrito de valor, ya histórico, ya puramente literario, ya filosófico ó religioso. Su fecundidad asombrosa sólo puede hallar precedente en nuestra historia literaria, ocurriendo á la memoria de D. Justo Sierra, el renombrado novelista y jurisconsulto, en quien se resume toda la vida literaria de Yucatán, en la época anterior á la en que el Sr. Carrillo iluminó con su paso el cielo de nuestras letras.

De las numerosas obras del Sr. Carrillo, la más notable, quizás, es su Historia Antigua de Yucatán, de indiscutible mérito, citada con elogio por los escritores más competentes en la historia antigua americana, y que le valió ser nombrado miembro honorario de la Sociedad Americana de Francia y de la Sociedad Filosófica de Filadelfia. Por sus disertaciones históricas, pertenecía ya á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y á la Sociedad Etnológica de New York.

La «Vida de Fray Manuel Martínez del Sacramento,» estudio histórico sobre la extinción de la orden franciscana en Yucatán, es una verdadera joya literaria. No podemos renunciar á copiar algunas de las frases que el Sr. D. Ignacio M. Altamirano consagró á esta obra, tanto porque ellas contienen un atinado juicio acerca de la obra y de su ilustre autor, como porque viniendo de persona tan versada en materias literarias y de opiniones tan adversas á las del Sr. Carrillo, su voz adquiere sobre el asunto una rara, irrecusable autoridad.

«Sin embargo, por exaltadas que sean sus opiniones, dice el Sr. Altamirano, ellas están revestidas con un estilo atildado, elegante y muchas veces poético. Su libro es un monumento estimable de literatura. Hay en él como una suave luz melancólica que da encanto á la narración; que dulcifica las amargas afirmaciones é ilumina de lleno la venerada figura de aquel humilde y apacible cenobita, que consagrando su vida á la protección y enseñanza de los indígenas, se retiró por muchos años á la pobre ermita de Izamal, y no salió de ella, sino acompañando á su afligida grey, arrojada por la barbarie de las tribus salvajes en 1848 . . . »

Aunque deseáramos ser más breves, no dejaremos tampoco de citar un opúsculo de gran valor histórico, debido á la gallarda pluma de aquel Obispo patriota, opúsculo que valió á su autor las más fervientes felicitaciones del Sr. Presidente de la República, General D. Porfirio Díaz, del Sr. Ministro de Relaciones, Lic. Mariscal, tan competente como jurisconsulto y como literato, y que dió origen á las cordiales relaciones de amistad que, en los últimos años, ligaron, para bien del Estado, al Sr. General Presidente y al nunca bien llorado Obispo. Nos referimos al folleto que con el título «La Isla de Arenas» publicó el Sr. Carrillo, y en el cual, fundándose en la historia, y con mapas y datos auténticos, demostró de una manera evidente los derechos de la Nación sobre la mencionada isla, cuya soberanía pretendieron usurparnos los Estados Unidos del Norte. Hermoso espectáculo presentó entonces, ciertamente, la prensa de la República, uniéndose, sin distinción de colores políticos, en la defensa del territorio nacional amenazado, y aplaudiendo con caluroso entusiasmo la patriótica obra de nuestro Obispo!

A fin de poder terminar esta ligera reseña, permítasenos callar los demás méritos literarios del Illmo. Sr. Carrillo, y hablar algo acerca de sus virtudes pastorales, sin duda las más estimables, aunque menos brillantes, de las numerosas que lo adornaron. Su celo inagotable, su laboriosidad jamás disminuida, su desprendimiento no desmentido,



su amor ferviente hacia los fieles que formaban su rebaño, son prendas que nunca serán bastante estimadas y enaltecidas. El cariño y la afabilidad con que trataba á cuantos se acercaban á él, hacían que todos le quisieran como á un verdadero padre; el empeño que ponía en el fiel cumplimiento de sus deberes de pastor de las almas, y la solicitud con que velaba porque los sacerdotes de su jurisdicción cumplieran á su vez con los suyos, infundían en sus propios subalternos ese respeto cariñoso, que es la mejor alabanza del Superior, y que debe ser el orgullo de los que Dios ha colocado bajo su mando.

Cuando la propaganda protestante hizo su desgraciada aparición en nuestro Estado, el Pastor solícito no descuidó dirigir su voz de alerta á los católicos, excitándolos á permanecer fieles á la religión que, enlazada por la historia á nuestra bandera nacional, es para nosotros un timbre de gloria y un lazo de unión el más eficaz para conservar nuestra nacionalidad amenazada.

Las numerosas visitas que el Sr. Carrillo hizo á las diversas regiones de su extensa Diócesis, son uno de los palpables testimonios de su eficacia en el cumplimiento de sus altos deberes. Inmediatamente después de su consagración en México como Obispo Coadjutor, la que se verificó el 6 de Julio de 1884, comenzó su prolongada serie de visitas, siendo la primera región escogida la del vecino Estado de Campeche, donde, en Agosto de ese año, administró el Sacramento de la Confirmación á más de 1300 personas. Luego Hunucmá y las parroquias próximas, en seguida el Sur, hasta la avanzadísima villa de Peto, más tarde, el Oriente, hasta la remota ciudad de Valladolid, recibieron el beneficio de la Visita Pastoral, que llevó á cabo el Illmo. Sr. Carrillo, al principio, como ayudante del venerado Sr. Gala, y desde la muerte de éste, que ocurrió el 14 de Julio de 1887, como Obispo propio.

La erección del Obispado de Campeche fué obra exclusiva del Illmo. Sr. Carrillo, quien con ese claro talento que era una de sus más relevantes dotes, comprendió la necesidad de formar la nueva Diócesis, promovió la fundación y la llevó á efecto, con la aquiescencia pontificia, añadiendo así otro lauro á su corona y demostrando de un modo evidente su solicitud pastoral en favor de aquellos fieles, que privados por la distancia de su inmediata protección, necesitaban urgentemente de la acción benéfica y de la próxima vigilancia de un Obispo propio.

Es hora ya de terminar este sencillo bosquejo de la vida del Sr. Carrillo que, para ser debidamente relatada, estudiando, como se merecen sus importantes hechos y haciendo ver desde todos sus puntos de vista, ese grandioso edificio, monumento levantado sobre las sólidas bases de la sabiduría y la virtud, del carácter y el talento, y cuya hermosa y atrevida cúpula se pierde en las nubes y se remonta al cielo, requiere mayor espacio y tiempo, y digámoslo francamente, exige una pluma más versada en achaques literarios.—La Redaccion.

EL ILLMO. SR. OBISPO DE YUCATAN,

Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.



MUERTO EN ESTA CIUDAD

EL 19 DE MARZO, A LAS 3 H. 5 M. DE LA MAÑANA.

EL clamor funeral de sesenta campanadas, solemnes y dolorosas, resonó en la madrugada de ayer por toda la ciudad, conmoviendo profundamente los corazones católicos de Mérida, y anunciando que el alma grande y varonil del Illmo. Sr. Obispo de Yucatán había volado al seno del Señor.

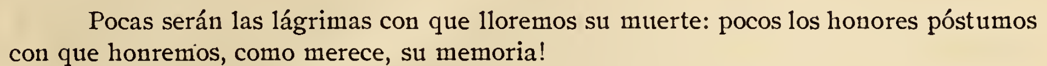
A los ecos lastimeros de esa lúgubre señal, infinitas plegarias y voces de dolor y hondísimos sollozos se escuchan y resuenan por todas partes, y sentimos entonces, en el aire, ese peso indefinido y vago, pero abrumador, con que nos agobian las públicas calamidades.

La augusta y elevada figura del finado Prelado se levanta ante nosotros; y para recrudecer más nuestro dolor, las brillantes memorias de sus esclarecidos méritos y virtudes, resplandecen con más viva luz; como si contempláramos por la primera vez su visión luminosa y serena para sentir más profundamente y en toda su magnitud, la pérdida irreparable del orador sagrado, grandilocuente y vigoroso; del historiador de nuestras glorias y de nuestras tradiciones; del infatigable apóstol de la civilización religiosa y literaria de nuestro país, desde 1861; del patriota eminente y del grande Obispo.

La muerte del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona nos conmueve á todos, desde la capital diocesana yucateca, hasta las más remotas poblaciones de la Península; y resonará por la República como un acontecimiento infausto y lamentable.

La Religión, la Filosofia y las Bellas letras pierden con él un ilustre ornamento: la Iglesia yucateca, por él exaltada tan esplendorosamente y colmada de prestigio, llora con piadosa amargura su muerte; y la Nación, cuya integridad territorial defendió con la pluma, y Yucatán, especialmente honrado con su gloria, lamentando su pérdida, conservarán con legítimo orgullo la memoria de su nombre.

No son estos los momentos de referir aquí detalladamente la vida y los hechos del hombre que desde el seno de una familia humilde y desvalida, sin poder y sin riquezas, se eleva por sí mismo, se engrandece con los años, marca distinguidamente su carrera como sacerdote, como literato, como orador y publicista, hasta que llega á la suprema gerarquía eclesiástica de nuestro país, y en ella, superior á cuanto le rodea por su inteligencia poderosa y fecunda, por sus firmísimas convicciones, por sus vastos conocimientos, por la austeridad ascética de sus costumbres y por la sólida firmeza de su carácter extraordinario, gobierna por sí mismo; concede ó niega de una manera franca y decidida; organiza y ejerce con desvelada vigilancia la administración eclesiática; impulsa con vigor las obras útiles; mantiene su autoridad con notable decoro; consolida las relaciones de la Iglesia y el Estado; representa á Yucatán y nos enaltece en la Metrópoli; descuella en el concilio de Antequera; escribe las últimas páginas de su historia de nuestro Episcopado, y muere por fin, coronado de laureles, temprano todavía, digno de su elevación, de su grandeza y de su nombre!



Pocas serán las lágrimas con que lloremos su muerte: pocos los honores póstumos con que honremos, como merece, su memoria!

Ante la muerte del Illmo. Sr. Carrillo, y meditando en todo lo que con él desaparece, recordemos aquellas patéticas palabras de un respetable escritor yucateco, muerto también:

«*¡Oh patria mía! muy grandes deben haber sido las faltas de tus hijos, puesto que* « *apenas se levanta de tu seno alguno digno de sobrevivir á todos por su virtud y su sabidu-* « *ría cuando desaparece bajo la insensible losa de un sepulcro!*» (*)

Pronto los restos mortales de S. S. Illma. reposarán en el materno seno de esta tierra yucateca que tanto amó. . . . su grande espíritu, inmortal y glorioso, traspone ya, con rápidas alas, los resplandecientes muros de la celestial Jerusalen!

FERNANDO JUANES G. GUTIÉRREZ.

Mérida, Marzo 20 de 1897.

(*) D. Fabián Carrillo.—Elogio fúnebre de D. Alonso Aznar y Pérez.

IZAMAL DE DUELO.

DE «LA VOZ DEL CENTRO.»

ERAN las cinco y treinta y cinco minutos de la mañana del 19 de este mes, cuando la campana mayor del templo parroquial, con lúgubre tañido, anunció á la ciudad el fallecimiento del ILLMO. SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA, muerte dolorosamente esperada.

Los corazones de los izamaleños se llenaron de profunda pena, y multitud de personas de las diferentes clases sociales corrieron á tomar pasaje en el ferrocarril, que partió á las seis, con el objeto de ir á la ciudad de Mérida á rendir el homenaje de su dolor ante el cadáver del Illmo. prelado, del sabio historiador, del que ha dejado una estela luminosa en su corta peregrinación terrenal.

Una comisión de caballeros pasó á Mérida, en representación de esta ciudad, para asistir á todos los actos fúnebres que deban tener lugar hasta la inhumación del cadáver.

Circuló una tarjeta firmada por muchos vecinos, concebida en estos términos:

EL ILLMO. Y RVMO.

SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

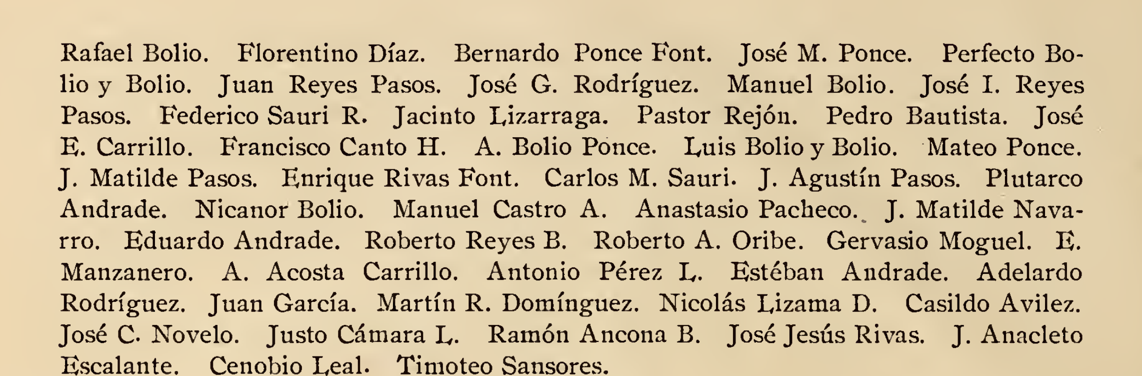
OBISPO DE YUCATAN,

HA FALLECIDO A LAS 3 Y 5 A. M.

Los que suscriben, en representación de la ciudad de Izamal, cuna de S. S. Illma., poseídos del más profundo sentimiento, suplican á Ud. se sirva concurrir á las fúnebres solemnidades que tendrán lugar, conforme al programa publicado por el V. Cabildo Eclesiástico de esta Ciudad Episcopal, en honor de Nuestro Eminentísimo Prelado difunto, honra y gloria de la Iglesia y del Estado de Yucatán.

Mérida, Marzo 19 de 1897.

Pbro. Bartolomé Castillo. Pbro. Francisco Zapata. Pbro. Serafín Castillo. José D. Pasos. Anastasio Zapata. Pablo Bolio. José María López. Braulio A. Méndez.


Rafael Bolio. Florentino Díaz. Bernardo Ponce Font. José M. Ponce. Perfecto Bolio y Bolio. Juan Reyes Pasos. José G. Rodríguez. Manuel Bolio. José I. Reyes Pasos. Federico Sauri R. Jacinto Lizarraga. Pastor Rejón. Pedro Bautista. José E. Carrillo. Francisco Canto H. A. Bolio Ponce. Luis Bolio y Bolio. Mateo Ponce. J. Matilde Pasos. Enrique Rivas Font. Carlos M. Sauri. J. Agustín Pasos. Plutarco Andrade. Nicanor Bolio. Manuel Castro A. Anastasio Pacheco. J. Matilde Navarro. Eduardo Andrade. Roberto Reyes B. Roberto A. Oribe. Gervasio Moguel. E. Manzanero. A. Acosta Carrillo. Antonio Pérez L. Estéban Andrade. Adelardo Rodríguez. Juan García. Martín R. Domínguez. Nicolás Lizama D. Casildo Avilez. José C. Novelo. Justo Cámara L. Ramón Ancona B. José Jesús Rivas. J. Anacleto Escalante. Cenobio Leal. Timoteo Sansores.

El Illmo. Sr. Carrillo Ancona fué una personalidad querida y respetada bajo un doble punto de vista; como dignísimo cabeza de la iglesia yucateca y como sabio cultivador de la ciencia.

Su fama y su nombre llegaron á ser una gloria nacional.

Izamal le amaba con esa veneración digna de sus altísimos méritos, y veía en él el mayor lumbre de su gloria y de su justo orgullo.

Pero aquella venerable cabeza se dobló á la irresistible fuerza de la ley de la naturaleza, y la ciudad de Izamal llora la ausencia de su más predilecto hijo.

Hoy quedan los recuerdos de aquel especial cariño, de aquella predilección como padre amoroso, con que trataba á los izamaleños.

Su memoria querida se trasmitirá de generación en generación, y durará más que si se grabara en el marmol ó en el bronce.

El Illmo. Sr. Carrillo Ancona nació en esta ciudad el 19 de Abril de 1837: aquí corrieron sus primeros años; aquí nacieron sus más tiernas afecciones de niño, y aquí deja los purísimos sentimientos de cariño y de respeto que generalmente supo conquistarse.

Lloren los izamaleños tan irreparable pérdida, depositando sobre la tumba del inolvidable, virtuoso y sabio prelado, una corona de siemprevivas.

Durante el día 19, los establecimientos de comercio, talleres y casas particulares permanecieron cerrados, los carruajes dejaron de circular, las calles silenciosas, las gentes tristes, abatidas: todo marcaba el duelo por la desgracia que acababa de caer sobre la ciudad, al perder para siempre al hombre que era su legítimo orgullo.

Izamal, Marzo 20 de 1897.

LA REDACCION.

LOS ULTIMOS MOMENTOS DEL SR. CARRILLO.

DE «LA REVISTA DE MERIDA.»

El jueves había corrido la noticia de que el alivio que se había iniciado la víspera, continuaba, y muchas de las personas que permanecían en la obispalía hasta altas horas de la noche, se retiraron tranquilas.

Serían las 11 h. 55 m. cuando la alarma cundió en el palacio y fueron llamados violentamente los señores Canónigos. El Illmo. Sr. Obispo había entrado en agonía: el Sr. Rector del Seminario, D. Carlos de Jesús Mejía, lo auxiliaba con la voz entrecor-



tada por el sentimiento. Duraron las oraciones hasta cerca de la una y media, hora en que el ilustre enfermo dió señales de vida, pidiendo *se retirasen las luces porque deseaba dormir.* Aquella naturaleza vigorosa parecía recobrar la energía que fué su distintivo, pero aquel alivio fué pasajero, pues á la una y tres cuartos comenzó nuevamente una fatiga que duró como media hora; calmada ésta, D. Arturo Gamboa Guzmán preguntóle solícito si deseaba leche ó agua, y el Sr. Obispo contestó haciendo un esfuerzo: *no quiero nada.*

A las 2 h. 50 m. la agonía se presentó alarmante, y rodearon su lecho los señores Canónigos y Sacerdotes que estaban presentes. El Sr. Canónigo Penitenciario Dr. D. Narciso Manzanilla rezaba las últimas oraciones y le dirigía exhortaciones piadosas, que el Sr. Carrillo demostraba percibir, pues alguna vez intentó acompañar. La hora fatal se acercaba, y todos los que estaban presentes en la Cámara del Prelado, esperaban de rodillas el funesto desenlace. A las 3 h. 5 m. se notó una contracción en el semblante y entregó su alma al Altísimo.

Rodearon su lecho durante su agonía y muerte, además de los señores citados anteriormente, el Arcediano Dr. Monseñor Norberto Domínguez, Maestreescuelas Lic. D. Lorenzo Bosada, Sr. Canónigo Lic. D. Manuel Acevedo, Sr. Pbro. Lic. D. Pablo Ortiz, Promotor Fiscal, Sr. Capellán caudatario de S. S. Pbro. Eulogio Suárez Sal, el médico de cabecera Dr. Joaquín Acevedo, el Oficial Mayor de la Secretaría episcopal D. José María Pérez y los Sres. Coronel D. Francisco Irabién, Ayudante del Sr. Gobernador del Estado, D. Angel E. Salazar, D. Manuel Casáres Escudero, D. Ramón Ancona Horruytiner, D. Fernando Juanes G. Gutiérrez, D. Manuel Martínez de Arredondo y Castro, D. Eduardo Andrade, D. Mariano Manzanilla, el Director de «La Revista de Mérida,» los pajes D. Juan Villajuana y D. José Pérez, y la servidumbre de Palacio.

Rezaron responsos los señores Canónigos y Presbíteros, y el virtuoso P. Suárez Sal no pudo concluir, porque la emoción y el llanto anudaron la voz en su garganta.

Como á la una de la mañana, haciendo más pavoroso el sentimiento que dominaba durante la agonía del Illmo. Sr. Carrillo, resonaron en medio del silencio de la noche algunos tiros, é inmediatamente los toques á rebato de la iglesia de San Cristóbal que llamaban á la defensa de un incendio. Sobre el palacio episcopal pasaron varias nubes del humo, y el viento traía el olor de la paja quemada.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona rindió el último suspiro en la misma habitación y lugar en que murió, hace más de seis lustros, su protector el Illmo. Sr. Guerra. Frente á su lecho y á su vista se encontraba, sobre una cómoda, una bella imagen del Señor San José, cuya fiesta celebraba ese día la Iglesia, y al cual profesaba particular devoción. A su cabecera, se encontraba un cuadro de la Madre dolorosa. Murió precisamente un mes antes de cumplir sesenta años. (19 de Abril.)

A las cinco practicaron el embalsamamiento del cadáver, los Dres. D. José M. Tappam, D. Joaquín Acevedo y D. Andrés Saenz de Santa-María, ayudados por el alumno de la Escuela de Medicina, D. Cipriano Domínguez.

La campana mayor de Catedral daba el toque de *sede vacante* y dobles á las 3 h. 30 m., anunciando al pueblo la muerte del Padre amado y á la grey la falta de su Pastor.



VARIOS APUNTES.

DE «LA REVISTA DE MERIDA,» DEL 20 DE MARZO DE 1897.

MONSEÑOR Domínguez, Presidente del V. Cabildo, dirigió inmediatamente cinco telegramas: al Sr. Gral. Porfirio Diaz, que se había mostrado solícito por la salud del Rvmo. finado, de quien era gran amigo; al Illmo. Sr. Averardi, Visitador apostólico, al Illmo. Monseñor Guillow, Arzobispo de Oaxaca, de quien depende el Obispo de Yucatán; al Illmo. Sr. Alarcón, Arzobispo de México, y al Emmo. Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de S. S. el Papa.

También el señor Gobernador y D. Manuel Dondé Cámara, telegrafiaron al señor Presidente de la República, y se dirigieron en la propia forma otras varias comunicaciones á respetables personas.

La víspera se había dormido Mérida bajo la impresión general de la mejoría del prelado, pero las solemnes campanadas que anunciaron la sede vacante, la despertaron sobresaltada, viéndose inmediatamente, á pesar de la hora, invadido el palacio episcopal por numerosas personas de uno y otro sexo y de todas condiciones sociales, deseosas de tributar los últimos homenajes al ilustre yucateco y grande Obispo.

Desde las cuatro de la mañana comenzaron á decirse misas en la capilla episcopal, habiendo rezado la primera Monseñor Domínguez.

Se han circulado las invitaciones siguientes para las honras: del V. Cabildo Catedral, de la Universidad Católica Pontificia, restaurada por el Illmo. Sr. Carrillo, de la ciudad de Izamal, su cuna, del Seminario Conciliar, del gremio de comerciantes y hacendados, del de abastecedores, del de carpinteros, de los amigos y admiradores.

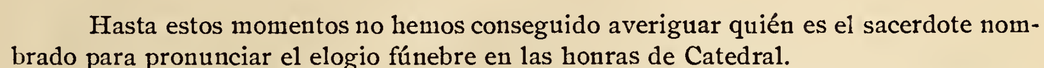
La primera que subió á palacio á la noticia de la muerte, fué la respetable Sra. Dª María Concepción Nájera, que profesaba gran veneración por el Illmo. Sr. Obispo desde que éste era capellán del templo de Jesús María, por él restaurado y embellecido el año de 1874.

El comercio puso sus puertas á la funerala, y varios establecimientos que usan bandera, la izaron á media asta; lo que hicieron también los consulados de las naciones extranjeras con sus pabellones.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona, dejó de existir á los 10 años un mes [14 de Febrero de 1887] de la vacante que dejó el Illmo. Sr. Gala, de grato recuerdo, y de quien fué Coadjutor como Obispo de Lero, con derecho á sucesión, desde 1883.

Los colegios todos de la ciudad, particulares y oficiales, cerraron sus puertas hasta el lunes, como tributo al historiador y literato eminente.

Gran número de casas particulares mostraban en sus ventanas cortinas blancas con lazos negros, en señal de dolor. Los pianos, de los que hay un número considerable, han permanecido cerrados.



Hasta estos momentos no hemos conseguido averiguar quién es el sacerdote nombrado para pronunciar el elogio fúnebre en las honras de Catedral.

Cuando el fallecimiento del Sr. Gala, recordamos que el que ocupó la cátedra sagrada, fué el mismo Sr. Carrillo que hoy duerme el sueño de la muerte.

El Illmo. Sr. Dr. D. Francisco Plancarte Navarrete, Obispo de Campeche, es esperado de un momento á otro. Se le dirigió una invitación para que asista á las honras y se puso un tren extraordinario á su disposición, que facilitó gratuitamente la Empresa del Ferrocarril Peninsular.

Varias corporaciones y particulares encargan coronas para el túmulo. Hemos visto ya la muy hermosa de la ciudad natal del Illmo. finado.

Después de embalsamado el cadáver, se le expuso, vestido con los arreos episcoles, en la sala del trono. Quedó mirando frente á una pintura al óleo que representa al Obispo Piña y Mazo y al Gobernador y Capitán General D. José Merino y Ceballos, puestos «bajo el patrocinio del Señor San José.»

Allí se le estuvo rindiendo pública veneración, hasta que á las doce y media del día, se le condujo procesionalmente á la Catedral.

Iba conducida la caja mortuoria por señores Sacerdotes, conforme al ceremonial, mientras se escuchaban los cantos fúnebres del clero acompañados por la música. Gran número de particulares formaban parte del cortejo que recorrió los claustros bajos y siguió por la comunicación del palacio con la Catedral.

La espaciosa basílica había sido invadida por compacta muchedumbre.

El cadáver fué colocado en la crugía, para los homenajes del pueblo, en tanto se levantaba el túmulo destinado á las honras en el presbiterio.

En éste se veía erguido y desmantelado el esqueleto del baldaquín episcopal, como un signo de la viudedad de la iglesia yucateca.

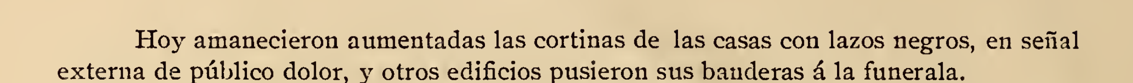
El ataud, forrado de color morado, conforme al ritual, fué hecho por la Agencia «Zavala,» y el coche fúnebre se está arreglando con la dirección de D. Rafael Peón.

La Empresa de Tranvías pondrá en la línea de Chuminópolis un buen número de coches para conducir gratuitamente á los que quieran ir á presenciar el sepelio del cadáver en Petkanché.

La última visita á un amigo suyo enfermo, la hizo el Illmo. Sr. Obispo á D. Juan A. Urcelay, que hace tres meses se encuentra al borde del sepulcro. El Sr. Carrillo estuvo pocos días antes grave de la enfermedad que causó su muerte, la uremia, y aludiendo á su propio peligro consoló y animó al Sr. Urcelay. Y á pesar de todo, él estaba siempre más próximo á la eternidad!

La Empresa de Recreos de Itzimná mantendrá cerrados éstos, hasta el día de mañana, domingo, en señal de duelo.

Nuestro colega *El Eco del Comercio* enlutó las columnas de su número de hoy, y consagró un bien escrito editorial á lamentar la pérdida que han sufrido la Iglesia, el Estado y la Nación. Publica también varios pormenores y el retrato del egregio prelado.



Hoy amanecieron aumentadas las cortinas de las casas con lazos negros, en señal externa de público dolor, y otros edificios pusieron sus banderas á la funerala.

Ayer, el señor Gobernador, condiscípulo y amigo del ilustre finado y apreciador de sus grandes méritos, mandó ofrecer la retreta de la banda de música del Estado, que estuvo tocando por la noche piezas adecuadas á la solemnidad.

Desde la muerte del Sr. Obispo, numerosa concurrencia ha estado rindiéndole los postreros homenajes. La puerta sur del frente de la Catedral ha sido destinada para entrada, y la del norte y las laterales para salida, con objeto de evitar aglomeraciones.

Cuatro particulares han estado velando, por turno, constantemente el cadáver, y los seminaristas, lo mismo en el día que en la noche.

Por noticias recibidas de la capital del vecino Estado, sabemos que en la Catedral de aquella diócesis, se debieron verificar hoy honras por el alma del Illmo. Sr. Carrillo, oficiando de pontifical el Illmo. Sr. D. Francisco Plancarte y Navarrete.

LOS POSTREROS TRIBUTOS

AL ILLMO. SR. CARRILLO.

IMPOSIBLE es detenerse en cada uno de los detalles de la gran manifestación de dolor que hizo Mérida con motivo de la muerte del sabio y virtuoso prelado yucateco. A numerosas damas y caballeros se veía en las calles con trajes de luto, durante los días de la exposición del cadáver, y por las puertas de la Catedral entraba y salía constantemente el pueblo que iba á rendirle las últimas ofrendas de su amor y de su veneración.

Allí en la crugía se miraba el cuerpo yacente, conservando en el rostro, á pesar de las huellas de la muerte, esa noble expresión que le distinguió, con los labios ligeramente plegados, como preparándose á dibujar la amable sonrisa conque siempre recibía á sus visitantes.

Los ojos estaban perfectamente cerrados; y aunque hubieran quedado abiertos, ya no los animaba la luz de la poderosa inteligencia con que fulguraran en mejores días, revelando que tras ellos se agitaba inquieta y vigorosa la chispa sagrada de un gran talento que llenó de resplandores su camino por la tierra.

Cuatro personas, además de un grupo de seminaristas, siguió velando el cadáver, notándose en esta guardia lo mismo al modesto menestral que al rico propietario. Razón había para esto. Los despojos de aquel pastor que había desaparecido de su rebaño, eran de todos, como él fué de todos en vida; pues jamás hizo distinciones entre el humilde y el rico, como el Pastor santo, que animado de la justicia y del verdadero amor, reparte por igual entre sus ovejas los afectos de su alma.

La capilla ardiente, producía á los ojos un efecto imponente. El túmulo, seccionado en dos, estaba lleno de coronas, que no cabiendo en él, se repartían á los pies de las columnas que sostenían las veladoras, ó en los trípodes de los flameros. Los colores



dominantes eran el blanco y el negro, con vivos de plata. De una magnífica corona que parecía del mismo metal, pendiente á regular altura, descendía en ángulo á los lados del túmulo una amplia tela con los colores blanco y negro. En medio, colgaba un estandarte del último color, con las insignias episcopales también de plata, lo mismo que los borlones que lo adornaban.

Cuando comenzaron las honras, millares de luces se destacaban sobre este conjunto y sobre el paño negro que en el fondo se extendía desde la bóveda hasta el suelo. En los muros y columnas, en el pasamano de la crugía y los púlpitos de la epístola y el evangelio, se veían las tocas de la viudedad en que había quedado la iglesia yucateca; en el recogimiento y emoción de la muchedumbre, en los estandartes de los gremios formados en calle y envueltos en crespón negro, se expresaba el dolor conque todas las agrupaciones sociales sentían la desaparición del ilustre prelado; y en los cantos lastimeros del coro y en las notas que se escapaban de los instrumentos musicales, se levantaban, en fin, á las alturas, las doloridas lamentaciones del arte.

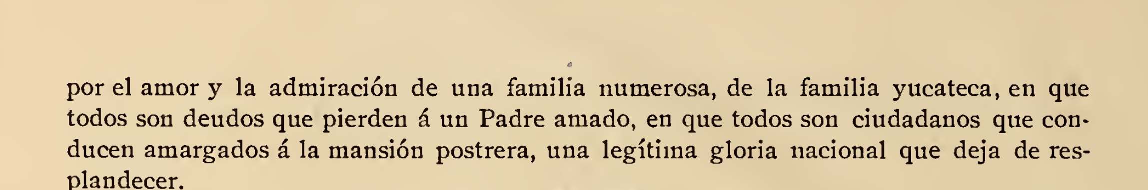
En el momento de los oficios que marca la rúbrica, se dejó oir desde el púlpito la palabra del elocuente orador Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía. A grandes rasgos, como lo permitían las circunstancias, reseñó los muchos méritos que por su ciencia tenía para la patria el Illmo. Sr. Carrillo, y los hermosos títulos que por su virtud tenía para el cielo. La concurrencia le oía recogida y emocionada, y cuando describió la escena en que el insigne prelado recibió el sagrado Viático, y con voz quebrantada por la enfermedad manifestó que estaba próximo á descender á la tumba, y pedía perdón á los que hubiese ofendido de algún modo, los corazones se oprimieron y las lágrimas brotaron de los ojos, ofreciendo el nobilísimo tributo del corazón, á la memoria de aquella gloria amada que había arrebatado la muerte á la religión y á la patria. Luego habló de la agonía el orador.

Los que tuvimos el doloroso consuelo de presenciar tan amargo trance, sabemos que el Illmo. Sr. Carrillo manifestó entonces una grandeza digna de su historia. Hombre de corazón levantado, nutrido en la piedad y la ciencia á que consagró su vida, sentía con toda lucidez manifestada hasta el último instante, cómo iba resbalando su cuerpo á la tumba; y se mostraba fuerte sobre el abismo, porque sus ojos de águila, ungidos por la virtud y la sabiduría, traspasaban las nubes en alas de la confianza que se inspira en las promesas del Señor. Y cayó como un gladiador; mas no como un gladiador romano que finca su vanidad en la altivez de su caída, sino con la noble tranquilidad de los seres excepcionales que forman las milicias que en el nombre de Dios combaten en las batallas de la vida, y se presentan ante él después de su jornada, cargados de heridas y de victorias.

Los estertores del cuerpo, aterrorizado ante el abandono de aquel espíritu extraordinario que lo castigó con la penitencia y la actividad, nos acongojaban á todos profundamente; y no era sólo el pavor y la conmiseración que se siente ante el cuadro del derrumbamiento de la materia humana en el sepulcro: era la consternación de algo grande, de algo nuestro que desaparecía á nuestros ojos sin que pudiéramos impedirlo.

Eso sin duda sintió el noble pueblo de Mérida, cuando el llanto brotó al penoso y oportuno recuerdo que hizo el Sr. Rector Mejía; eso sin duda sintió al ostentar su duelo, y al hacer, cuando fué conducido el cadáver, esa manifestación imponente y magnífica que parecía el entierro de un príncipe; pero más hermosa aún, porque fué formada espontáneamente por el amor y la admiración de un pueblo; sin honores oficiales, sin que los más solícitos esperaran los premios de los poderosos deudos; porque fué formada

por el amor y la admiración de una familia numerosa, de la familia yucateca, en que todos son deudos que pierden á un Padre amado, en que todos son ciudadanos que conducen amargados á la mansión postrera, una legítima gloria nacional que deja de resplandecer.



El ataud fué llevado hasta la puerta de la Catedral, según el rito, por los señores sacerdotes. Allí, el inteligente poeta D. Ramón Aldana Santamaría, improvisó una inspirada alocución que hizo brotar de nuevo las lágrimas. Su voz, exaltada por el sentimiento, fué á herir los corazones y á agitar profundamente sus delicadas fibras.

Una inmensa muchedumbre llenaba el atrio, la calle y la calzada frontera de la plaza de la Independencia, y se extendía compacta por el trayecto que debía recorrer la fúnebre procesión.

Las comisiones de los gremios de la ciudad, compuesta cada una de seis personas, se turnaban á intervalos regulares para llevar en hombros el cadáver. Delante iba el V. Clero, los gremios de la ciudad llevando sus pabellones á la funerala, los colegios, las escuelas católicas, varias asociaciones y la banda del Estado. Presidía el duelo, Monseñor Norberto Domínguez, como Presidente del V. Cabildo.

Después del cadáver, seguía el coche mortuorio, arreglado con elegante y severa sencillez. Se le veía cubierto de las coronas ofrecidas, y en los cuatro lados llevaba el escudo episcopal. Un cochero y un lacayo, vestidos de gran librea, ocupaban el pescante. Tiraba un famoso tronco de caballos blancos, con plumeros y con gualdrapas de luto.

Detrás, seguía triste y vacío el coche particular de S. S. Ilustrísima, como el perro fiel que va también á acompañar el cadáver de su señor hasta dejarle cubierto con la losa funeraria. El cochero llevaba un lazo negro en el hombro y en el sombrero un ancho crespón que le caía por la espalda. En seguida, los demás carruajes del cortejo.

El desfile era larguísimo, á pesar de lo cual, el pueblo marchaba á los lados apretadamente, ofreciendo un espectáculo conmovedor. No menos lo era ver cómo el rico banquero ó hacendado que llevaba el ataud, lo entregaba al modesto industrial, y recíprocamente, uniéndose todos con esa santa confraternidad que despierta la consonancia de sentimientos y de igualdad en el dolor, y compartiendo á la par el consuelo de rendir homenaje público al padre común que nos abandonó para siempre.

La calle estaba llena de cortinas enlutadas como los faroles del tránsito. Todos marchaban conmovidos y descubiertos, no obstante los rigores del sol.

En la plaza de la Mejorada, el cortejo se detuvo. Fué colocado el féretro en el coche mortuorio, y gran parte de la concurrencia ocupó los carruajes preparados.

Los trenes de los ferrocarriles de Mérida á Valladolid y de Progreso, y los de tranvías, ofrecidos gratuitamente por las Empresas, conducían al pueblo hasta las inmediaciones de Petkanché, donde estaba preparada la tumba para depositar la reliquia mortal del varón esclarecido, cuya muerte lloran la patria y la Iglesia.

En el trayecto que siguió recorriendo el cortejo, las casas estaban con emblemas de luto. Emocionaba verdaderamente ver á las pobres familias de los arrabales, teniendo frente á sus puertas un hilo extendido en que colgaba un lienzo blanco con un lazo negro, ó clavados sobre el modesto *ripio*, lazos de cinta del mismo color. El pintoresco barrio de Chuminópolis, se veía todo vestido de duelo. Al pasar la carroza, niñas vestidas de ángeles echaron sobre ella ramilletes de flores, y en otras casas, palomas con lazos negros. El Lic. D. Julio Valdez Infante, depositó una hermosa cruz de flores naturales.



La gente se aglomeraba de tal manera en Petkanché, que hubo necesidad de cerrar las puertas del oratorio para cantar los responsos. Las coronas y cruces ofrendadas, quedaron en ese momento en el corredor para ser colocadas luego, pues el recinto era estrecho para tanta gente y estaba ocupado por los señores sacerdotes. Entre las primeras, se veía la que el Sr. General D. Porfirio Díaz depositó por conducto del Sr. D. Manuel Dondé Cámara. La ciudad, y con ella el Estado entero, ha sabido estimar este rasgo del señor Presidente de la República, que se enaltece más al honrar con su distinción «la grandeza conquistada por el trabajo, la inteligencia y la virtud.»

La conmovida y robusta voz del Sr. Lic. D. Néstor Rubio Alpuche, resonó en los oidos de la concurrencia, y las sentidas frases, y los hermosos conceptos de su alocución, removieron nuevamente el dolor, y lágrimas generosas bañaron los rostros. Es una valiosa pieza pronunciada como su autor sabe hacerlo.

Poco después, estaba cerrado bajo la insensible losa sepulcral, el cuerpo del que fué el Obispo yucateco más grande de su siglo, y que por maravilloso consorcio de facultantes excelentes, unía á su notable talento y gloria un espíritu de gobierno y una energía excepcional, y á su acrisolada virtud y piadosa vida, laboriosidad incansable, alteza de miras y un corazón abierto á todos los sentimientos nobles.

Poco después fué quedando vacía la finca Petkanché, y en paz los fríos despojos del ilustre yucateco.

Desapareció para siempre á nuestra vista, y hace falta su voz para expresar el dolor del pueblo, por su propia muerte, como hizo él hablando de la desaparición del Illmo. Sr. Gala, en estas frases esplendorosas y encendidas:

«Hemos, pues, clamado en alaridos de acerba angustia, como Eliseo, que viendo desaparecer á Elías, exclamaba con estas palabras: «¡Padre mío, Padre mío, carro de Israel y conductor suyo, ay de mí sin tí!» Ve en paz, oh Padre y Maestro, que con tus oraciones eras para Israel su carro de guerra, su ejército, su caballería y su fuerza! . . .

Y viendo Eliseo, que á pesar de sus clamores, el Profeta desaparecía en las nubes, asió de sus vestidos y rasgólos en dos partes en fuerza de su aflicción. ¡Oh sí! Herida nuestra alma de dolor ante el carro mortuorio que nos ha arrebatado al anciano Pastor, nuestro Padre y Maestro, hemos sentido rasgadas como en dos partes las telas del corazón, y hemos sido vencidos por el llanto y los amargos suspiros.»

DELIO MORENO CANTON.

Mérida, Marzo 23 de 1897.

APUNTES SUELTOS.

DE «LA REVISTA DE MERIDA.»

EN los funerales del Illmo. Sr. Carrillo, fué cantada la hermosa misa de *requiem* de Paesiello, por el Director D. Ramón Gasque y los Sres. Miguel Solís Navarrete, Juan E. Basulto, Manuel Gasque, José G. Guillermo, Salvador Zúñiga, Eduardo Andrade Arjona, Carlos Castillo, Alfredo Tamayo, José María Febles, acompañados por un concierto especial compuesto de siete violines, dos violas, dos violoncellos, un contrabajo, un clarinete, dos flautas, dos trompas, un trombón, dos fagotes y un tambor.

La parte de canto llano estuvo á cargo de los Sres. Director, D. Ramón Gasque, D. Eduardo Andrade, D. Salvador Zúñiga, D. Cornelio Camejo y los monacillos de coro.



Después de la Misa se comenzaron los cinco responsos que manda el Ceremonial de Obispos, cantándose los conmovedores responsos de Barbieri, concluyéndose con una magnífica marcha del inolvidable maestro D. José Jacinto Cuevas.

Durante la procesión, desde el altar mayor hasta la puerta de Catedral, se entonó el Cántico de Zacarías «Benedictus Dominus Deus Israel,» por todo el V. Clero y el Coro, dándose así fin á las imponentes ceremonias.

Entre las coronas que se ofrecieron al Illmo. Sr. Carrillo, recordamos una de flores de porcelana con cinta negra, que ofreció el Sr. D. Manuel Dondé Cámara, en representación del Sr. General D. Porfirio Díaz, y que tenía en el lazo derecho de la cinta, el siguiente pensamiento: «*La grandeza conquistada por el trabajo, la inteligencia y la virtud, es muy digna de honores*»; y en el lazo izquierdo, «*A la memoria del sabio y virtuoso Illmo. Obispo de Yucatán, Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.*—PORFIRIO DÍAZ.»

Una de pensamientos y otras flores, con cinta negra, presentada por D. Carlos Sauri y D. Plutarco Andrade, con la siguiente inscripción: «*A la dolorosa memoria de S. S. Illma. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.—La ciudad de Izamal.*»

Una de pensamientos y otras flores, de los Sres. Comerciantes y Hacendados, con esta inscripción: «*Homenaje de amor y respeto.*»

Una de flores y hojas de porcelana, con cinta negra y esta inscripción: «*Tributo de admiración y respeto,*» del gremio de Abastecedores.

Una de pensamientos y otras flores, con cinta blanca, que decía: «*Tributo de admiración y respeto,*» presentada por D. Angel E. Salazar, á nombre de las Escuelas Católicas de Hoctún.

Una de laurel y rosas blancas y crespón, con cinta morada, de los Sres. D. Eduardo González Gutiérrez y D. Fernando Juanes G. Gutiérrez.

Una de mirtos y azucenas, cinta blanca, del Gremio de Señoras.

Una de nardos, mirtos y otras flores, cinta blanca que decía: *Homenaje de amor y respeto,*» del Gremio de Carpinteros.

Una de laurel y siemprevivas.

Una de mirtos y claveles, cinta blanca, que decía: «*Homenaje de amor y respeto,*» de Doña Josefa Suárez de Rivas y familia.

Una de nardos y mirtos, cinta blanca, «*Homenaje al talento,*» «*El Movimiento Católico.*»

Una de mirtos y claveles, cinta blanca, de la Congregación de María Auxiliadora.

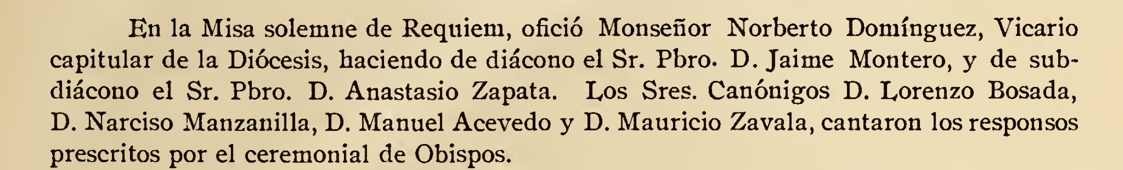
Una de laureles y mirtos, con cinta morada y la siguiente leyenda: «*Homenaje de respeto y admiración.*»—«*La Revista de Mérida.*»

Una cruz de jazmines presentada por el Lic. D. Julio Valdez Infante, al pasar el cortejo por Chuminópolis.

Una corona ofrecida por D. Perfecto Bolio y Bolio, en el oratorio de Petkanché.

Entre las papeletas que circularon para las solemnidades fúnebres y de que dimos cuenta en nuestro número anterior, se nos escapó hacer mención de la del Seminario Conciliar, que invita, además, para las solemnes honras que en la iglesia de San Juan de Dios, se celebrarán el viernes próximo, á las siete de la mañana. Parece que hará en ellas el elogio del Prelado, el reputado orador Sr. Pbro. D. Antonio Pérez Díaz.

Para la misma fecha prepara igual solemnidad, en su parroquia, el Sr. Cura de San Cristóbal.



En la Misa solemne de Requiem, ofició Monseñor Norberto Domínguez, Vicario capitular de la Diócesis, haciendo de diácono el Sr. Pbro. D. Jaime Montero, y de subdiácono el Sr. Pbro. D. Anastasio Zapata. Los Sres. Canónigos D. Lorenzo Bosada, D. Narciso Manzanilla, D. Manuel Acevedo y D. Mauricio Zavala, cantaron los responsos prescritos por el ceremonial de Obispos.

Debemos hacer una mención especial de los trabajos de los Sres. Pbro. D. Enrique Pérez Capetillo, D. Manuel Casáres Escudero y D. Manuel Martínez de Arredondo y Castro, en la organización de la concurrencia á las solemnidades fúnebres, especialmente de los dos últimos, que trabajaron sin cesar desde la agonía hasta la inhumación del Sr. Carrillo.

También es digno de elogio el Sr. D. Rafael Peón, persona de espíritu noble y generoso, que con desprendimiento y afán estuvo donde pudieran ser útiles sus servicios. Además de haber sido comisionado para la preparación del coche fúnebre, dirigió el orden del cortejo con los Sres. Lic. D. Benito Ruz y D. Santiago Escalante Lara. Organizó la marcha de los carruajes el Sr. D. José Gómez. Trabajaron también principalmente, los Sres. Plutarco Andrade, Carlos Casáres, Bernardo Font, Rafael Rivas y los hermanos Dr. D. Miguel y D. Genaro Villamil.

Toda la prensa, asociada al general dolor que produjo la muerte del Illmo. Sr. Carrillo, le dedicó artículos en que lamentando su desaparición, le rendía un homenaje justo de admiración y cariño.

«La Ilustración Yucateca» obsequió, además, á sus abonados, con un buen retrato del ilustre finado, debido al lápiz del conocido artista D. Modesto Cayetano, y sabemos que hará lo mismo hoy «El Movimiento Católico,» como ya lo hicieron «El Eco» y «La Revista.»

En el número anterior hablamos de la última visita que hizo el ilustre prelado á un amigo enfermo. Posteriormente visitó también, el miércoles de ceniza, al Sr. Lic. D. Pedro Escudero y Echánove, en casa de la Sra. Da Estafanía Escudero de Casáres. El día siguiente, jueves, ya con calentura, dió la confirmación en Catedral, y el viernes, en la Capilla de palacio, á una niña de D. Manuel Casáres.

Fueron las últimas.

Al salir la comitiva del templo, la banda del Estado dejó oir sus tristes notas, ejecutando una hermosa marcha fúnebre, en *do menor*, compuesta especialmente por D. Justo Cuevas, para esa ocasión y titulada «Carrillo Ancona.»

En el interior del templo, se observaba el mayor orden.

En la nave derecha se hallaban la Prensa, las Escuelas, los Colegios, los señores componentes de la comisión de Izamal y las Cofradías.

En el centro, el Clero, Seminario Conciliar, y los Gremios de la ciudad.

En la nave izquierda, las Señoras, Colegio de «San José,» Colegio «Teresiano,» Congregaciones y Corte de María.

La ciudad de Izamal se hizo notable en la pérdida de su hijo más ilustre, enviando representantes durante la gravedad del prelado y comisiones que manifestaran dignamente su dolor, durante la exposición y los funerales.



Solicitó el cadáver, pero no fué posible acceder á la piadosa solicitud por atender á los deseos de la capital de la Diócesis, que quería conservarle también como una gloria.

EL DUELO EN PROGRESO.

Varias casas de comercio de ese puerto, pusieron sus pabellones á media asta y entornaron sus puertas con motivo de la sentida muerte del ilustre y sabio Obispo.

LOS FUNERALES Y LA INHUMACION

DEL

ILLMO. SR. OBISPO.

A LAS seis y media a. m. comenzó la Misa solemne de Requiem, cantada por el Vicario Capitular Monseñor Norberto Domínguez. El cuerpo del Illmo. Sr. Carrillo había sido trasladado ya al Presbiterio, frente al altar mayor, y colocado sobre sencillo pero elegante túmulo en que se veían, en lugar preferente, la corona ofrecida á nombre del señor Presidente de la República, y en los ángulos y lados del mismo túmulo, las demás coronas enviadas por otras personas y corporaciones: de lo alto de la cúpula del templo, y partiendo de una corona magnífica, caían sobre el catafalco, abriéndose hacia ambos lados, elegantes cortinajes en que se combinaban con gusto y propiedad los colores blanco y negro; en los cuatro ángulos del catafalco se elevaban cuatro pebeteros de forma elegantísima, en los que se veían flamear cuatro llamas temblorosas, como espíritus prontos á elevarse á las regiones eternas sobre las aromosas nubes del incienso; cuatro estandartes negros se veían también en los cuatro ángulos del monumento, y allá en lo alto de éste, el cuerpo del Illmo. Sr. Obispo, revestido del traje propio de su alta Dignidad, coronado por la mitra y sujetando con la diestra el simbólico cayado del Pastor.

La espaciosa Catedral estaba henchida de gentes de todas las clases sociales: allí estaban los Sacerdotes y los alumnos del Seminario Conciliar, con sus trajes especiales; los componentes de la V. Archicofradía del Santísimo Sacramento, revestidos de sus rojas vestiduras, símbolo del fuego del amor á Jesús sacramentado que abraza al corazón cristiano; el Consejo de la Universidad Pontificia; los representantes de la prensa; las Conferencias de San Vicente de Paul; la Comisión que representaba á la ciudad de Izamal, cuna del egregio Prelado; las escuelas católicas; los gremios de la ciudad, cuyos estandartes se veían adornar la nave principal del templo, y en fin, el pueblo todo, poseído del más profundo dolor, contemplando con los ojos humedecidos por el llanto el cadáver de su Pastor amado.

Y el incienso subía en anchas espirales hacia la bóveda del templo, y se escuchaba la voz del oficiante alternándose con la música y las voces del coro. ¡Qué majestad en las ceremonias! ¡Qué sublimidad en los cánticos inimitables de la Misa de Réquiem! ¡Qué recogimiento, qué unción! ¡Oh Santa Iglesia Católica, oh esposa muy amada de Jesús, cuán imponentes, cuán augustas, cuán sublimes son estas solemnidades magníficas del culto, que elevan al alma, de estas míseras regiones de la tierra, á los campos esplendorosos de la celestial Jerusalén!

Terminada la Misa, se cantaron los responsos en la forma prevenida por el Ceremonial de Obispos. Jamás habíamos oído mejor aplicadas las palabras del cántico de



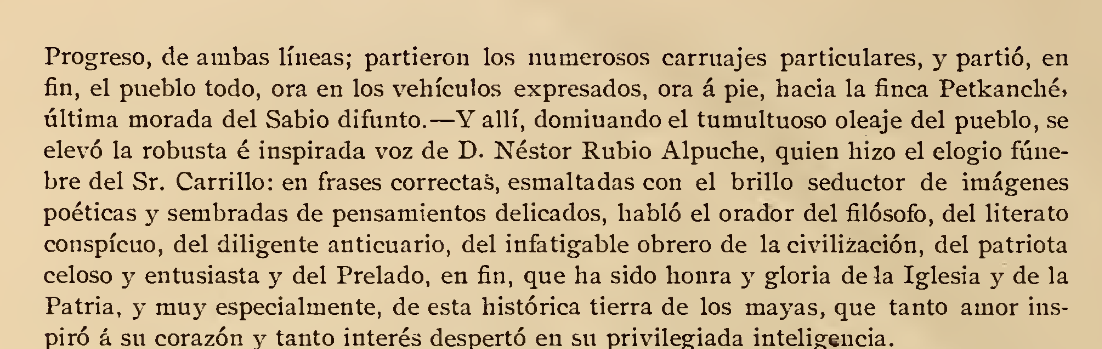


Ezequías: *Ego dixi: In dimidio dierum meorum vadam ad portas inferi.—Quaesivi residuum annorum meorum.* Dije yo: A la mitad de mis días entraré por las puertas del sepulcro. Privado me veo del resto de mis años . . . » Y la más profunda emoción embargó el alma de los que entendieron estas palabras que recordaban la brevedad de la vida de nuestro Ilustre Pastor! Y todavía ahogándonos de pena, escuchamos también estas palabras que venían á mitigarla, consolando dulcemente nuestro angustiado corazón: *Audivi vocem de cœlo dicentem mihi.—Beati mortui, qui in Domino moriuntur.* Oí una voz del cielo que me decía: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.»

La melancólica voz de las campanas que doblaban á muerto; la música magnífica y sublime del oficio de difuntos; las voces de los sacerdotes; los cánticos funerales; las nubes de incienso que se elevaban como oraciones místicas al trono de Dios; las lámparas y los cirios; las negras colgaduras; los estandartes de los gremios, todo, en fin, contribuía á dar á aquellas solemnidades tan imponente majestad y tan lúgubre tristeza, que el alma se sentía, ora como atemorizada y recogida en lo más hondo de nuestro sér, ora como desatada de las ligaduras de la materia, elevándose á los infinitos espacios, como blanco y ténue celaje ó como el delicado perfume de la flor.

Cesó el clamor funeral de las campanas; extinguiéronse las voces de los sacerdotes; se apagaron las notas melancólicas de la música sagrada, y el silencio batió sus alas en los ámbitos del templo. Momentos después, sólo se escuchaba la voz del orador sagrado, del Sr. Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía, Rector del Seminario Conciliar, que hacía el elogio fúnebre del Ilustre Prelado, con esa elocuencia sencilla, pero llena de unción y de sentimiento, que caracteriza sus admirables discursos. Las partes más conmovedoras de su improvisada oración, fueron aquellas en que recordó las últimas palabras del Prelado difunto cuando recibió el Sagrado Viático, y cuando el elocuente orador, embargado por la más profunda emoción y con la voz entrecortada por los sollozos, se despidió del mismo Prelado: «Adiós, ¡Oh Padre mío! Adiós, amado Pastor, ya no volveremos á verte . . . . . »

Terminó, por fin, toda solemnidad en el templo, y se organizó la procesión que fué saliendo lentamente. En el atrio de la Catedral, el joven poeta D. Ramón Aldana Santamaría, hijo del inolvidable vate yucateco, D. Ramón Aldana Puerto, pronunció, con voz conmovida, un elogio fúnebre lleno de elevadas ideas y sembrado de flores retóricas del más exquisito gusto.—La procesión continuó luego su camino hacia el parque «Hidalgo:» rompían la marcha los alumnos de las escuelas católicas y les seguían los gremios de la ciudad, enarbolando sus banderas y estandartes; las Conferencias de San Vicente de Paul; la Archicofradía del Santísimo Sacramento; un número extraordinario de caballeros, todos vestidos con trajes de riguroso luto, los alumnos y profesores del del Seminario Conciliar, y por último, el cadáver del Illmo. Sr. Carrillo, seguido del Venerable Clero y de la Banda de música del Estado.—El pueblo henchía las calles, las plazas, las ventanas, los balcones y las azoteas del trayecto, de tal manera, que aquello parecía un mar inmenso de cuerpos humanos que se movía, que se agitaba contínuamente.—De algunas ventanas y azoteas fueron arrojadas flores al pasar el cuerpo del ilustre Prelado, que era conducido en hombros de comisiones que se alternaban en cada esquina: la comisión de Izamal, compuesta del Dr. D. Manuel Bolio y Ponce, de D. Perfecto Bolio y Bolio y de otras personas de la misma localidad, recibió el cuerpo en la plaza de la Mejorada y lo colocó en el carro fúnebre, modelo de elegancia y buen gusto, debido á la hábil dirección del Sr. D. Rafael Peón y Loza.—Partió el carruaje fúnebre; partieron los coches del ferrocarril urbano y los trenes de los ferrocarriles de Mérida á



Progreso, de ambas líneas; partieron los numerosos carruajes particulares, y partió, en fin, el pueblo todo, ora en los vehículos expresados, ora á pie, hacia la finca Petkanché, última morada del Sabio difunto.—Y allí, domiuando el tumultuoso oleaje del pueblo, se elevó la robusta é inspirada voz de D. Néstor Rubio Alpuche, quien hizo el elogio fúnebre del Sr. Carrillo: en frases correctas, esmaltadas con el brillo seductor de imágenes poéticas y sembradas de pensamientos delicados, habló el orador del filósofo, del literato conspícuo, del diligente anticuario, del infatigable obrero de la civilización, del patriota celoso y entusiasta y del Prelado, en fin, que ha sido honra y gloria de la Iglesia y de la Patria, y muy especialmente, de esta histórica tierra de los mayas, que tanto amor inspiró á su corazón y tanto interés despertó en su privilegiada inteligencia.

Consumóse la obra, al fin: eu medio de las fúnebres ceremonias, acompañado por las voces de los señores sacerdotes, sentido por todas las almas, llorado por todos los ojos, vimos desaparecer el cuerpo del Sr. Obispo tras la insensible y fría losa del sepulcro. ¡Ah! ¿cómo es, Dios mío, que tanta gloria pueda caber eu el estrecho recinto de una sepultura? ¿cómo es que tanta grandeza pueda convertirse en un puñado de polvo? ¿cómo es que pueda apagarse para siempre, como débil lamparilla, la llama poderosa de tan gran inteligencia? ¿cómo puede caber ese corazón, capaz de albergar á un mundo, en ese mezquino hueco abierto en las entrañas de la tierra? ¡Insondables misterios de la muerte, desvanecéos, desvanecéos, como liviana niebla ante mis espantados ojos; dejadme ver más allá los espacios infinitos en que pueda volar, libre de mortales ataduras, esa alma grande del Sr. Carrillo; dejadme ver por un momento esas oleadas gigantescas, esos torrentes de luz que inundan la creación y que iluminan ya su frente pensadora; dejadme contemplar extasiado ese mar insondable, ese océano infinito, sin playas ni horizontes, en que se agitau millares de mundos superiores al nuestro; dejadme ver, en fin, dejadme sentir la Eternidad, que sólo así podré comprender que no es el oscuro hueco de esa tumba miserable el término de una vida tan grande como la vida del Illmo. Sr. Carrillo!

BERNARDO PONCE FONT.

(El Movimiento Católico.)

MUERTE DEL ILLMO. SR.

CARRILLO Y ANCONA.

DE «LA GACETA,» DE 21 DE MARZO DE 1897.

HACIA más de una semana que los facultativos encargados de atender al Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Aucona, Obispo de esta diócesi, ante la gravedad creciente del ilustre enfermo, esperaban de uno á otro momento el fin de la existencia de tan distinguido príncipe de la Iglesia Católica y honra del Estado de Yucatán, en donde vió la primera luz hace sesenta años, menos un mes. Desgraciadamente tales temores, comunicados á toda la sociedad yucateca y aun á conspícuas personalidades de ultramar, se realizaron en las primeras horas del día de antier. El Illmo. Sr. Carrillo cerró los ojos á la luz de este mundo, para abrirlos á las diafanidades purísimas é imperecederas de la eternidad, á las tres más cinco minutos de la madrugada, del viernes último, cuando le velaban, en derredor de su lecho, recogiendo sus respiros, varias Dignidades del clero y afectuosos amigos seglares.

Las campanas de la Catedral doblaron entonces con lúgubre tañido, anunciando la orfandad de la Iglesia yucateca y la vacante de su sede episcopal.



Aquellas vibraciones de luto, retumbando por los ámbitos de la ciudad, interrumpieron el sueño de la mayor parte de sus habitantes, muchos de los cuales, desde luego abandonaron el lecho para ir á la obispalía á tributar homenajes póstumos, al distinguido compatriota y varón de poderoso entendimiento y vasta doctrina que nos glorifica con sus méritos y lleva vinculado á su memoria, el nombre de Yucatán.

El cadáver del Illmo. Sr. Carrillo fué embalsamado por los mismos médicos que le asistieron, los Dres. Tappan, Acevedo y Santa-María, habiendo sido el último quien aplicó la inyección. Después, lavado el venerable cuerpo con aguas odoríferas, como previene el ritual de los obispos, y revestido de sus sagrados ornamentos é insignias episcopales, fué colocado en elegante ataud y tendido en una sala de Palacio, de donde se le trasladó á la crujía de la Catedral, con pompa y música y con acompañamiento lucidísimo, para ser velado y para el besamanos, á las doce del día. Allí ha permanecido expuesto hasta hoy, que se verificarán sus funerales.

Durante el tiempo de esa exposición, el ilustre cadáver ha recibido homenajes, y por él se han celebrado diversos actos religiosos que el V. Cabildo dispuso.

Tanto las galerías del Palacio episcopal, en la mañana, como las naves de la Catedral, desde el mediodía del 19, han sido invadidas, de día y de noche, por la muchedumbre llorosa de fieles, como en jubileo de duelo.

Oficiará en los funerales del ilustre difunto, el Sr. Obispo de Campeche, á quien por telégrafo se le avisó.

Varias comisiones del clero y particulares se han repartido los trabajos de los honores, oficios y entierro del Illmo. Prelado. El entierro se verifica hoy en la finca Petkanché.

En nuestro próximo número nos seguiremos ocupando de este tristísimo suceso que ha conmovido á la sociedad yucateca; pero no terminaremos hoy, sin consignar que el señor Presidente de la República, amigo y admirador del Sr. Carrillo, después de la gran solicitud que demostró por éste durante su enfermedad, comisionó al señor Gobernador, y éste, á su ayudante D. Francisco Irabién, para que inmediatamente que espirase el Illmo. Prelado, se le avisase por telégrafo, así como que no se pusiese obstáculo alguno á los honores que se hubiesen de tributar al ilustre finado.

LA REDACCION.

ALGUNOS DATOS ACERCA
DEL ILLMO. SR. CARRILLO Y ANCONA.

DE «LA GACETA,» DE 21 DE MARZO DE 1897.

EL Prelado yucateco, cuya muerte lamenta nuestra sociedad, prescindiendo de diferencias de credos religiosos y políticos, haciendo á un lado las sujestiones de la pasión, y fijándose no más en las prendas del personaje, ese hijo de Yucatán que va á reposar en la urna funeraria, nació en la ciudad de Izamal, el día 19 de Abril de 1837, hijo de D. Maximiano Carrillo de Pérez y de Da Josefa Florentina Ancona.

Su cuna fué humilde, como á él mismo le oímos decir cierta ocasión solemne, cual ufanándose de ello y de que se hubiese mecido en aquella histórica sección de la península; pero vino á la vida con altos destinos, estaba dotado para el estudio, tenía vocación para sabio, debía ser un pensador, y parecía que una estrella levantada sobre la techum-



bre de su tugurio le incitaba á moverse y le anunciaba que sería figura culminante entre los suyos y entre los extraños. Por eso, aun arrostrando las dificultades de la penuria, abrió los libros de la ciencia, desde el rudimental silabario, hasta los que discuten y enseñan las hondas cuestiones de la Filosofía y de la Teología, contando para ello con el Illmo. Sr. D. José María Guerra, obispo también de esta diócesi, y con el Sr. D. Tomás Domingo Quintana, en quienes halló generosos expensadores.

Una vez imbuido en los estudios, sintió inquietudes por la carrera del altar, y al fin la abrazó, habiendo sido ordenado sacerdote, el 2 de Junio de 1860, á la edad de 23 años.

Desde entonces se inició la era laboriosa, pero fecunda, de la vida del Sr. Carrillo; desde entonces empezó á producir en actividad incesante y pasmosa, siempre inclinado á lo literario, buscando siempre la vida intelectiva y dotándonos con elementos de cultura intelectual que, en nuestro sentir, durarán á través de las edades, perpetuados en sus brillantes estudios históricos depurados de toda inmundicia de error ó impostura, si no como la estatua que cincela el artista, sí, como mármol sin tallar con inscripciones imborrables.

Fundó, desde luego en 1861, el Seminario, creó la Academia de Literatura y ciencias eclesiásticas, y estableció un Museo, en el Instituto Civil del Estado, con las colecciones de objetos de su propiedad particular, y, ya mitrado, gobernando la diócesi como Coadjutor, con aprobación y elogio del Supremo Jefe de la Iglesia, restableció la extinguida Universidad Católica.

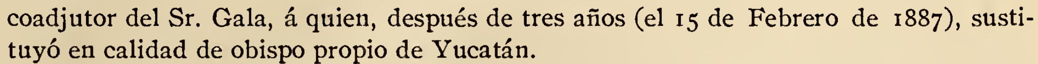
Además, nunca dejó de iniciar otras obras del progreso, ó cooperar en todas las nuevas que surgieran, ya fuese un periódico de lisonjero ó dudoso porvenir, ya la fundación de algún colegio, ya, en fin, cualquiera erección religiosa ó profana que llevase en su cúspide la engarzada corona de la cultura.

A ese su espíritu evolucionista, marcado con hondas huellas en el trascurso de su existencia, debió el Sr. Carrillo ser llamado á sentarse en la cátedra, donde explicó, durante más de diez y seis años, ya la Filosofía, ora ambas Teologías y Hermenéutica; que el Gobierno eclesiástico y nuestros académicos de la pasada generación, le constituyesen Presidente de la Academia que entonces existía; que diversas asociaciones científicas le otorgasen títulos y diplomas, y que le contasen entre sus miembros, la Sociedad de Geografía y Estadística, la Sociedad de Hidalgo, la American Etnological Society, de New York, el Museo Continental Americano, la American Philosofical Society, de Filadelfia, y el Congreso internacional de Americanistas, todos, honores tributados al hombre de ciencia que, con la fuerza de su talento, vislumbraba en las dudosas y sombrías lontananzas del porvenir humano, esos puntos claros que se escapan á la visión de los espíritus inferiores, y que sólo los superiores divisan, bien así como ciertas estrellas en el oscuro azul del firmamento parecen invisibles en tanto que no las acercan al sentido los cristales del telescopio.

Por aquellos días en que privaba en la Nación el combatido y proscrito Gobierno Imperial, éste le nombró miembro honorario de la Corte, premió también á sus trabajos científicos, y le hizo acompañante y Capellán de la Emperatriz Carlota, en el viaje que S. M. verificó en 1865, á Yucatán.

Finalmente, el virtuoso Sr. Obispo Rodríguez de la Gala le confió el despacho de los negocios de su Secretaría de Cámara y Gobierno, último escalón que encumbró al Sr. Carrillo á la silla episcopal, para la que fué preconizado el 27 de Marzo de 1884 y consagrado el 6 de Julio del mismo, como obispo titular de Lero, isla del mar Egeo, y





coadjutor del Sr. Gala, á quien, después de tres años (el 15 de Febrero de 1887), sustituyó en calidad de obispo propio de Yucatán.

Su promoción á tan alto grado en la jerarquía de la iglesia yucateca, vino como un soplo celestial á inflamar el celo apostólico del austero sacerdote, cuyas funciones ministeriales, en la tribuna sagrada, en el escueto confesonario y en la ungida piedra del sacrificio, llenaron gran parte de su vida, y fueron por él desempeñadas siempre, con intención acendrada, con entereza de ánimo, con ese espíritu evangélico propio del misionero, y esa elevación de ideas propia del apologista.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona fué enaltecido por tres grandes méritos: su talento superior, su virtud austera y su laboriosidad fecunda é indeclinable, tres alas poderosas que sustentarán su memoria á despecho de los olvidos del tiempo y de las ingratitudes de ciertos hombres.

LA PATRIA DE LUTO.

«LOS INTERESES SOCIALES.»—MARZO 21 DE 1897.

A LAS tres en punto de la mañana, el tristísimo toque de agonía, lanzado á vuelo por las campanas de la Capital, anunció *Urbi et Orbe* que el Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, trasponía los lindes divisorios de la vida á la muerte. El gemido de la Iglesia cundió en brevísimos instantes por el extenso ámbito de Mérida y sus suburbios, y era de ver el agrupamiento heterogéneo que invadía, á las primeras luces matutinas, el Palacio Episcopal.

Confundíase la altiva dama con el jornalero, daba la mano el poderoso á la humilde industrial, en la gloriosa porfía de cuál sería el primero en visitar al ilustre muerto.

El Claustro y el Capítulo, de una manera discrecional, resolvieron permitir, por intervalos, la entrada á los innúmeros visitantes, que, á guisa de galardón ó á manera de triunfo, tenían por gala visitar al más grande de los Prelados yucatecos.

Carrillo Ancona, nació de humilde cuna, pero sus hechos le encumbraron á la primera Dignidad Eclesiástica. Puede enorgullecerse IZAMAL, el *celestial rocío*, de haber dotado á México con un hombre eminente en Letras, docto en Historia y patriota indiscutible.

La cuestión de «Isla Arenas,» tan sabiamente tratada por él, libró al país de una guerra internacional.

«Los Intereses Sociales» se asocia al duelo público!

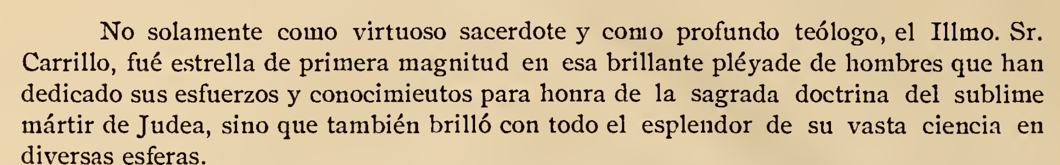
EL ILLMO. SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

«LA ILUSTRACION YUCATECA.»—MARZO 21 DE 1897.

COMO verán nuestros lectores, ilustramos el centro de nuestro semanario con el retrato del sabio Obispo que con general beneplácito gobernó la Iglesia Yucateca.

La aguda dolencia que lo llevó á la tumba, tuvo en anhelante espectativa á la sociedad entera, pues no sólo se trataba de un príncipe de la Religión Católica, sino de un hombre que con las claras luces de su saber, supo darle lustre á su patria.



No solamente como virtuoso sacerdote y como profundo teólogo, el Illmo. Sr. Carrillo, fué estrella de primera magnitud en esa brillante pléyade de hombres que han dedicado sus esfuerzos y conocimieutos para honra de la sagrada doctrina del sublime mártir de Judea, sino que también brilló con todo el esplendor de su vasta ciencia en diversas esferas.

Pequeños somos para pretender juzgarle como historiador, arqueólogo y literato; así, pues, al tributarle nuestro homenaje de admiracióu, por demás sincero, sólo nos hacemos eco de ilustradas opiniones, que han formado el núcleo de su gloria científica; gloria que la fama ha anunciado con su clarín de oro por los ámbitos de la República Mexicana.

No; no seremos nosotros quienes pretendamos hacer la apología del egregio prelado. Sus obras imperecederas como todo lo grande, forman el luminoso pedestal donde se levanta, y el dolor de todas las clases sociales, al verlo desaparecer del escenario de la vida es el más noble tributo que puede rendírsele.

El Sr. Carrillo y Ancona exhaló el último suspiro á las tres horas y cinco minutos de la mañana del viernes último: diez minutos después las Iglesias todas de la ciudad dieron al aire treinta campanadas anunciando la vacante, luego treinta redobles y eu seguida dobles de esquila por espacio de media hora.

A las doce del mismo día citado, ya de antemano embalsamado el cadáver, el triste clamoreo de las campanas de todos los templos de la ciudad, auunciaban que el ilustre fiuado era expuesto á la veneración del público, en la Iglesia Catedral, entonándose eu aquel acto el primer nocturno.

Hoy, domingo en la mañana, con la pompa y solemnidades de estilo, tendrán lugar los funerales y entierro del notable obispo yucateco, cuyo fallecimiento deja hondo vacío difícil de llenar.

En nuestro próximo número obsequiaremos á nuestros lectores, en cuanto á nuestras fuerzas alcancen, con algunos datos biográficos del Sr. Carrillo y Ancona y con los detalles de las honras que se le han tributado.

EL SR. OBISPO CARRILLO Y ANCONA.

«EL HORIZONTE,» DE PROGRESO.—MARZO 21 DE 1897.

AL amanecer del día 19 falleció el Sr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatán, hombre de ciencia y talento que, á merced de sus propios méritos, supo elevarse sobre el nivel de sus conciudadanos, y por sus estudios arqueológicos é históricos, tuvo gran iufluencia en el movimiento literario de la Península durante los últimos años. Hijo del pueblo, nació en la ciudad de Izamal en 1837, hizo sus estudios en el antiguo Seminario de San Ildefonso de Mérida, donde recibió el presbiterado, y más tarde fué nombrado Obispo de Lero, con el carácter de auxiliar de la Sede yucateca, de la que fué propietario á la muerte del Sr. Rodríguez de la Gala.

Fué el Sr. Carrillo un escritor laborioso, que dedicó su claro talento al estudio de las antigüedades peninsulares, esforzándose siempre por darlas á conocer en el mundo científico, donde él á su vez fué ventajosamente conocido.

Sus obras son numerosas y entrañan positivo interés y notable erudición.



NOTAS SUELTAS.

DE «LA GACETA,» DE 25 DE MARZO DE 1897.

—La muerte del Illmo. Sr. Carrillo ocasionó movimiento y alteración en todo.

—El hilo telegráfico trasmitió, durante los días de su gravedad y muerte, numerosos mensajes.

—Las campanas habitualmente mudas, con que se tocan los dobles, volvieron á sonar en las altas torres de Catedral á los diez años de haber dado á los vientos sus tristes vibraciones, que es el tiempo que hace murió el Illmo. Sr. Obispo Gala.

—El reporterismo tan acentuado de poco acá entre nosotros, así para el servicio de los periódicos locales, como para el de los de fuera, desplegóse en actividad inusitada. Había el afán de copiar y trasmitir el mejor número de pormenores acerca de la enfermedad, últimos momentos y funeral y entierro del Illmo. Sr. Carrillo.

—«La Revista de Mérida,» «El Eco del Comercio,» «La Ilustración Yucateca,» «El Movimiento Católico» y «La Gaceta,» que constituyen la prensa local, enlutaron sus columnas, publicaron retratos del finado Obispo, pequeñas biografías, artículos necrológicos y detalles de sus postreros días y de los honores tributados á sus despojos mortales.

—Los fotógrafos de esta ciudad sacaron multitud de vistas: del cadáver del Illmo. Sr. Carrillo, durante los días que estuvo expuesto en la gran Basílica; de la capilla ardiente en que fué colocado para los funerales; de la carroza mortuoria y del cortejo fúnebre en distintas calles.

—El Illmo. Sr. Plancarte, Obispo de Campeche, no vino á oficiar en los funerales del Sr. Carrillo, como dijimos y todos esperábamos, porque, no obstante que ofreció sus servicios y una respetable comisión de particulares representada por el honorable Sr. Lic. D. José D. Rivero Figueroa, le invitó, el V. Cabildo de Mérida no tuvo á bien hacer lo mismo, según dijeron, porque no era natural ni propio invitar á un Prelado extraño á tomar parte en manifestaciones de duelo.

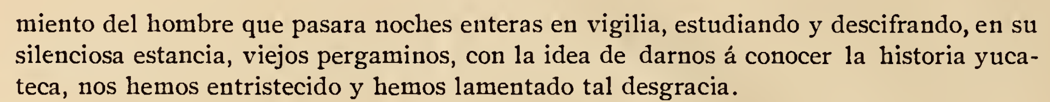
—La corona del Sr. Presidente de la República, puesta en el túmulo del Illmo. Sr. Carrillo, fué enviada por el Sr. D. Manuel Dondé Cámara, á quien al efecto comisionó por telégrafo el Sr. Gral. Díaz.

—El gremio de abastecedores, que ha procurado siempre distinguirse en todo, dedicó dos coronas al Sr. Carrillo, y mandó sacar mil copias litografiadas de un hermoso y buen retrato del difunto Pastor, que fueron repartidas entre el público.

EL SEÑOR DOCTOR
DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

«EL ALBUM ESCOLAR.»—MARZO 28 DE 1897.

EL ilustre historiador, cuyo nombre hemos escrito al frente de estas líneas, falleció el 19 del presente mes, dejando un vacío en la literatura yucateca. Cuando un hombre de verdadero valer, cae bajo el golpe fatal de la muerte, todos los que aman el progreso intelectual de su país, deben sentirse acongojados; por eso nosotros que tanto anhelamos el bien de esta querida tierra en que vimos la luz, al saber el falleci-



miento del hombre que pasara noches enteras en vigilia, estudiando y descifrando, en su silenciosa estancia, viejos pergaminos, con la idea de darnos á conocer la historia yucateca, nos hemos entristecido y hemos lamentado tal desgracia.

Nació en humilde cuna, en la ciudad de los cerros, el 19 de Abril de 1837, habiendo sido sus padres D. Maximiano Carrillo y Da Josefa Florentina Ancona. Desde muy niño, cuando todavía comenzaba su poderosa inteligencia á desarrollarse, el Sr. Carrillo y Ancona se distinguió entre sus condiscípulos, ocupando siempre los más honoríficos puestos en los bancos escolares. Después, ya la crisálida convertida en espléndida mariposa, tendió las alas y recorrió los campos del saber: el alumno se había convertido en maestro, y desde la cátedra, con palabra fácil, enseñaba á sus discípulos el camino por donde debían ir á beber las aguas de la ciencia: Moisés de la instrucción, guiaba á sus jóvenes alumnos á la tierra prometida del que estudia: la inmortalidad.

Fué el inteligente muerto, el maestro de varias generaciones que hoy van á regar con sus lágrimas la tumba que cubre los despojos del que abrió á la luz de la instrucción las pupilas de sus tiernas inteligencias; del que hiciera nacer en sus almas el deseo de elevarse, como las águilas al primer beso del sol, abren sus alas plegadas y se preparan á lanzarse hacia el infinito.

El hombre que de la nada se levanta á grande altura, no teniendo más palanca que una voluntad inquebrantable y sin más punto de apoyo que una clara inteligencia, debe contar con la admiración y el respeto de propios y extraños, cualquiera que sea la secta á que pertenezca; por eso el Sr. Carrillo y Ancona era respetado por todos.

Esos son sus méritos, y por eso al justo sentimiento de sus amigos unimos hoy el nuestro.

LA REDACCION.

MUERTE DEL PRELADO YUCATECO.

«LA ESCUELA PRIMARIA.»—ABRIL 14 DE 1897.

El 19 de Marzo y á la edad de 60 años, falleció el Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatán desde 1887.

Fué hombre el Sr. Carrillo que, desde la más humilde esfera social, elevóse por su talento, sus labores y sus méritos, á la primera dignidad religiosa de su Estado natal: esto constituye su mayor gloria.

Distinguióse por la firmeza de su carácter y sus dotes organizadoras. Cultivó asiduamente las letras y sobresalió en los estudios históricos y filológicos.

El pueblo católico ha hecho solemnes demostraciones de aprecio, amor y veneración para honrar la memoria de quien fué uno de los más distinguidos prelados de la Diócesis yucateca.

LOA FUNEBRE

A LA VENERANDA MEMORIA

DEL ILLMO. SEÑOR DOCTOR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

† FALLECIO EL 19 DE MARZO DE 1897.

OFRENDA RESPETUOSA AL EMINENTE CANONISTA LIC. D. JOSE D. RIVERO FIGUEROA.

I.

¿Oís? . . . rasgando las etéreas ondas
Cruza el espacio lúgubre sonido
Que los plácidos céfiros nocturnos
Difunden en sus alas impalpables . . .
El fúnebre clamor, de la alta torre
De la suntuosa Catedral augusta,
Despréndese cual eco lamentoso,
Cual supremo estertor del moribundo,
Como el gemido de la viuda Iglesia,
Y volando de un templo al otro templo,
Del lecho arranca á la ciudad dormida! . . .
. . . .

Como olas, que del cauce impetüosas,
Desenfrenado Leviathán levanta,
Y agitadas en vórtice rugiente
Inundan la llanura y el collado,
La verde loma y pardo caserío:
Tal en aquellos tétricos instantes,
Hirviente muchedumbre clamorosa,
Olëaje de un piélago viviente,
Se aglomera á las puertas de palacio.
Los gemidos estallan: entre el pecho
Los corazones, de dolor convulsos,
Lanzan, heridos, general sollozo . . .
Nubla el llanto las lánguidas pupilas,
Y todo es aflicción y duelo y pena
En la huérfana y triste muchedumbre . . .
. . . .

II.

Arden los cirios, con mortuoria flama,
En derredor del túmulo sagrado;
De la vasta Basílica las naves
Cubre sombrío cortinaje negro;
Sube el incienso en perfumada espira,

Vibra solemne el órgano sonoro,
El coro entona funerarios cantos,
Y en raudal de armonías y plegarias,
El clero y pueblo ríndenle tributo
Al egregio PONTÍFICE yacente! . . . . . .

. . . .

. . . .

¿Por qué fatal evento, por qué hado,
Lívida la color, yace sin vida
El magno historiador, el sabio insigne,
Que á México le diera prez y lustre,
Y que fuera el Obispo virtüoso
Que enalteció la Sede yucateca?
¡Oh Parcas inflexibles! ¡Monstruos crueles,
De fiera iniquidad horrible ejemplo!
Como el áspid oculto entre las flores,
Los pasos acechais del sér humano,
Frágil viandante en el terreno globo,
Sarcófago inllenable, donde duermen
Las edades, en polvo convertidas! . . .
Trinidad infernal! . . . Con mano artera
El hilo cortas tú, de la existencia,
Y al ente pensador como al idiota
Hundes en las tinieblas del Erebo!
Mas . . . si faltaban á tu negra saña
Víctimas que inmolar, si tu crueleza
Satisfecha no estaba, infame Atropos,
Cebáras tu guadaña, tinta en sangre,
En la cerviz del criminal protervo,
Para quien la maldad es incentivo
Y ni el honor ni la virtud respeta! . . .

. . . .

Mas . . . cesen los lamentos congojosos
Que me arranca el dolor . . . la angustia cese,
Y dé paso al dulcísimo consuelo
De pensar que el preclaro Sacerdote,
Del gran Melquisedech sucesor digno,
Ha penetrado á la región serena
Do la Luz y la Paz son inmutables.
Desde allí, nos contempla cariñoso,
Y levantando su sagrada mano
Nos envía sus tiernas bendiciones! . . .

JOSE CORREA VILLAFAÑA.

Mérida de Yucatán, Abril de 1897.

SOCIEDAD CARRILLO Y ANCONA.

«LA VOZ DEL CENTRO,» DE IZAMAL.—ABRIL 1º DE 1897.



LA sociedad izamaleña, profundamente conmovida por la muerte del egregio é inolvidable Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo Ancona, hijo de esta tierra, y deseando honrar la memoria del que en vida diera tanta gloria y fama á la península, está organizando manifestaciones en su honor, para demostrar de algún modo la dolorosa pena que le embarga por la sentida muerte de tan ilustre yucateco.

Para el efecto, se está organizando una velada fúnebre para la noche del 19 de Abril próximo, como fecha del natalicio de aquel sabio, y por hacer un mes exacto de su fallecimiento. También se colectarán los fondos necesarios para la erección de un monumento en el atrio de la Iglesia Parroquial.

El martes 23 de los corrientes se celebró una junta en la casa habitación del Sr. D. José María López, en la que se acordó formar una sociedad con el nombre de aquel ilustre izamaleño, y cuyo fin será llevar á cabo todas las demostraciones que quedan expresadas, como se verá por el acta de instalación que tenemos el gusto de insertar, y es como sigue:

«En la ciudad de Izamal, á los veinte y tres días del mes de Marzo de mil ochocientos noventa y siete años, nosotros los que suscribimos, nos reunimos en la casa habitación del Sr. D. José María López, con la idea de organizar una manifestación pública en honor de la memoria ilustre del Dgmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, que falleció en la ciudad de Mérida el 19 del corriente.

Después de varias proposiciones que se hicieron, por unanimidad se acordaron y aprobaron las siguientes:

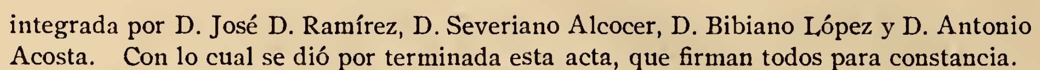
Primera: queda desde luego fundada una sociedad con el título de «CARRILLO Y ANCONA,» regida por una Junta Directiva compuesta de un Presidente, cuatro Vocales, Secretario y Tesorero. Esta sociedad tendrá por único objeto el de procurar, por los medios posibles, honrar y perpetuar la memoria del ILLMO. SR. CARRILLO Y ANCONA, nacido en esta ciudad y que falleció en Mérida el 19 del corriente.

Segunda: los puntos generales que la sociedad debe desarrollar, son: hacer una Velada fúnebre el 19 de Abril próximo, que cumple el mes del fallecimiento del ILLMO. SR. CARRILLO y aniversario de su natalicio; hacer honras fúnebres en el orden eclesiástico, el 19 de Marzo del año próximo de 98, y levantar un monumento á la memoria de tan ilustre izamaleño, en el centro del cuadrilátero que forma el atrio del templo parroquial.

Aprobadas, como se han dicho, las proposiciones anteriores, se procedió á la elección de los miembros de la Junta Directiva, que recayó en las personas siguientes: Presidente: D. José María López. Vocales: 1º, D. Juan Reyes P.; 2º, José D. Ramírez; 3º, Antonio Acosta C.; 4º, Severiano Alcocer; Tesorero, D. José I. Reyes y Secretario, D. Roberto Reyes B.; esta Junta se suplirá por el orden relativo en caso de ausencia.

Esta misma Junta queda absolutamente autorizada para acordar y disponer todo lo que sea económico para alcanzar los fines propuestos.

En este estado, la Junta Directiva, á moción del presidente, acordó abrir una suscrición que forme los fondos necesarios para llevar á efecto la velada fúnebre acordada para el 19 de Abril próximo, de cuya colecta tomó nota el Secretario, llegando á la cantidad de ciento veinte y nueve pesos; se nombró una comisión para continuar la colecta,



integrada por D. José D. Ramírez, D. Severiano Alcocer, D. Bibiano López y D. Antonio Acosta. Con lo cual se dió por terminada esta acta, que firman todos para constancia.

José María López—Perfecto Bolio—Juan Reyes Pasos—P. Bolio—José D. Ramírez—Serafín García—Juan B. Nicoli—Manuel Bolio—Miguel Rodríguez A.—Gregorio Garma—A. Acosta Carrillo—Pilar Canto R.—Onesíforo Canto—Sebastián Rodríguez—Severiano Alcocer D.—Prudencio Escalante—B. López López—Amado Suárez—Baltasar Azcorra—Anselmo Burgos—José León Sansores—Roberto Reyes B., Secretario.»

Muy justos y merecidos son estos homenajes que la ciudad de los cerros está preparando en honor del hijo más preclaro que ha tenido, y muy justa también encontramos la idea de querer perpetuar su memoria.

PEDRO PEREZ.

EL ILLMO. SR. OBISPO DE YUCATAN.

«EL PARTIDO DE TICUL.»—ABRIL 19 DE 1897.

NUESTROS lectores sabrán ya el sensible fallecimiento de este ilustrado prelado, Jefe de la Iglesia católica en nuestro Estado. Consignamos, pues, la noticia, con el único objeto de honrar en lo posible la memoria del sabio yucateco que supo dar nombre y brillo á su patria, y se hizo digno, por sus bellas cualidades, del cariño y respeto de cuantas personas tuvieron la fortuna de tratarlo.

El Sr. Canónigo D. Norberto Domínguez, tan conocido de la juventud yucateca, es actualmente el encargado de la mitra.

YUCATAN DE DUELO.

«LA ASPIRACION DEL ESTADO,» DE CAMPECHE.—MARZO 21 DE 1897.

EL 19 del presente bajó á la tumba el Illmo. Obispo de Yucatán, Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, distinguido literato é historiador y filólogo notable.

La muerte del digno Diocesano ha causado profundo sentimiento, pues era altamente apreciado por sus virtudes é indiscutibles méritos.

Hombres como Carrillo y Ancona dejan en las sociedades vacío difícil de llenar. Príncipe de la Iglesia y Príncipe de las letras, el finado lleva á lo desconocido lágrimas de dolor justísimo: sus merecimientos tejen la corona de siempreviva que no se marchitará nunca, ni en el blanco mármol de la tumba, ni en el recuerdo de los pósteros.

Nuestros sentimientos de condolencia al vecino y hermano Estado de Yucatán.

HONRAS FUNEBRES.

Ayer en la mañana se verificaron en Catedral, con toda solemnidad, honras fúnebres en memoria del ilustrado Obispo de Yucatán, D. Crescencio Carrillo y Ancona, que falleció en la madrugada del día de anteayer, en la vecina ciudad de Mérida.

El Jefe de la iglesia en este Estado, Sr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, ofició en dichas honras, y la concurrencia fué numerosa.

Creemos que el finado supo captarse el aprecio y consideraciones de todos los que le conocieron y trataron, por cuyo motivo, las honras que aquí se han tributado á su memoria, son muy dignas y merecidas.



SENSIBLE DESGRACIA.

«PERIODICO OFICIAL,» DE CAMPECHE.—MARZO 23 DE 1897.

EN las primeras horas de la mañana del día 19 del actual, falleció en Mérida de Yucatán el distinguido Obispo de esa Diócesis, Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, conocido literato é historiador, y que de tanto prestigio gozaba por su ilustración y por sus importantes servicios en el desempeño de su elevado ministerio.

La Iglesia católica, de la que fué celoso Pastor, pierde en el Sr. Carrillo y Ancona uno de sus más valiosos ornatos, y las letras patrias á uno de sus más dignos y valientes cultivadores.

EL ILLMO. SR. OBISPO DE YUCATAN

HA MUERTO.

«EL NACIONAL,» DE MÉXICO.—MARZO 20 DE 1897.

EN las primeras horas de la mañana de ayer circuló en ésta una terrible noticia que ha sido confirmada en todas sus partes: el Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona falleció á las tres de la mañana de ayer.

La infausta nueva ha llenado de duelo á muchos corazones. La Religión pierde, con la muerte del ilustre Prelado, á un apóstol abnegado; la Ciencia, á uno de sus cultivadores más ilustres, y la Patria, á un hijo que la honró en ambos mundos.

El ilustre Prelado nació en Izamal el 19 de Abril de 1837, y fué hijo del Sr. D. Maximiano Carrillo de Pérez y de la Sra. Da Josefa Florentina Ancona. Hizo sus estudios en el Seminario y en la Universidad de Mérida, protegido por el Illmo. Sr. Dr. D. José María Guerra, Obispo de la Diócesis, y por el Sr. D. Tomás Domingo Quintana.

Se ordenó de sacerdote el 2 de Junio de 1860, y casi inmediatamente comenzó á ser maestro en el mismo establecimiento donde acababa de hacer sus estudios como discípulo.

En 1861 fundó en el Seminario de San Ildefonso de esta misma ciudad, la clase de Literatura, que fué la primera que se abrió en el Estado y sirvió de estímulo y ejemplo para que se abriesen otras de la misma materia en diversas villas de la Península, y estableció en el mismo establecimiento la Academia de Literatura y Ciencias Eclesiásticas.

Fué catedrático, consecutivamente, de diversas ciencias y materias, durante diez y seis años, y sirvió en la enseñanza las clases de Filosofía, de Teología, de Moral y de Sagrada Escritura.

El Gobierno eclesiástico de la Diócesis y los académicos de Yucatán, le honraron con el nombramiento de Presidente de la Academia de Literatura y Ciencias eclesiásticas, invistiéndole así con las mismas dignidades que antes correspondían al Rector de la Universidad, que fué extinguida al tener lugar la expropiación de bienes eclesiásticos.

Fué cura auxiliar en la Parroquia de Santiago, de Mérida, Rector de la Iglesia de Jesús María, Secretario de Cámara y Gobierno del Illmo. Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala, Canónigo de la Catedral de Mérida, Provisor y Vicario General del



referido Sr. Gala, quien por último le pidió al Papa por Coadjutor. Su Santidad León XIII le preconizó el 27 de Marzo de 1884, Obispo titular de Lero, Isla del mar Egeo, y Coadjutor de Yucatán, con derecho de futura sucesión. Fué consagrado en México el 6 de Julio del propio año, y después de gobernar como coadjutor tres años, habiendo fallecido el Illmo. Sr. Gala, tomó posesión como Obispo propio de Yucatán, el 15 de Febrero de 1887.

Las ciencias históricas y eclesiásticas deben al Sr. Carrillo y Ancona grandes servicios, de los cuales vamos á enumerar los más notables:

Fundó el Museo Yucateco, donando para la fundación sus magníficas colecciones. El Gobierno del Estado le proporcionó en el Instituto Civil un local donde se instaló el Museo.

Trabajó con tesón y obtuvo de la Santa Sede el que se restableciera la antigua Universidad de Mérida. En 1892 quedó canónicamente erigida dicha Universidad.

Estableció varias escuelas de niños y niñas.

Escribió un tratado elemental de Historia y Geografía de Yucatán, para las escuelas del Estado.

Escribió también y publicó varias obras sobre Historia, Filología y Literatura. Su *Historia Antigua de Yucatán* es de mucho mérito.

Su última obra científica fué la *Historia del Obispado de Yucatán y de sus Obispos*, producción de inestimable valor, y que es una verdadera joya literaria que honra á México.

Poco antes de morir publicó su vigésima cuarta Pastoral, sobre las buenas y las malas lecturas. Fué su último trabajo en bien de la Religión.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona fué honrado con multitud de diplomas honoríficos de diversas asociaciones nacionales y extranjeras.

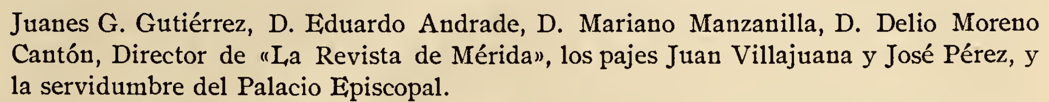
Fué miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Sociedad Hidalgo, de la American Etnological Society, de Nueva York, del Museo Continental Americano, de la American Philosophical Society, de Filadelfia, y del «Liceo de Mérida,» extinguida sociedad literaria. Fué también miembro del Congreso Internacional de Americanistas. El Gobierno Imperial de Maximiliano lo nombró miembro honorario de la Corte, para premiar sus trabajos científicos sobre la historia y lengua de Yucatán, y le hizo acompañante de la Emperatriz, en el viaje que ella verificó á la Península en 1865.

A la Iglesia Mexicana hizo un servicio notable con la creación de la Diócesis de Campeche, por la cual trabajó hasta lograr su objeto.

En el Primer Concilio Provincial de Antequera, á que asistió en calidad de sufragáneo, brilló el Sr. Carrillo y Ancona por su saber y vastísimo talento.

La agonía del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona comenzó á las once de la noche del 18. En el aposento del ilustre enfermo se hallaban el Sr. D. Arturo Gamboa Guzmán, el Sr. Canónigo Manzanilla, el Rector del Seminario, Monseñor Domínguez, Maestrescuela Sr. Bosada, Sr. Canónigo Acevedo, el Padre Suárez, Capellán caudatario; el médico de cabecera, D. Joaquín Acevedo; el Padre Ortiz, el Coronel D. Francisco Irabién, ayudante del Gobernador del Estado; D. Angel E. Salazar, D. Manuel Casáres Escudero, D. Ramón Ancona Horruytiner, D. Manuel Martínez de Arredondo y Castro, D. Fernando





Juanes G. Gutiérrez, D. Eduardo Andrade, D. Mariano Manzanilla, D. Delio Moreno Cantón, Director de «La Revista de Mérida», los pajes Juan Villajuana y José Pérez, y la servidumbre del Palacio Episcopal.

El ilustre Prelado falleció en el mismo aposento en que murió su protector el Illmo. Sr. D. José María Guerra y el día de la fiesta del Señor San José, de quien era devotísimo. Frente á su lecho había una imagen del Santo Patriarca.

La triste noticia se comunicó á la ciudad por medio de sesenta campanadas en la Catedral y demás iglesias.

Inmediatamente que el Sr. Carrillo y Ancona expiró, se avisó por telégrafo al Presidente de la República, á Monseñor Averardi y al Arzobispo de Oaxaca, Sr. Guillow.

Una hora después de la muerte se procedió á embalsamar el cadáver, operación que con toda felicidad llevaron á cabo los Sres. Dres. D. Joaquín Acevedo, D. José María Tappan y D. Andrés Saenz Santa-María.

A las once de la mañana de ayer fué conducido el cadáver á Catedral, donde permanecerá hasta mañana, que se verificará el entierro en la hacienda Petkanché, que dista una legua de Mérida.

Sobre la tumba del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona llorarán siempre la Religión, de que fué Pastor celosísimo; la ciencia depositará sobre ella las guirnaldas por él conquistadas en Europa y América; los desheredados lamentarán la desaparición de su benefactor, y la Patria grabará en el libro de sus recuerdos el nombre de su ilustre hijo.

Millares de oraciones se elevarán hasta el trono del Altísimo, pidiéndole abra las puertas del Cielo al Prelado de Yucatán. A ellas unimos las nuestras, y esperamos que gozará de la felicidad infinita el que aquí en la tierra amó tanto á Dios y á sus prójimos.

MUERTE DEL SR. OBISPO DE YUCATAN.

LOS ULTIMOS MOMENTOS.—DATOS BIOGRAFICOS.

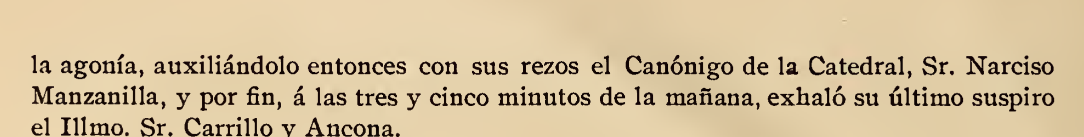
POR TELÉGRAFO, PARA «EL MUNDO.»

«EL MUNDO,» DE MÉXICO.—MARZO 20 DE 1897.

MÉRIDA, Marzo 19.—La gravedad que cada instante se acentuaba más y más en el ilustre prelado Sr. Crescencio Carrillo y Ancona, ha tenido un desenlace fatal que ya se esperaba desde hace varios días, según comuniqué á los lectores de «El Mundo» al estar dando cuenta de la marcha que seguía la enfermedad.

El estado agónico, claramente determinado, comenzó á las 11 y 55 minutos de la noche y desapareció á la una y treinta minutos, hora en que manifestó deseos de que se retirasen las luces que había en su recámara, porque quería dormir, entre tanto le rezaba algunas oraciones el Rector del Seminario Sr. Pbro. Mejía.

A la una y tres cuartos, es decir, transcurridos apenas quince minutos en un estado próximo al comatoso, volvió la fatiga, que se calmó media hora después. Entonces el Sr. Arturo Gamboa Guzmán, que se hallaba á la cabacera del enfermo, le preguntó si quería tomar leche; contestó: «No quiero nada,» y momentos después volvió á aparecer



la agonía, auxiliándolo entonces con sus rezos el Canónigo de la Catedral, Sr. Narciso Manzanilla, y por fin, á las tres y cinco minutos de la mañana, exhaló su último suspiro el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona.

Durante todo el tiempo de la agonía, hasta el último instante de la vida del señor Obispo, estuvieron presentes, además de las personas nombradas: Monseñor Domínguez, Maestrescuela Sr. Bosada, Sr. Canónigo Acevedo, el Padre Suárez, Capellán caudatario; el médico de cabecera, Sr. Joaquín Acevedo; el Padre Ortiz, el Coronel Francisco Irabién, ayudante del Gobernador del Estado; Angel E. Salazar, Manuel Casáres Escudero, Ramón Ancona Horruytiner, Manuel Martínez de Arredondo y Castro, Fernando Juanes G. Gutiérrez, Eduardo Andrade, Mariano Manzanilla, el Sr. Delio Moreno Cantón, Director de «La Revista;» los pajes Juan Villajuana y José Pérez, y la servidumbre del Palacio Episcopal.

Rezaron responsos los canónigos y luego los presbíteros, excepción hecha del Padre Suárez, á quien embargaba el llanto y no podía articular ni una palabra.

El Sr. Obispo Carrillo falleció en el mismo cuarto en que murió su antecesor el Illmo. Sr. José María Guerra, estando enfrente de su cama una imagen del Patriarca Señor San José, de quien era muy devoto el finado, y cuya fiesta se celebra hoy.

A las tres y media de la mañana, sesenta campanadas dadas en Catedral y el repique de todos los templos de la ciudad, anunciaron que la Sede de Yucatán había quedado vacante, y á partir de esa hora han continuado los *dobles* en todas las iglesias.

El cadáver va á ser embalsamado, y en estos momentos (cinco de la mañana) proceden á esa operación los Dres. Joaquín Acevedo, José María Tappan y Andrés Saenz de Santa-María.

Inmediatamente que el Sr. Carrillo y Ancona expiró, se avisó por telégrafo al Presidente de la República, á Monseñor Averardi y al Arzobispo de Oaxaca, Sr. Guillow.

El cadáver será conducido á las once de la mañana de hoy, á la Iglesia Catedral, donde permanecerá expuesto por espacio de tres días.

La inhumación se verificará el domingo á las doce, en la Hacienda Petkanché, que dista una legua de esta ciudad.

Seguiré comunicando detalles.

DATOS BIOGRAFICOS.

El Sr. Carrillo y Ancona era unánimemente querido de la sociedad yucateca, por sus virtudes y talento.

He aquí los datos que se tienen acerca de la vida del Prelado:

Nació en la histórica ciudad de Izamal el 19 de Abril de 1837; hijo de D. Maximiano Carrillo de Pérez y Dª Josefa Florentina Ancona. El padre era descendiente de antigua y noble familia, de las más distinguidas de España. La madre era de humilde origen, caritativamente acogida y esmeradamente educada en la familia de un Sr. Ancona, de los descendientes del Conquistador y Adelantado D. Francisco de Montejo. De esta circunstancia provino su segundo apellido Ancona, que supo ciertamente llevar con dignidad, por el mérito de sus virtudes é instrucción literaria.

Hizo sus estudios bajo la protección del Obispo de esta diócesi, Dr. D. José María Guerra, con la ayuda del ilustre Sr. D. Tomás Domingo Quintana, cursando las clases del Seminario y Universidades de Mérida, donde fué condecorado con grados académicos.

Se ordenó de sacerdote el 2 de Junio de 1860, y casi inmediatamente comenzó á ser maestro en el mismo establecimiento donde acababa de hacer sus estudios como discípulo.



En 1861 fundó, en el Seminario de San Ildefonso de esta misma ciudad, la clase de Literatura, que fué la primera que se abrió en el Estado, y sirvió de estímulo y ejemplo para que se abriesen otras de la misma materia en diversas Villas de la Península.

Fundó, en el mismo Seminario, la Academia de Literatura y Ciencias Eclesiásticas, y en el Instituto Civil del Estado estableció un Museo, abriéndolo con las colecciones de su propiedad particular.

Escribió un tratado sobre la Historia y Geografía de Yucatán, con el objeto de que la enseñanza de esas materias se facilitase y difundiese en los colegios.

Fué catedrático, consecutivamente, de diversas ciencias y materias, durante dieciseis años, y sirvió en la enseñanza las clases de Filosofía, de Teología, de Moral y de Sagrada Escritura.

El Gobierno eclesiástico de la diócesi y los académicos de Yucatán, le honraron con el nombramiento de Presidente de la Academia de Literatura y Ciencias eclesiásticas, invistiéndole así con las mismas dignidades que antes correspondían al Rector de la Universidad, que fué extinguida al tener lugar la expropiación de bienes eclesiásticos.

Con aprobación y elogio del Supremo Jefe de la Iglesia, restableció el Sr. Carrillo y Ancona la extinguida Universidad, algunos años después de haberse consagrado Obispo y de haber sido puesto como Coadjutor al frente de la diócesi.

El señor Obispo de Yucatán fué honrado multitud de veces con diplomas y títulos de diversas sociedades.

Fué miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Sociedad Hidalgo, de la American Etnological Society, de Nueva York; del Museo Continental Americano, de la American Philosophical Society, de Filadelfia y del «Liceo de Mérida,» extinguida sociedad literaria. Fué también miembro del Congreso Internacional de Americanistas. El Gobierno Imperial de Maximiliano lo nombró miembro honorario de la Corte, para premiar sus trabajos científicos sobre la historia y lengua de Yucatán, y le hizo acompañante de la Emperatriz, en el viaje que ella verificó á la Península en 1865.

Fué cura auxiliar en la Parroquia de Santiago, de Mérida; Rector de la Iglesia de Jesús María, Secretario de Cámara y Gobierno del Illmo. Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala, Canónigo de la Catedral de Mérida; Provisor y Vicario General del referido Sr. Gala, quien por último le pidió al Papa por Coadjutor. Su Santidad León XIII le preconizó el 27 de Marzo de 1884, Obispo titular de Lero, Isla del mar Egeo, y Coadjutor de Yucatán, con derecho de futura sucesión. Fúé consagrado en México el 6 de Julio del propio año, y después de gobernar como coadjutor tres años, habiendo fallecido el Illmo. Sr. Gala, tomó posesión como Obispo propio de Yucatán, el 15 de Febrero de 1887.

El Sr. Carrillo y Ancona escribió y publicó diversidad de obras, casi todas opúsculos sobre Historia, Filología y Literatura. Su historia antigua de Yucatán forma un grueso volúmen.

Asistió al primer Concilio Provincial Antequerense reunido en la Ciudad de Oaxaca en 1893, donde brilló por su saber y experiencia, y en el cual gozó de notable influjo. Ha restablecido hace algunos años, con aprobación y aplauso del Papa Sr. León XIII, la Universidad Católica Pontificia de la Ciudad de Mérida, y que en sus últimos días apa-



rece el segundo y último volúmen de su importante obra «Historia del Obispado de Yucatán y de sus Obispos,» que es uno de los más preciados florones de la corona que ciñe las sienes del egregio y virtuoso Prelado Yucateco.

La más reciente y no menos importante de las obras del Illmo. Sr. Carrillo, fué haber logrado en Roma la fundación del nuevo Obispado de Campeche.

EL ILLMO. SR. CARRILLO Y ANCONA.

«EL TIEMPO,» DE MÉXICO.—MARZO 21 DE 1897.

CON el mayor sentimiento y el mayor dolor ponemos en conocimiento de nuestros lectores que el Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, dignísimo Obispo de Yucatán, sucumbió el viernes, de la enfermedad que sufría, á las tres menos cinco minutos de la mañana.

Rodeaban su lecho de muerte Monseñor Domínguez, varios señores Canónigos, sus médicos, el Coronel D. Francisco Irabién, en representación del señor Gobernador del Estado; algunas personas de la alta sociedad de Mérida y de familiares.

Durante la agonía del apreciable prelado, los asistentes rezaron en voz alta.

A las tres y media de la mañana, todas las iglesias de Mérida doblaron.

El cadáver fué embalsamado por los Dres. Acevedo, Tappan y Saenz de Santa-María.

Por telégrafo se comunicó la triste noticia al señor Presidente de la República y á los Illmos. Sres. Averardi y Arzobispos de México, Guadalajara y Michoacán.

Los restos permanecerán en una capilla ardiente, durante tres días, en la Catedral de Mérida, y hoy domingo serán enterrados en la hacienda Petkanché, á una legua de la capital de Yucatán.

Inmensa pesadumbre causará en toda la República y fuera de ella, la desaparición del virtuoso y sabio Obispo, una de nuestras glorias literarias y científicas.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona nació en Izamal el 19 de Abril de 1837; fué hijo de D. Maximiano Carrillo y Pérez, de antigua familia, y Dª Josefa Florentina Ancona. Entrado al Seminario de Mérida, hizo sus estudios bajo la protección del sabio Prelado, Dr. D. José María Guerra, y del no menos distinguido Sr. D. Tomás Domingo Quintana.

Recibió las sagradas órdenes el 2 de Junio de 1860, y á poco empezó á regentear la clase de Literatura, fundada por iniciativa suya en el Seminario de San Ildefonso de Mérida; así como la de ciencias eclesiásticas, y consiguió que en el Colegio Civil se abriese un Museo, para el cual contribuyó con curiosos é importantes ejemplares. Sirvió además, en el Seminario, otras clases, como la de Filosofía, Moral, Sagrada Escritura y Teología.

En 1865, cuando el viaje de la Emperatriz Carlota á la Península, fué agraciado el Illmo. Sr. Carrillo con el título de capellán y confesor de Su Majestad.

El 27 de Marzo de 1884 fué preconizado Obispo de Lero y dado como coadjutor al Sr. Obispo de Yucatán, D. Leandro Rodríguez de la Gala, quedando en 1887 como propietario, por fallecimiento de su antecesor.

Fué miembro de muchas sociedades científicas, entre ellas de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Sociedad Hidalgo, de la American Etnological

Society, de Nueva York; del Museo Continental Americano, de la American Philosophical Society, de Filadelfia y del «Liceo de Mérida,» extinguida sociedad literaria. Fué también miembro del Congreso Internacional de Americanistas. El Gobierno Imperial de Maximiliano lo nombró miembro honorario de la Corte, para premiar sus trabajos científicos sobre la historia y lengua de Yucatán.

Asistió al primer Concilio Provincial antequerense, reunido en la Ciudad de Oaxaca en 1893, donde brilló por su saber y experiencia, y en el cual gozó de notable influjo; restableció, hace algunos años, con aplauso del Papa Sr. León XIII, la Universidad Católica Pontificia de la Ciudad de Mérida.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona escribió y publicó diversidad de obras sobre literatura, filología, historia, etc., entre ellas las más notables fueron: la reseña histórica del Obispado de Yucatán y de sus Obispos, del cual apenas acaba de publicarse el segundo tomo; diversos artículos sobre la historia, de los que el más importante es el estudio sobre el derecho que México tenía á la Isla de Cayo Arenas, que reclamaban y ocupaban los Estados Unidos; estudio que ejerció notable influencia en la cuestión y sirvió para que aquellos desistiesen de sus pretensiones, pues las razones que contenía fueron hábilmente aprovechadas por el Gobierno de México.

Descubrió el manuscrito maya que lleva el nombre de «Códice Chumayel;» al Congreso de Americanistas reunido en esta capital en 1895, remitió una luminosa disertación sobre la historia antigua de Yucatán, y por último, en la gran festividad nacional de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, á cargo del Sr. Carrillo y Ancona, estuvo el sermón que se leyó aquel día; no habiéndolo pronunciado por no poder hacer el viaje hasta esta Capital.

El último de sus trabajos tan meritorios para la religión y para la Patria, fué la erección del Obispado de Campeche, que al fin consiguió ver realizado.

La nación mexicana está de luto por la muerte de uno de sus más preclaros y virtuosos hijos; y sus feligreses desolados por la desaparición de su pastor, que ya debe haber recibido su premio por Dios.

MUERTE DEL ILLMO.

SR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

OBISPO DE YUCATAN.

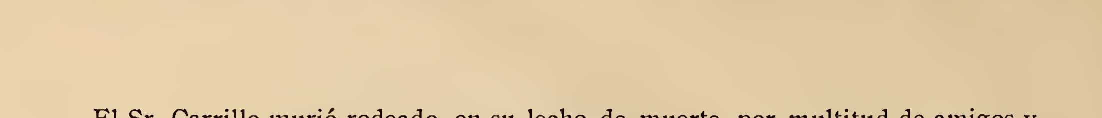
SUS ULTIMOS MOMENTOS.—DATOS BIOGRAFICOS.—FUNERALES.

DE «EL UNIVERSAL,» DE MÉXICO.—MARZO 21 DE 1897.

POR TELÉGRAFO.—PARA «EL UNIVERSAL.»

MÉRIDA, MARZO 19.—A las tres de la madrugada de hoy, el fúnebre doble en los templos de la capital y el pausado toque de vacante que partía de la campana mayor de la Catedral, anunciaron al pueblo meridano que acababa de fallecer el que fué digno Obispo de esta diócesis.

La noticia no por esperada dejó de causar menos dolorosa impresión, pues el Sr. Carrillo era generalmente querido y estimado por sus virtudes, su saber y su talento.



El Sr. Carrillo murió rodeado, en su lecho de muerte, por multitud de amigos y aun simples fieles que solícitos acudieron á acompañarlo en sus últimos momentos.

Inmediatamente que lanzó su último suspiro, dos médicos que asistieron al Sr. Carrillo, procedieron al embalsamamiento del cadáver; terminada esta operación, el cadáver fué trasladado al Palacio Episcopal, donde se improvisó la capilla ardiente.

Desde las primeras horas de la mañana, la multitud acudió á tributar al Pastor los postreros homenajes de su cariño.

La ciudad toda se vistió de duelo; las principales casas ostentan enlutados cortinajes; el comercio cerró sus puertas, y la manifestación de duelo ha sido general. ¡Y es natural! La muerte del Sr. Carrillo y Ancona no sólo priva á Yucatán y á la República misma, de uno de sus más sabios y virtuosos prelados, sino que también el mundo de las letras pierde á uno de sus más ilustres miembros.

Muchas corporaciones científicas le contaban en su seno, y como Historiador tiene trabajos de gran aliento.

El Sr. Carrillo y Ancona nació én Izamal el 19 de Abril de 1837. De manera que murió á los 60 años de edad. Fueron sus padres D. Maximiano Carrillo y Dª Josefa Ancona, ambos pertenecientes á clase humilde.

Estudió en el Seminario de Mérida protegido por el Sr. Obispo D. José María Guerra, quien le tomó gran cariño por la brillantez de su talento y su aplicación, y recibió las órdenes sacerdotales cuando apenas tenía 23 años de edad, el día 2 de Junio de 1860.

Aficionado desde sus más tiernos años al cultivo de la literatura, y ya siendo sacerdote, llevado por sus aficiones, fundó en el Seminario Conciliar la Academia de Literatura, la primera que hubo en el Estado.

Posteriormente fundó el Museo Yucateco, del cual fué el primer director, y al que cedió la magnífica colección de antigüedades que poseía.

Como historiador tiene obras de gran importancia; entre otras la Historia General de Yucatán; un compendio de la misma historia, para uso de las Escuelas primarias; la reseña histórica del Obispado de Yucatán, desde el siglo XVI hasta la época presente, y al morir estaba terminando de imprimir su apéndice á la Historia de Yucatán, de la cual está el original completamente terminado.

El 27 de Marzo de 1884 fué preconizado Obispo de Lero, con derecho á sucesión, y coadjutor del Obispo de Yucatán, D. Leandro Rodríguez de la Gala, y en 6 de Junio del propio año consagrado Obispo, por muerte del Sr. Gala.

Durante sus trece años de Obispo, escribió 24 cartas pastorales, asistió al Concilio Provincial de Oaxaca, y en 1895, en terno de Obispos, fué designado para pronunciar el sermón de la Coronación de la Virgen de Guadalupe.

Como hombre de ciencia, además de los trabajos que ya hemos citado, es autor de un gran estudio sobre Yucatán, leído en el Congreso de Americanistas; descubrió é interpretó un manuscrito maya de gran importancia, titulado «Códice Chumayel,» y fué miembro de diversas sociedades científicas y extranjeras.

El Sr. Carrillo, como al principio dije, era muy estimado y venerado por todos, y su muerte ha sido extraordinariamente sentida.

Daré cuenta de los funerales.

LOS FUNERALES
DEL ILLMO. SR. OBISPO DE YUCATAN.

«EL NACIONAL,» DE MÉXICO.—MARZO 22 DE 1897.

POCAS horas después que hubo exhalado el último suspiro el Illmo. Sr. Carrillo y Ancona, se procedió á embalsamar el cadáver, durando esta operación hasta las nueve de la mañana del día 19. Terminada ésta, se procedió á vestir el inanimado cuerpo con traje morado, mitra y báculo y fué expuesto así en el salón del Trono.

A las doce y media del mismo día fué conducido el cadáver á la Catedral, en solemne procesión, que desde el Salón del Trono se dirigió á la iglesia, penetrando por la puerta que une á ésta con el Palacio Episcopal. La procesión estaba formada por el Cabildo eclesiástico, clero de la ciudad, seminaristas, asociaciones piadosas y multitud de personas de todas las clases sociales.

En el centro del templo se alzaba un artístico catafalco, donde fué colocado el cuerpo del ilustre Prelado. En esos momentos la banda de música del Estado tocó una marcha fúnebre.

Inmediatamente entonó el Cabildo y el clero las vísperas de difuntos y los primeros responsos.

Terminadas las vísperas, se permitió al público acercarse á besar el Pastoral de Prelado. Desde esos momentos hasta las siete de la mañana de ayer, la población entera, puede decirse, acudía á tributar sus últimos homenajes al amado Pastor. El cadáver fué velado esos días por cuatro particulares y dos seminaristas, que se turnaban cada media hora.

El duelo por la muerte del Sr. Carrillo y Ancona fué general en la ciudad de Mérida. El comercio entornó sus puertas, y en los balcones de las casas se veían cortinas blancas con lazos negros.

«La Revista de Mérida» y «El Eco del Comercio» enlutaron sus columnas.

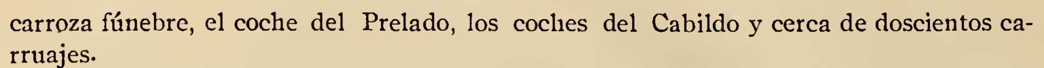
Multitud de coronas cubrían el féretro, sobresaliendo, por su elegancia, la enviada por el Sr. General Díaz, que era de flores de porcelana y tenía esta inscripción:

«*La grandeza conquistada por el trabajo, la inteligencia y la virtud, es muy digna de honores.—A la memoria del sabio y virtuoso Obispo de Yucatán, Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.*»—PORFIRIO DÍAZ.»

Los funerales se verificaron ayer. A las siete de la mañana comenzó una solemnísima Misa de *Requiem*, concluida la cual se entonaron los responsos. La imponente ceremonia terminó con la oración fúnebre que pronunció el Sr. Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía, Rector del Seminario Conciliar.

El Cabildo Eclesiástico bajó en seguida el ataud del catafalco y lo condujo en hombros hasta la puerta de la Catedral. Allí fué recibido el cadáver por el gremio de comerciantes. En la puerta del templo pronunció un sentido discurso el poeta Sr. D. Ramón Aldana.

El cortejo fúnebre se formó de esta manera: Escuelas católicas, Colegios de Instrucción Superior, Gremios de la ciudad, con sus banderas á la funerala, Conferencias de San Vicente de Paul, Seminario Conciliar, Clero de la ciudad; seguía luego el ataud llevado en hombros de las comisiones de los diversos gremios, una banda de música, la



carroza fúnebre, el coche del Prelado, los coches del Cabildo y cerca de doscientos carruajes.

El entierro se hizo en la capilla de la hacienda Petkanché. En los momentos en que descendía el cadáver al sepulcro, el Sr. Lic. D. Néstor Rubio Alpuche pronunció una conmovedora alocución.

El comercio de Mérida cerró ayer sus casas en señal de duelo. De ese duelo han participado todas las clases sociales de Mérida.

Aquí, en México, los balcones del salón de sesiones de la Sociedad de Geografía y Estadística se hallan enlutados por la muerte del Sr. Carrillo y Ancona, que fué uno de sus miembros ilustres.

El Cabildo de la Catedral de Mérida ha nombrado Administrador interino de la Diócesis á Monseñor Norberto Domínguez.

ELEGIA

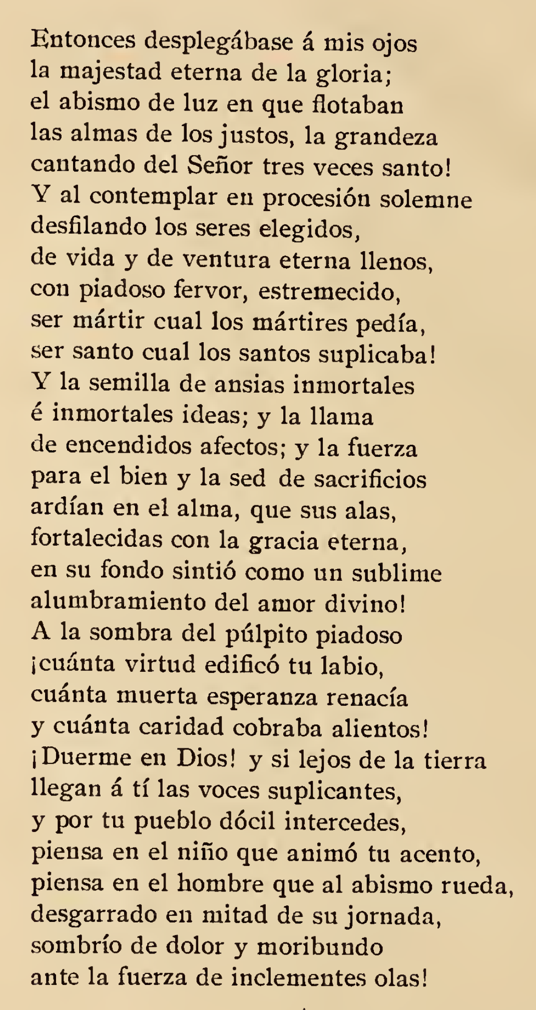
A LA MEMORIA DEL ILLMO. SEÑOR OBISPO DE YUCATAN,

DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

¡Descansa en el Señor, sagrado atleta!
Y al devolver al cielo los talentos
á tu mano solícita confiados,
las solitarias horas consumidas
en el estudio más perseverante;
tus labios elocuentes resonando
en la anchurosa bóveda del templo
y en la concavidad de la conciencia;
las páginas cristianas de tu pluma
historiando la vida de los hombres,
ensalzando la vida de los santos,
reverdeciendo en Yucatán insigne
el fecundo laurel de la elocuencia;
cuantas pasiones sofocaste austero,
cuantas doctrinas predicaste sabio,
cuantas virtudes infundiste apóstol,
revivirán y de la gloria suma
recibirán el galardón eterno!
¿Quién cantará tu edificante vida
cuando todos los ánimos embarga
de los pasados días la memoria?
¡Tu vigilante voz ya no resuena
despertando al rebaño adormecido!
Ya no se alzan tus manos paternales,
tus bondadosas manos penitentes,
ciñendo la corona del bautismo,

confirmando la vida de la gracia,
derramando el perdón y consagrando
al moribundo pecador! Tus ojos
no buscarán la oveja abandonada,
ni tu planta solícita, en su busca
correrá, cual solía, desafiando
las inclemencias de ardoroso clima!
La ciencia que en tu labio fecundaste,
la instrucción que tu mano sostenía,
el arte que animabas con tu ejemplo,
tu muerte llorarán no bien llorada.
¡Yo la bendeciré! Sobre la tierra
donde toda maldad es poderosa,
donde toda injusticia tiene asiento,
para cada virtud hay un suplicio,
para toda grandeza hay un calvario!
Celebremos al pie de los altares
la mano Providente que redime
de la oprobiosa carga de la vida
al varón que piadoso se consagra
al bien en cuyas aras encanece!
¿Quién narra las vigilias del que doma
con insistente y dura penitencia
la rebeldía de la bestia humana?
¿Quién refiere el costoso sacrificio
de quien reposo y dichas abandona,
y en soledad amarga vive y muere?
En el desierto de su triste vida
ni un pecho dulce partirá sus penas,
ni un labio amante cerrará sus ojos.
Descansa en el Señor! ante la tumba,
del impío la saña maldiciente,
la envidia del profano sibarita
y el orgullo insultante y altanero
se inclinarán un punto, comparando
tu vida de dolor y sacrificio
con su vida vulgar y ventajosa!

Con dolor meditando en estos días,
días de luto en que la Iglesia llora,
suben á mi memoria los hermosos
días de ayer cuando inocente niño
en el templo postrado me inclinaba,
y escuchando tu voz grave y solemne,
me sentía arrancado de la tierra,
y que mi planta trémula ponía
en escalas de luz que desde el suelo
al trono del Señor comunicaban!



Entonces desplegábase á mis ojos
la majestad eterna de la gloria;
el abismo de luz en que flotaban
las almas de los justos, la grandeza
cantando del Señor tres veces santo!
Y al contemplar en procesión solemne
desfilando los seres elegidos,
de vida y de ventura eterna llenos,
con piadoso fervor, estremecido,
ser mártir cual los mártires pedía,
ser santo cual los santos suplicaba!
Y la semilla de ansias inmortales
é inmortales ideas; y la llama
de encendidos afectos; y la fuerza
para el bien y la sed de sacrificios
ardían en el alma, que sus alas,
fortalecidas con la gracia eterna,
en su fondo sintió como un sublime
alumbramiento del amor divino!
A la sombra del púlpito piadoso
¡cuánta virtud edificó tu labio,
cuánta muerta esperanza renacía
y cuánta caridad cobraba alientos!
¡Duerme en Dios! y si lejos de la tierra
llegan á tí las voces suplicantes,
y por tu pueblo dócil intercedes,
piensa en el niño que animó tu acento,
piensa en el hombre que al abismo rueda,
desgarrado en mitad de su jornada,
sombrío de dolor y moribundo
ante la fuerza de inclementes olas!

México, Marzo 23 de 1897.

JOAQUIN JUANES G. GUTIÉRREZ.

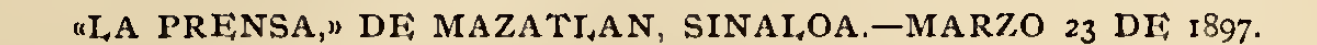
MUERTE DEL OBISPO DE YUCATAN.

«EL CONTEMPORANEO,» DE SAN LUIS POTOSI.—MARZO 21 DE 1897.)

El Jueves, después de las diez de la noche, se recibió en México la noticia de la muerte del Señor Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatán.

Tres días pasó el ilustre finado, vomitando sangre en descomposición, sin que hubiera esperanza alguna de salvarlo.

La casa episcopal estaba llena de canónigos y sacerdotes, de innumerables particulares y de gente del pueblo.


«LA PRENSA,» DE MAZATLAN, SINALOA.—MARZO 23 DE 1897.

El Señor Obispo de Yucatán, D. Crescencio Carrillo y Ancona, ha muerto. La suma caridad, la bondad misma ha sido en su larga y virtuosa existencia. Es muy estimado y su muerte será verdaderamente sentida.

FUNERALES
DEL
SEÑOR CARRILLO Y ANCONA.

«EL CORREO DE JALISCO.» DE GUADALAJARA.—MARZO 24 DE 1897.

Mérida, Marzo 20.—Desde las 6 a. m., hasta las 9, duró la operación de embalsamamiento del cadáver del Señor Obispo Carrillo y Ancona, practicada por los Doctores Tappan, Acevedo y Santa María. Después de revestido con su traje morado, mitra y báculo, fué expuesto tres horas en el Salón del «Trono,» en el Palacio Episcopal.

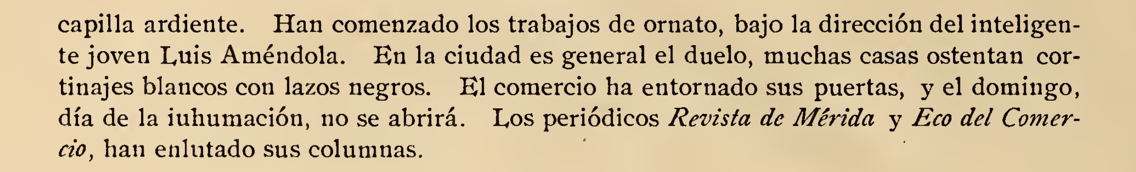
A las doce y media del día, en procesión solemne, formada con el Cabildo eclesiástico, el clero de la ciudad, los seminaristas, sociedades religiosas, y multitud de particulares de todas las clases sociales, fué conducido el cadáver por el interior del Palacio Episcopal, saliendo el cortejo por la puerta que conduce al interior de Catedral.

El templo estaba henchido de gente que aguardaba la llegada del cadáver que fué colocado en un elegante túmulo, levantado en medio de la crugía.

Al penetrar el cadáver en el templo, la banda de música del Estado tocó una hermosa marcha fúnebre. En seguida el Cabildo y Clero cantaron ante el cadáver, las vísperas de difuntos y el primer responso. Quedó expuesto el cadáver para el besamanos, y así permanecerá hasta el domingo en la mañana. Una cantidad inmensa de gente acude á Catedral á besar el anillo pastoral.

Para guardar mejor el orden, se ha dispuesto que la puerta del lado derecho del templo sirva para la entrada y la izquierda para la salida de la concurrencia. Cuatro caballeros y dos seminaristas se turnan para hacer la guardia junto al cadáver. En la noche, la cantidad de gente que acudió á la Catedral, ha sido extraordinaria; casi no ha habido habitante de Mérida que no haya visitado el templo. La banda de música del Estado en el interior del templo, toca música sagrada. Mas de veinte invitaciones de diversas sociedades y gremios, circularon en la mañana, invitando á los funerales. Ha sido invitado para venir á presidir el duelo, el Obispo Plancarte de Campeche. No se sabe si vendrá. La misa de Requiem se verificará el domingo próximo á las siete de la mañana, la que será solemnísima. Pronunciará la oración fúnebre el Presbítero Carlos de Jesús Mejía, rector del Seminario. El presbiterio de la Catedral será convertido en

capilla ardiente. Han comenzado los trabajos de ornato, bajo la dirección del inteligente joven Luis Améndola. En la ciudad es general el duelo, muchas casas ostentan cortinajes blancos con lazos negros. El comercio ha entornado sus puertas, y el domingo, día de la iuhumación, no se abrirá. Los periódicos *Revista de Mérida* y *Eco del Comercio*, han enlutado sus columnas.



FALLECIMIENTO
DEL
SR. OBISPO DE YUCATAN.

«LA LIBERTAD» DE GUADALAJARA, JALISCO.—MARZO 25 DE 1897

Desgraciadamente se confirman las noticias de la muerte del Ilmo. Prelado Señor Crescencio Carrillo Ancona.

El día 19, á eso de las 12 a. m., principió la agonía del ilustre enfermo, y á las 3 y 5 minutos a. m. feneció.

La Iglesia Mexicana pierde con la muerte del Sr. Carrillo y Ancona, un sacerdote virtuosísimo; las ciencias un sabio y la literatura un prominente escritor.

EL ILMO. SR. CARRILLO Y ANCONA.

EL REPRODUCTOR,» DE VERACRUZ.—MARZO 25 DE 1897.

En Mérida falleció el Dgmo. Señor Obispo de Yucatán, Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.

El Prelado era de raza mexicana, hombre de talento y de nada común ilustración, que en épocas difíciles para la península yucateca, prestó señalados servicios tratando la cuestión de Belice.

Fué un sacerdote modelo, y contó siempre con la estimación de sus feligreses.

El Sr. Carrillo Ancona se dedicó con gran éxito á los estudios de historia patria y de lingüística, sobre las cuales publicó muy buenos estudios.

En la fiesta de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, trabajó con gran empeño.

Fué miembro de la Academia de la Historia, de Madrid, y recibió nombramientos muy honrosos de otras corporaciones distinguidas.

Poseía el idioma mexicano, el tarasco, el maya, á la perfección.

La Sede de Yucatán es de gran importancia en el país.

Para sustituir al Sr. Carrillo Ancona, se necesita un sacerdote ilustrado y virtuoso.



NOTAS DE LA SEMANA.

«EL TIEMPO,» DE MEXICO.—MARZO 28 DE 1897.

COMO estaba previsto, la muerte del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona ocurrió en los últimos días de la semana. Mucho pierde la diócesis de Yucatán con esa dolorosa defunción, mucho, por las virtudes que acrisolaban al eminente pastor; pero también las letras patrias lamentan esa muerte. No son, no; no son muchos los mexicanos que actualmente escriban libros y que los escriban bien, y acaso de utilidad. El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona era de los poquísimos escritores que tenemos, que abordaran con éxito lo que se llama «la prensa compacta,» es decir, «el libro,» cuya labor es cosa bien diferente de esa labor á que tantas plumas se consagran: á esa labor del «periodismo,» que cada día exige menos saber, menos erudición, menos pureza de idioma, menos criterio sano, pues basta que los periódicos, la mayor parte, estén llenos de sofismas, de opiniones sin fundamento, de noticias sin importancia mayor, que la de ser eminentemente indiscretas, falsas del todo ó á medias, y en grado superior, «escandalosas,» para que se den por conquistada la reputación de «literatos» sus redactores, de hombres de ciencia, de eminencias de la pluma, de «notabilidades.» Tal es el estado á que ha llegado ó bajado la literatura patria! Por esto es mayor el elogio que se merecen los que, como el Illmo. Sr. Ancona, emplean su tiempo en escribir «libros,» para lo cual se necesita, lo repetimos, poseer ciencia, talento, erudición, y ante todo la «posesión» del idioma en que se escribe.

Las múltiples obras literarias del ilustre Sr. Carrillo y Ancona son muy apreciadas y conocidas, y no es este el lugar á propósito para dar una idea de ellas y menos para hacer una sinópsis analítica. Baste decir que sus obras le granjearon ser miembro de muchas corporaciones científicas y literarias de México y del extranjero.

Fuera de esto, la fundación del Seminario de Mérida le atrajo fama y elevó más y más su reputación de celoso, virtuoso y entendido Pastor.

Quien dice «obispo católico» dice hombre ilustrado, piadoso, honrado, inteligente, respetable y caritativo por permisión de Dios, y si en castigo de los pueblos hay algunas excepciones, éstas no son sino rarísimas y casi siempre se borran por el arrepentimiento.

Mas nunca jamás se puede hablar de un Pastor católico sin que se tenga que confesar que es, por un lado ú otro, una distinguida personalidad.

El Illmo. Sr. Carrillo y Ancona se distinguió, no por una sino por muchas cualidades eminentes y por esto es tanto más sensible su pérdida.

La experiencia, á lo menos en México, nos ha enseñado que en todas partes donde hay un «Obispo,» él es la primera y más respetable personalidad de la localidad, pues virtud y saber reunidos, son los elementos primeros, los «indispensables» para provocar la estimación, el respeto y frecuentemente la justa admiración de los pueblos, y estas condiciones concurren en los Prelados católicos. Por «algo» los elige el Sumo Pontífice; por «algo» les da el cargo tremendo y santo á la vez, de apacentar los rebaños del Señor!

Compartimos el profundo pesar que los feligreses del Ilmo. Sr. Carrillo y Ancona experimentan al contemplar muerto al escritor notable, al insigne Obispo que Dios les había dado! ¡R. I. P!

EL ILLMO. SR. CARRILLO Y ANCONA.



«EL PUEBLO CATOLICO,» DE LEON, [GUANAJUATO.]—MARZO 28 DE 1897.

EL viernes 19 falleció, por fin, el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán. Asistieron en sus últimos momentos al ilustre moribundo, los señores Canónigos, varios otros sacerdotes, médicos y amigos, así como un señor Coronel, en representación del Gobernador del Estado. A las tres y media de la mañana, sesenta campanadas dadas en Catedral, y en seguida los dobles de todas las campanas de Mérida, anunciaban el fatal acontecimiento que puso en pie á todos los habitantes de la ciudad. Desde luego se puso de luto toda la población, cerrándose el comercio, suspendiéndose los trabajos, aun de las oficinas públicas, y encortinándose las casas con cortinas de adornos negros. Los colegios y escuelas, aun las oficiales, permanecieron algunos días cerradas. La noticia fué inmediatamente comunicada al señor Presidente de la República, con quien el señor Obispo llevaba muy buenas relaciones, lo mismo que al Illmo. Sr. Averardi y á los Sres. Arzobispos del País.

Es de notarse la circunstancia de que siendo el Illmo. Sr. Carrillo muy devoto del Señor San José, murió teniendo enfrente una imagen del Santo y en el mismo día de su festividad.

LOS FUNERALES
DEL
SR. CARRILLO Y ANCONA.

«LA VOZ DE LA VERDAD,» DE OAXACA.—MARZO 28 DE 1897.

CON gran solemnidad se celebraron el domingo último, habiendo concurrido á ellos, además del V. Cabildo, alumnos de los Seminarios y representantes de diversas asociaciones religiosas, lo mejor y más florido de la sociedad meridense.

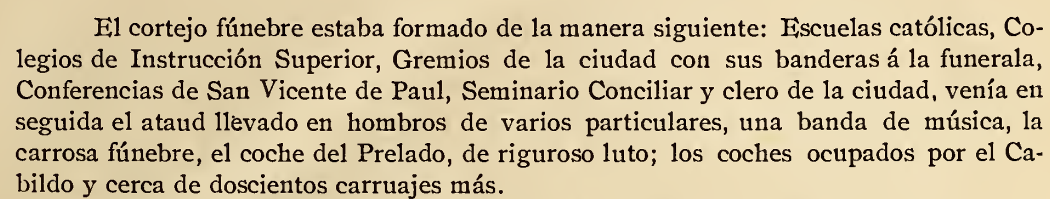
Multitud de casas enlutaron sus balcones, y el comercio en general cerró sus establecimientos en señal de duelo.

El túmulo estaba literalmente cubierto por multitud de coronas, entre las cuales sobresalía una de flores de porcelana, enviada por el señor Presidente de la República y que tenía esta inscripción:

«*La grandeza conquistada por el trabajo, la inteligencia y la virtud, es muy digna de honores.*

A la memoria del sabio y virtuoso Obispo de Yucatán, Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona.—PORFIRIO DÍAZ.»

Después de la solemne Misa de Requiem y demás conmovedoras ceremonias que en estos casos usa la Iglesia Católica, el Sr. Rector del Seminario, Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía, pronunció una oración fúnebre, siendo en seguida conducido el féretro, en medio de numerosa concurrencia, hasta la plaza de Mejorada, en cuya puerta el poeta D. Ramón Aldana pronunció una escogida pieza oratoria.



El cortejo fúnebre estaba formado de la manera siguiente: Escuelas católicas, Colegios de Instrucción Superior, Gremios de la ciudad con sus banderas á la funerala, Conferencias de San Vicente de Paul, Seminario Conciliar y clero de la ciudad, venía en seguida el ataud llevado en hombros de varios particulares, una banda de música, la carrosa fúnebre, el coche del Prelado, de riguroso luto; los coches ocupados por el Cabildo y cerca de doscientos carruajes más.

El cadáver fué inhumado en la Capilla de la Hacienda Petkanché, donde el Sr. Néstor Rubio pronunció una tercera oración.

El duelo en Mérida ha sido general, pues todas las clases de la sociedad se esforzaron por significar el gran dolor que con justicia causó la muerte de quien en vida fué príncipe de la Iglesia, padre amante y fiel de sus hijos y honra de la Patria.

IRREPARABLE PERDIDA.

«EL HOGAR CRISTIANO,» DE PUEBLA.—MARZO 28 DE 1897.

EL viernes 19 del actual y á los sesenta años de edad, falleció el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán, Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona. La Iglesia y las letras están de duelo, por haber perdido á un hombre tan santo y tan sabio. Como sabio fué distinguido siempre en las diferentes sociedades literarias á que pertenecía, y mereció la aprobación del Gobierno, un estudio que hizo sobre el derecho que México tenía á la Isla de Cayo Arenas, que ocupaba el Gobierno americano; y como santo, la Iglesia le tenía en alta estima, por ser el prototipo de la virtud; á este Prelado se debe la erección del nuevo Obispado de Campeche.

Cuando nuestro humilde semanario apareció en esta ciudad, este virtuosísimo Prelado se dignó dirigirnos sus estimabilísimas letras encomiando la publicación, é impartiéndonos su bendición apostólica, recomendándonos nos dirigiéramos á su particular amigo el Sr. D. Anselmo Duarte, para que hiciera la propaganda de «El Hogar Cristiano,» coadyuvando cuanto le fué posible por el auge de este periódico.

Nos asociamos de todas veras al justo dolor de la Iglesia yucateca, y rogamos á nuestros lectores oren á Dios nuestro Señor por el descanso eterno del alma del Venerable Pastor.

EL ILLMO. SEÑOR DOCTOR
DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

«EL APOSTOLADO DE LA CRUZ,» DE MÉXICO.—MARZO 28 DE 1897.

TIEMPO hace que las miradas penetrantes de los católicos sinceros de nuestra patria, que tienen un orgullo legítimo, porque tienen un sólido y estable fundamento, en su selecto Episcopado, en el que, sin hipérbole, puede decirse que no se conocen las medianías, pues es un conjunto extraordinario y admirable de virtudes, talentos, instrucción y merecimientos de todo género, están viendo flotar sobre la atmós-



fera nubes plomizas en cuyo seno parece engendrarse la tempestad que, al impulso de un viento que se mueve por invisible y sabia mano, se dirigen ya hacia un lado, ya hacia otro, disipándose algunas veces para dar paso á los luminosos rayos del sol, que esparce la alegría con sus fulgores, y acumulándose otras y tomando cuerpo para hacer brillar el lejano fulgor del relámpago y dejar oir el alarmante fragor del rayo, desmenuzándose después en gruesos goterones, que dejan adivinar la tormenta, porque son copiosos como el llanto, amargos como el dolor, devastadores como el infortunio y la orfandad.

Para el desencadenamiento de estos terribles meteoros, más terribles, y sujetos á leyes más inmutables que las que se presentan en el orden físico, no bastan las precauciones, que son insuficientes; ni los esfuerzos, que son ineficaces; ni las lágrimas, que no son atendidas; ni las plegarias, que cuando se dirigen á contrariar un designio supremo, no son escuchadas.

Apenas hace seis meses vimos descargarse una de esas nubes, con sus corrientes y sus tempestades, sobre la elevada cúpula de la Iglesia de la vecina Diócesis de Puebla, y hoy vemos producirse el mismo desastre sobre la cúpula igualmente elevada de la lejana Diócesis de Yucatán.

Entonces como ahora, y ahora como entonces, esa terrible y espantosa descarga, sujetándose á la ley fatal que dirige y norma, y aun podemos decir encadena los efectos del rayo, hirió los puntos culminantes.

Así tenía que suceder: porque además de la altura de los cuerpos heridos, éstos, por expresarnos así, encerrándonos en la comparación que, sin pretenderlo, ha brotado de nuestra pluma, eran perfectos conductores de esa chispa, que es un poderoso agente de la destrucción, pues se hallaban, por decirlo así, engastados en el oro finísimo de las más preciadas, de las más valiosas, de las más raras, de las más esclarecidas virtudes.

Hace seis meses, en efecto, nos vimos obligados á vestirnos de luto al noticiar el fallecimiento del Illmo. Sr. Dr. D. Francisco Melitón Vargas, Dignísimo Obispo de Puebla, acaecido el 14 de Septiembre del año anterior; y hoy, por un motivo igualmente funesto, igualmente doloroso, nos vemos en la misma obligación, y enlutamos nuestras humildes columnas para consignar la dolorosa noticia, trasmitida por el alambre, de la infausta muerte del Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Dignísimo Obispo de Yucatán, acaecida el 19 del corriente, dejando en nuestra Sociedad, un vacío de los que no se llenan fácilmente.

El Prelado ilustre cuya muerte justamente lamentamos, que por sus merecimientos y sus virtudes llegó á ocupar un puesto distinguido entre los Príncipe de la Iglesia, se hizo notable, además que como Sacerdote y Obispo, como Arqueólogo, Historiador, Filólogo, Literato y Orador; y están á la vista los escritos que brotaron de su docta pluma, que acreditan esta verdad.

Además de sus numerosas Pastorales, llenas de doctrina, llenas de caridad, llenas de unción, llenas de consejo, llenas de ciencia, y escritas en un estilo firme como la fe, inflexible como la moral, enérgico como la conciencia y sencillo como la verdad, sus obras y sus escritos, impresos unos en ediciones especiales, otros en publicaciones periódicas científicas, literarias y políticas, y otras en las que sirven de órganos á las sociedades á que perteneció, son imposibles de enumerar en un artículo como el presente, en que no tratamos de hacer la biografía del ilustre muerto, sino solamente señalarlo y darle nuestro adiós de eterna despedida, con el acento del dolor, en los momentos en que la tierra nos arrebata sus inanimados despojos.

Su Historia Antigua de Yucatán, que comenzó á publicar en Mérida el año de





1869, y que interrumpió por el destierro que sufrió y las persecuciones de que fué víctima, por el imperdonable crimen de ser Sacerdote, de la que hizo una recopilación en 1871, y una nueva edición en 1883; sus Disertaciones sobre la literatura y civilización antigua de Yucatán; las antigüedades yucatecas; la Geografía Maya; el Apoteósis de un caballo; el Adoratorio de Motul; la Historia del idioma yucateco; la etimología de la voz Maya; la relativa á la historia de esta lengua; la Exposición del método usado por los antiguos yucatecos para contar y computar el tiempo; su estudio histórico sobre la raza indígena de Yucatán; la civilización Yucateca ó el culto de la Virgen María en Yucatán; su Estudio sobre el origen de Belice; el que presentó á la Sociedad de Geografía y Estadística, de que era miembro, sobre Petén-Itzá, demostrando los derechos de México en la cuestión de Guatemala, y sobre la Isla de Arenas, «para la defensa de la integridad del Territorio Nacional, con relación á dicha Isla y á otras muchas que con ella se enlazan en las costas de Yucatán;» su carta sobre la historia de la fiebre amarilla; y otros trabajos que no podemos ni mencionar, por la festinación con que escribimos, revelan al historiador de recto criterio, de sagaz investigación, de ardiente patriotismo, de conocimientos profundos, de erudición vastísima, de imparcialidad severa, y en una palabra, de todas las dotes—las más de ellas excepcionales,—que para tan ardua tarea se requieren.

Sus estudios históricos y arqueológicos, de los que algunos están publicados en los Anales del Museo Nacional, dan á conocer su no común instrucción en la difícil ciencia de la Arqueología.

En su opúsculo «El Fraile de la Calavera,» en que se ocupa del varón eminente, el Illmo. y Rvmo. Sr. Dr. y Maestro D. Fray Antonio Alcalde, así como en sus elogios fúnebres da á conocer sus aptitudes biográficas.

Sus conocimientos filológicos los pone en relievie en su estudio sobre el nombre de América y de Yucatán; sus tradiciones El Arbol de la Luz, el Santuario de la Aldea, la Lámpara de tres siglos, las doce estrellas, un Rayo de Sol, etc., etc., son un espejo terso en que se reflejan las costumbres, los usos, el modo de ser, etc., de las épocas que estudia, desprendiéndose de todos sus luminosos, correctos, elegantes y concienzudos escritos, la más pura, bella y encantadora moral cristiana.

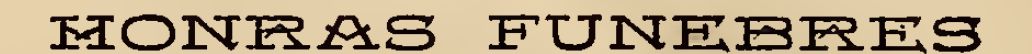
Notables, bajo más de un concepto, son sus sermones, que muchos le arrebató la Prensa; y todavía estamos saboreando el que escribió para la ceremonia inolvidable de la Coronación de la Milagrosa Imagen de Guadalupe, que sus enfermedades le impidieron venir á predicar, y que lo hizo por su encargo el Illmo. Sr. Abad de la Colegiata, D. Antonio Plancarte y Labastida, la tarde del 12 de Octubre de 1895.

Creemos que no tardaremos en ver la biografía completa de este hombre eminente, varón insigne, sabio distinguido, escritor notable, Apóstol infatigable, Sacerdote magno y esclarecido Príncipe de la Iglesia, á quien sus méritos elevaron al primer lugar en la Gerarquía Eclesiástica; pues los hechos que constituyeron su interesante vida y los útiles trabajos que en ella desempeñó, no pertenecen á una época ni á un pueblo: pertenecen á la historia y á la humanidad, y deben ser conocidos por la generación del presente y por las del porvenir.

Nosotros, en nuestra reducidísima esfera, asociándonos al duelo general, que es tan grande como justificado, nos acercamos con vacilante pie y temblorosa mano á depositar una sencilla flor en su venerando sepulcro; á la vez que con fe firme, con esperanza fundada, con afecto sincero y con dolor profundo, elevaremos nuestros humildes sufragios por el alma de tan ilustre Pastor.

HONRAS FUNEBRES

AL ILLMO. SR. CARRILLO Y ANCONA.



«EL NACIONAL,» DE MÉXICO.—ABRIL 1º DE 1897.

En la mañana de ayer se verificaron, en la Colegiata de Guadalupe, unas honras fúnebres por el eterno descanso del alma del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona, dignísimo Obispo de Yucatán.

En medio de la nave central se levantó un suntuoso catafalco, sobre el cual se veían la mitra y el báculo.

Una magnífica orquesta desempeñó la parte musical de la fúnebre solemnidad.

En la oración fúnebre se encomiaron los méritos del ilustre difunto.

EL ILLMO. SR. CARRILLO Y ANCONA.

«EL ORDEN,» DE TEPIC.—ABRIL 4 DE 1897.

EL viernes 19 falleció, por fin, el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán. Asistieron en sus últimos momentos al ilustre moribundo, los señores Canónigos, varios otros sacerdotes, médicos y amigos, así como un señor Coronel, en representación del Gobernador del Estado. A las tres y media de la mañana, sesenta campanadas dadas en Catedral, y en seguida los dobles de todas las campanas de Mérida, anunciaban el fatal acontecimiento que puso en pie á todos los habitantes de la ciudad. Desde luego se puso de luto toda la población, cerrándose el comercio, suspendiéndose los trabajos, aún de las oficinas públicas, y encortinándose las casas con cortinas de adornos negros. Los colegios y escuelas, aun las oficiales, permanecieron algunos días cerradas. La noticia fué inmediatamente comunicada al señor Presidente de la República, con quien el señor Obispo llevaba muy buenas relaciones, lo mismo que al Illmo. Sr. Averardi y á los señores Arzobispos del país.

Es de notarse la circunstancia de que siendo el Illmo. Sr. Carrillo muy devoto del Señor San José, murió teniendo enfrente una imagen del Santo y en el mismo día de su festividad.

EL TESTAMENTO

DEL ILLMO. SR. OBISPO DE YUCATAN.

El testamento está fechado el 25 de Enero de 1897.

Dice el señor Obispo que no tiene herederos forzosos y deja capitales impuestos, que constan en pagarés y obligaciones hipotecarias y una casa en esta ciudad.

Debe cantidades á diversas personas, que constan en pagarés que ha otorgado, y dice que después de pagadas sus deudas, el sobrante de sus bienes se invierta en obras piadosas.

Deja un pliego reservado, al albacea Lic. Rivero Figueroa.

Suponiendo falta ó imposibilidad, nombró como segundo albacea al Lic. Juan F. Molina Solís, y en su defecto, éste nombró al Lic. Gabriel Aznar.—«El Tiempo.»

EL ILLMO. Y RVMO. SR. DR.

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.



«EL REPRODUCTOR ECLESIÁSTICO MEXICANO.»—ABRIL 19 DE 1897.

CUANDO apenas la Iglesia Angelopolitana acababa de abandonar sus lúgubres vestidos de viudez, su hermana la de Yucatán los ha tomado con motivo del fallecimiento de su ilustre Pastor, que después de larga y penosa enfermedad pasó á mejor vida el 19 del mes de Marzo.

La Iglesia, la Patria y las letras están de duelo, y lloran al virtuoso y digno Prelado, al patriota y al literato; porque el Illmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona fué uno de aquellos hombres que, al mismo tiempo que apacentaba su grey como Obispo, defendía la integridad del territorio nacional como valiente ciudadano, protestando enérgicamente en momentos angustiosos, y engrandecía á las letras mexicanas con el precioso producto de su pluma.

La biografía de tan estimable y digno Obispo no puede ser la labor exigua del artículo de una revista: necesita una grande extensión y pluma mejor cortada, que la del amigo del ilustre Prelado Yucateco que traza estas líneas. ¡Ojalá y que pronto haya quien emprenda tan laudable y tan grata tarea; porque la memoria de hombres de la talla del que primero fué Obispo titular de Lero y después de Yucatán, no debe perderse!

El celo episcopal del Illmo. Sr. Carrillo queda vivo en la restauración de la Universidad Yucateca; en el noble desinterés que desplegó para la erección del Obispado de Campeche, aun con mengua del territorio del suyo propio; en su empeño y labores cuando el primer Concilio de Antequera, y en fin, para decirlo de una vez, en el amor tan tierno que le profesaron sus diocesanos, cuyas lágrimas hoy corren hasta regar su tumba . . . .

Las prendas que hacían del Illmo. Sr. Obispo de Yucatán, uno de los mejores hijos de México, siempre serán recordadas al pronunciarse el nombre de Belice, y cuando la historia, haciendo justicia al hombre providencial que ha establecido la paz y con ella ha afianzado la independencia nacional, cuente á nuestros descendientes sus virtudes, no dejará de consignar que, admirador del verdadero mérito, colocó sobre la tumba del Sr. Carrillo y Ancona una corona, cuyas flores y cuyo lema honran á la vez el patriotismo del que lloramos muerto, y la nobleza de los sentimientos de aquel por quien sin cesar rogamos á Dios le conserve la vida.

El Reproductor Eclesiástico Mexicano, que nunca olvidará la bondad con que lo bendijo y acogió el Illmo. Sr. Carrillo, llora su muerte, ruega á Dios por su eterno descanso, y envía su más sentido pésame á la Iglesia Yucateca, pidiendo al cielo que la consuele con un sucesor digno del difunto Prelado.

PENSAMIENTO.

Cuando la filosofía moderna y el furor de la impiedad desplegaban todas sus fuerzas entre nosotros, surgió la magna figura del Gran Prelado Yucateco, Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, quien con su virtud, su talento, su sabiduría, su patriotismo y su laboriosidad verdaderamente extraordinarios, colaboró dignamente con S. S. el Sr. León XIII, abriéndonos, con su báculo, camino firme y seguro por en medio de las tempestuosas olas del Mar Rojo.

Por eso su nombre será grabado con letras de oro en las páginas de la Historia, y su memoria será conservada indeleble en los corazones agradecidos. Su muerte fué la de un justo, llorada por su pueblo, y su alma preciosa se desprendió del cuerpo como el perfume de la flor.

ANGEL E. SALAZAR.

PENSAMIENTO

ANTE LA TUMBA DEL ILLMO. SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

OBISPO DE YUCATAN.

Hay en el mundo terráqueo muchas masas de tierra y de granito elevadas, que se llaman montañas: pero algunas solamente, arrojan fuego, humo, ceniza y lava, y éstas se denominan volcanes. En mi concepto, los hombres son el bosquejo de esas inmensas moles cuyas crestas parece que tocan al cielo, y tú, Señor, que fuiste un genio, semejaste un volcán, porque tus sapientísimas palabras fueron lenguas de fuego que difundieron luz en lo civil y en lo religioso; tu existencia fué humo que al soplo del huracán del destino se disipó: tu cuerpo fué la materia inerte que al embate de la impía hija de la Noche y hermana de Morfeo, cayó á la yacija para convertirse en cenizas, y, tu inteligencia, fué la lava que en este mundo deja sus huellas (tu gloria) que la historia en sus páginas propalará en todo el Universo.

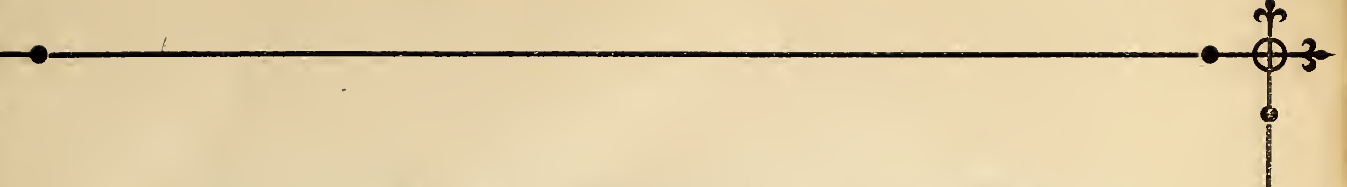
Mérida, Marzo 28 de 1897.

MANUEL PAREDES Y PATRON.

«ILUSTRACION ARTISTICA.»

DOS TELEGRAMAS.

MÉRIDA, Marzo 22 de 1897.—Al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz, Presidente de la República.—México.—En representación de la Diócesis de Yucatán, de la sociedad y del pueblo todo del Estado, manifestamos el profundo agradecimiento que merecen la solicitud y condolencia con que durante la enfermedad y muerte del Illmo. Sr. Carrillo y Ancona, señaló Ud. su elevada estimación por el Gran Prelado Yucateco, gloria de la Nación que Dios guarde.



Norberto Domínguez, Vicario Capitular de la Diócesis.—Como representante de la ciudad de Izamal, cuna de su Señoría Ilustrísima, *B. Ponce y Font.—Manuel Zapata Bolio*, Presidente del Gremio de Comerciantes y Hacendados.—*Pbro. Lic. Pedro Pérez Elizagaray*, Presidente del Gremio de Profesores y Estudiantes.—*Alfredo Mézquita*, Presidente del Gremio de Abastecedores.—*Justo Cuevas*, Presidente del Gremio de Filarmónicos.—*Tomás Alpuche*, Presidente del Gremio de Sastres.—*Plácido Pérez*, Presidente del Gremio de Trabajadores del Comercio.—*Antonio Rodríguez Rosas*, Presidente del Gremio de Herreros y Mecánicos.—*Pedro Gómez*, Presidente del Gremio de Plateros.—*Juan de Dios Pinelo*, Presidente del Gremio de Talabarteros.—*Elías León*, Presidente del Gremio de Barberos.—*José Inés Reyes*, Presidente del Gremio de Carpinteros.—*Mateo Jul*, Presidente del Gremio de Alarifes.—*Eliécer C. Méndez*, Presidente del Gremio de Zapateros. —*Juan Bautista Pérez*, Presidente del Gremio de Curtidores.—*Manuel Heredia Argüelles*, Director de «El Eco del Comercio.»—*Delio Moreno Cantón*, Director de «La Revista de Mérida.»—*Joaquín Gonzalo Pren F.*, Director de «La Gaceta.»—*Lorenzo Rosado*, Director de «Los Intereses Sociales.»—*Fernando Cantón F.*, Director de «La Ilustración Yucateca.»—*Francisco Barrera Lavalle*, Director de «El Movimiento Católico.»

Sr. Norberto Domínguez y demás signatarios: Al manifestar mi solicitud por la salud y mi condolencia por la muerte del Illmo. Sr. Ancona, no he hecho más que obedecer al sentimiento de amistad personal que con él me ligaba.

PORFIRIO DIAZ.

CATÁLOGO GENERAL

DE LAS OBRAS DEL ILLMO. Y RMO.

SR. DR. D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA,

DGMO. OBISPO DE YUCATAN.

I.

OBRAS LITERARIAS.

Album de las Señoritas Yucatecas. Ensayos literarios dedicados por sus autores á sus amables paisanas. Mérida. Imprenta de Espinosa. 1859. Publicado en el Calendario de Espinosa, en colaboración con Don José Dolores Rivero Figueroa. Del Illmo. Autor, contiene: "La mujer en sociedad," "La princesa Mexicana," suceso histórico; "El Toque de Ave María," "El Desengaño," soneto. En 8º 30 páginas.

Ensayo Biográfico del Señor Doctor Don José Canuto Vela y Rojas. Mérida. Imprenta de Rafael Pedrera. 1859. En 4º 24 páginas.

Elogio fúnebre del Señor Cura Doctor Don José Canuto Vela. Inédito. Manuscrito en 4º 10 páginas.

Discurso leído en la primera exposición de la Academia de Dibujo del Seminario Conciliar, el 27 de Diciembre de 1860. Mérida. Litografía de Espinosa, Sección Tipográfica. 1860. En 4º 12 páginas.

Historia de Welinna. Leyenda yucateca, en dos partes, un apéndice de notas históricas y críticas. Edición del Repertorio Pintoresco. Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa. Calle del Comercio, número 24. 1862. Hay una segunda edición: Mérida de Yucatán. Imprenta de "La Revista de Mérida." Calle 2ª de los Rosados, número 10. 1883. En 4º 78 págs.

Oración fúnebre del Ilustrísimo Señor Doctor Don José María Guerra, Obispo de Yucatán. (Exequias del 4 de Febrero de 1864 en la Catedral de Mérida.) Mérida de Yucatán. Imprenta de José Dolores Espinosa. 1864. En 4º 32 páginas.

Discurso religioso pronunciado en las festividades que tuvieron lugar en la Capital, con motivo del feliz arribo á Veracruz, de S. S. M. M. I. I. Maximiliano I y su Augusta Esposa Carlota. Publicado en una Colección de las demás piezas literarias. Mérida. Imprenta de Rafael Pedrera. 1864. En 4º El discurso llena 6 págs.

Discurso pronunciado en la apertura de las Cátedras de la Academia de Literatura y Ciencias Eclesiásticas del Seminario Conciliar de Mérida, el 20 de Octubre de 1864, por su fundador y primer Presidente Don Crescencio Carrillo y Ancona. Inédito. Manuscrito en 4º mayor. 10 páginas.

Estudio histórico sobre la raza indígena de Yucatán. Veracruz. 1865. Tipografía de J. M. Blanco. Calle de Salinas, número 784. En 4º 26 páginas.

Observación crítico-histórica ó defensa del Clero yucateco. Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. 1866. En folio. 20 págs.

Lecciones elementales de historia general y patria, que para instrucción de la juventud mexicana, han sido extractadas de los mejores autores, y especialmente adicionadas con la parte que corresponde á la historia nacional. Mérida de Yucatán. Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. Calle del Comercio, 2ª Sur O., número 15. 1867. En 4º No se concluyó. 268 páginas.

Discurso sobre el mérito de la verdadera filosofía que, al comenzar el examen general, pronunció el niño cursante de filosofía Don Miguel Barbachano. Se publicó en la colección de las demás piezas literarias, pronunciadas en el Co-

legio Católico de San Ildefonso, el domingo 19 de Julio de 1868, en la solemne función literaria que se celebró con motivo del examen general y de la distribución de premios al fin del año escolar. Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. 1868. En 4º El discurso ocupa 5 páginas.

Manual de Historia y Geografía de la Península de Yucatán.—Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. 1868. En 8º No se terminó. 178 páginas.

Epítome de la Historia de la Filosofía, extractado de los mejores autores. Puesto en forma de diálogo para el uso de los alumnos de la Universidad de Yucatán, y notablemente corregido para el de la Cátedra de Filosofía, del Colegio Católico de Instrucción Primaria y Secundaria de San Ildefonso. [Edición costeada por los cursantes de 1867 y 68.] Mérida de Yucatán. 1868. Imprenta Literaria, á cargo de G. Buenfil. En 8º 32 páginas.

Registro Católico. Publicación extraordinaria del Colegio Católico de Mérida de Yucatán, con motivo de la solemnidad del 8 de Diciembre de 1869. Publicada en colaboración. Del Ilustrísimo Autor, contiene: "Sermón sobre los intereses de la Iglesia Católica, considerados en sus relaciones íntimas con el dogma de la Inmaculada Concepción, predicado en la Catedral de Mérida de Yucatán, sufragánea de la Metropolitana, de México, el 8 de Diciembre de 1869, día de la Instalación del nuevo Concilio General en Roma."—"El 8 de Diciembre de 1869 y el nuevo Prelado de Yucatán." Mérida. Imprenta "El Iris." 1869. En 4º Los escritos del Ilustrísimo Autor, llenan 23 páginas.

Verdadera Filosofía del Magnetismo Animal y del Espiritismo ó el Demonio, considerado en sus relaciones con la humanidad. Mérida. Tipografía de Rafael Pedrera. 1869. En 4º 45 páginas.

Disertación sobre la literatura antigua de Yucatán.— Idioma. —Poesía.—Metro. — Canto, Baile y Música.—Ejemplos de versificación maya moderna.—Teatro.—Mitología.—La Virgen del Fuego sagrado.—Historia.—Filosofía: Metafísica.—Adelantos psicológicos ó Gloria ó Infierno.—La moral.—Leyendas, tradiciones y prácticas religiosas. — Astronomía. — Cronología.— Política.—Legislación.—Bellas artes.-Conexión de éstas con las letras.—Arquitectura y escultura.—Pintura.—Enseñanza pública.—Colegios de ambos sexos.— Escritura. — Bibliografía.— Prestigio de los literatos.—Ultimos escritores indios.—Conclusión ó influencia de la literatura antigua yucateca sobre la moderna. Publicado en "La Revista de Mérida," periódico literario, de Mérida de Yucatán, año I. 1869. Mérida. Imprenta del Editor, 1869, y en el "Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana. México. Imprenta del Gobierno en Palacio, á cargo de José María Sandoval. 1871. En folio, ambos periódicos á dos columnas. La Disertación llena 14 páginas.

Instrucción sobre el dogma de la Infabilidad del Magisterio Pontificio, la condenación de las sociedades masónicas y del matrimonio puramente civil. El Illmo. y Rvmo. Señor Obispo de Yucatán, Doctor Don Leandro Rodríguez de la Gala, la adoptó en su Quinta Carta Pastoral. Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. 1870. En 4º 26 páginas.

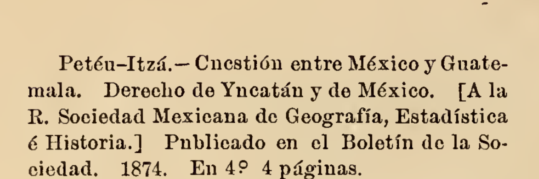
Compendio de la Historia de Yucatán, precedido del de su Geografía, y dispuesto en forma de lecciones, para servir de texto á la enseñanza de ambos ramos en los establecimientos de instrucción primaria y secundaria. Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. 1871. En 8º 432 páginas.

Compendio histórico de Yucatán, ó sea resumen del "Compendio de la Historia de esta Península," precedido del de su Geografía, dispuesto en forma de lecciones, para servir de texto á la enseñanza de ambos ramos en los establecimientos de instrucción primaria y secundaria. Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa é hijos. 1871. En 8º 64 páginas.

Disertación sobre la historia de la lengua maya ó yucateca. México. Imprenta del Gobierno en Palacio, á cargo de José María Sandoval. 1872. Folio menor, á dos columnas. La Disertación está contenida en 62 páginas.

Catálogo de las principales palabras mayas, usadas en el castellano que se habla en el Estado de Yucatán. Publicado por D. Eufemio Mendoza, en su obra: "Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano." México. Imprenta del Gobierno, en Palacio, á cargo de José María Sandoval. 1872. Folio menor, á dos columnas. El Catálogo de palabras mayas, ocupa la sección segunda de la obra del Sr. Mendoza, y está contenido en 20 páginas.

Dos palabras. Prólogo á "La Hija del Judío," Novela Yucateca por el Señor Doctor Don Justo Sierra. Mérida. Imprenta del Comercio á cargo de José G. Corrales. 1874. En 4º 5 páginas.



Petén-Itzá.—Cuestión entre México y Guatemala. Derecho de Yucatán y de México. [A la R. Sociedad Mexicana de Geografía, Estadística é Historia.] Publicado en el Boletín de la Sociedad. 1874. En 4º 4 páginas.

Tizimín (Arqueología y Filología]. Publicado en "Los Primeros Ensayos," periódico literario de Mérida de Yucatán. 1875. En 4º 4 páginas.

Archicofradía y Escapulario Azul de la Inmaculada Concepción. [Con licencias necesarias.] Mérida de Yucatán. Imprenta del Comercio," de N. R. A. 1875. En 8º 29 páginas.

Rosarito de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Mérida. 1877. Inédito. Manuscrito en 8º 4 páginas.

A la Inmaculada Concepción de María Santísima, en su Imagen Patronal de Nuestra Señora de Yucatán, que se venera en la Archicofradía del Escapulario Azul, establecida en Jesús María, y agregada á las de Roma, con innumerables indulgencias y gracias Apostólicas. Oración, cuya práctica diaria se recomienda. Segunda edición. Mérida. Imprenta Literaria, de Juan F. Molina Solís. 1877. En 8º 8 páginas.

La Civilización Yucateca ó El Culto de la Virgen María en Yucatán. Homenaje á la Inmaculada Concepción. Mérida. Imprenta de Miguel Espinosa Rendón. Segunda calle de los Hidalgos, número 22. 1878. En 4º 95 páginas.

Fin de los perseguidores de la Iglesia. Artículo publicado en el Calendario de Espinosa para 1878. En 8º Ocupa 5 páginas.

El origen de Belice. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. Calle de Lerdo, número 3. 1879. En 4º 11 páginas.

Catecismo de Historia y de Geografía de Yucatán. Librería Católica, de A. Molina y Ca. Esquina de "La Culebra." Mérida de Yucatán. Sin fecha. En 8º 95 páginas.

Se han hecho tres ediciones: la segunda es de 1880 y la tercera de 1887.

Novena, Día Ocho y Rosario de la Inmaculada Concepción, en su título de Nuestra Señora de Yucatán, Pátrona de la Sociedad Católica y del Escapulario Azul, para uso de los cofrades y socios de la misma Inmaculada Concepción y de todos sus devotos los católicos yucatecos. Mérida de Yucatán. Imprenta de José Gamboa Guzmán. Segunda calle de Regil Estrada, número 3. 1881. En 8º 48 páginas.

Quilich Xocbil-U.-Payalchí, Ti C-Colebil X-Zuhuy María yetel ú Chucaan Payalchiob Ualkezahantacob ti Maya Dtán.—Ho ti Yucatán lae.—Tu Dsal-Hochmal Spinosa Yet-Lak.—1 Pic—2 Bak—4 Kaal. En colaboración con el Señor Cura de Kantunil, Don José Leocadio Andrade. En 8º 32 páginas.

Nuevo Catecismo de Historia Sagrada, más adecuado al uso de Escuelas y Colegios y muy útil para toda clase de personas. Mérida de Yucatán. Imprenta de "La Revista de Mérida." Calle segunda de los Rosados, número 10. 1883. En 8º mayor. 369 páginas.

Vida del V. Padre Fray Manuel Martínez, célebre franciscano yucateco, ó sea estudio histórico sobre la extinción de la Orden Franciscana en Yucatán y sobre sus consecuencias. Mérida de Yucatán. Gamboa Guzmán y Hermano, Impresores. Plaza de la Independencia, número 3. 1883. En 4º 163 páginas.

La Rosa del Paraíso, Ofrenda del Corazón al Corazón más grande. Mérida de Yucatán. Gamboa Guzmán y Hermano, Impresores-Editores. Plaza de la Independencia, número 3. 1883. En 4º 22 páginas.

Historia Antigua de Yucatán, seguida de las Disertaciones del mismo autor, relativas al propio asunto. (Segunda edición.) Las Disertaciones son: "Disertación sobre la Literatura y Civilización Antigua de Yucatán," "Apuntaciones sobre antigüedades yucatecas," "Geografía Maya," "La Apoteosis de un Caballo," "Adoratorio de Motul," "Sobre la historia del idioma yucateco ó maya," "Maya, etimología de este nombre." Mérida de Yucatán. Gamboa Guzmán y Hermano, Impresores-Editores. Plaza de la Independencia, número 3. 1883. En 4º menor. 691 páginas.

Alocución en la solemne Asamblea celebrada en el Seminario Conciliar de Mérida, la noche del 4 de Noviembre de 1884, con motivo del tercer Centenario de San Carlos Borromeo, restableciendo la antigua Universidad Católica y poniéndola bajo la protección y la autoridad del Soberano Pontífice. Mérida de Yucatán, Gamboa Guzmán y Hermano, Impresores-Editores. Calle de los Rosados, número 29. 1884. En 4º 25 páginas.

Nuevo Catecismo de Historia Sagrada. (Nueva edición, revisada y refundida por el autor, quien la dedica á la juventud mexicana.) Imprenta de "La Revista de Mérida." Calle 2ª de los Rosados, número 10. 1884. En 8º 231 páginas.

Nuevo Catecismo de Historia Sagrada. [Nueva edición, revisada y refundida por el autor, quien la dedica á la juventud mexicana.] Mérida de Yucatán. Librería Católica, de A. Molina y Cª 1886. Edición de Barcelona, de la que se hizo una segunda edición. En 8º 176 págs.

El Santuario de la Aldea. [Tradición popular] Van añadidas: "La lámpara de tres siglos" y "Las doce estrellas," del propio autor. Mérida. Imprenta á cargo de José Gamboa Guzmán. 1886. En 4º 45 páginas.

La Isla de Arenas. Apuntes para la defensa del territorio nacional, con relación á dicha isla y otras muchas que con ella se enlazan en las costas de Yucatán. Imprenta de "La Revista." 1886. En 4º 30 páginas.

Los Cabezas Chatas. Con notas del Señor Don Francisco del Paso y Troncoso, Mérida de Yucatán.—Imprenta Literaria de Audomaro Reyes Sánchez. 1886. En 4º 17 páginas.

El anterior estudio se publicó antes que "Los Anales del Museo Nacional," de la ciudad de México.

Carta excitativa á los Illmos. Señores Arzobispos y Obispos de la Iglesia Mexicana, acerca del Primado, por el menor de ellos. Mérida. Imprenta Literaria, de Reyes y Moreno. 1886. En 4º 7 páginas.

Calendario Eclesiástico Popular para 1887. En él se encuentran, del Illmo. Autor, los siguientes artículos: "La Diócesis de Yucatán. Su estado actual, precediendo unas observaciones históricas y algunas consideraciones sobre la necesidad y conveniencia de su erección en Arquidiócesis." Mérida de Yucatán. Eraclio G. Cantón, Editor. Imprenta á cargo de José Gamboa Guzmán. 1886. En 8º Los artículos mencionados están contenidos en 13 páginas.

Oración fúnebre del Illmo. Señor Doctor Don Leandro Rodríguez de la Gala, Obispo de Yucatán, pronunciada ante su féretro el jueves 17 de Febrero de 1887, en la Catedral de Mérida. Inédita. Manuscrito en 4º 20 páginas.

El Arbol de Luz. (Tradición popular). Historia del Santísimo Cristo de las Ampollas. Mérida. "Imprenta Mercantil," á cargo de José Gamboa Guzmán. 1887. En 4º 24 páginas.

Se hizo una segunda edición en 8º, de esta obra, en la misma Imprenta, con 48 páginas.

Calendario Eclesiástico y Popular para 1888. Contiene del Illmo. Autor: "Año Nuevo," "El Señor de la Conquista," "Cronología de los Illmos. Señores Obispos de Yucatán. Mérida de Yucatán. Eraclio G. Cantón, Editor. Imprenta á cargo de José Gamboa Guzmán. 1887. En 8º Los anteriores artículos están contenidos en 10 páginas.

"El Señor de la Conquista" se encuentra publicado nuevamente en la "Novena al Santo Cristo de la Conquista," que compuso el Señor Pbro. Lic. Don Francisco Vadillo Argüelles. Mérida de Yucatán. Imprenta de Espinosa. 1890. En 8º Llena 8 páginas.

Carta de actualidad sobre el Milagro de la Asunción Guadalupana en 1531. Mérida de Yucatán. Imprenta Mercantil, á cargo de José Gamboa Guzmán. 1888. En 4º 17 páginas.

Cartilla de Historia Sagrada, dispuesta para las clases más ínfimas. Mérida de Yucatán. Librería Meridana, de Eraclio G. Cantón. 1888. París. Tipografía Garnier Hermanos, 6 rue de Saint-Pêres. En 8º mayor. 142 páginas.

Cuadro Cronológico de los Obispos de Yucatán, desde el tiempo del Papa León X hasta el de León XIII. Escrito para el «Album de Felicitación,» en obsequio del Ilustrísimo Señor Arzobispo de México, Doctor Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, con motivo de la solemnidad de su Jubileo Sacerdotal, en el presente año del Señor, 1889. Publicado en dicho Album. México. Imprenta de Francisco Díaz de León. Avenida Oriente, número 163. 1889. En 4º mayor. El Cuadro Cronológico ocupa 12 páginas.

Se hicieron del mismo, dos ediciones, en forma de plano, en el mismo año, una en la Imprenta Mercantil, Gamboa Guzmán, Mérida de Yucatán, y otra en la Imprenta de J. Escalante. México.

Estudio filológico sobre el nombre de América y el de Yucatán. Mérida de Yucatán. Imprenta Mercantil, á cargo de José Gamboa Guzmán. 1890. En 4º 54 páginas.

Sermón Panegírico del Beato Martir Juan Gabriel Perboyre, de la Congregación de la Misión, predicado el 7 de Noviembre de 1890, en la Iglesia del Seminario Conciliar de Mérida, puesto á cargo de los Padres de la misma Congregación, y á cuyo empeño y súplica lo ha escrito y lo hace imprimir. Mérida de Yucatán. Imprenta y Litografía de Ricardo B. Caballero. Calle 2ª de Regil Estrada, número 5. 1890. En 4º 22 páginas.

El Rayo de Sol. Leyenda yucateca. Mérida. Imprenta "Gamboa Guzmán." 1892. En 8º 16 páginas.

El Fraile de la Calavera, ó la Centuria de un gran Prelado. 1792—1892. Mérida de Yucatán. Imprenta "Gamboa Guzmán." 1892. En 4º 53 páginas.

Hay una edición de Guadalajara. Imprenta del "Diario de Jalisco," Carmen 39. 1892. En 8º mayor. 40 páginas.

Carta sobre la historia primitiva de la fiebre amarilla. Mérida de Yucatán. Imprenta Mercantil, de Ignacio L. Mena y Ca. Segunda calle de los Rosados, número 29. 1892.

El Obispado de Yucatán. Historia de su fundación y de sus Obispos, desde el siglo XVI hasta el XIX, seguida de las Constituciones Sinodales de la Diócesi y otros documentos relativos. Edición ilustrada. Mérida de Yucatán. Imprenta y Litografía de Ricardo B. Caballero. Segunda calle de Regil Estrada, número 5. 1892. Dos volúmenes en folio menor. 1102 páginas.

El segundo tomo incluye la defensa que de su obra hizo el Illmo. Autor, con paginación separada, y tiene 28 páginas.

La muerte y antes la grave enfermedad que lo llevó al sepulcro, impidieron al autor publicar los documentos anunciados en la carátula.

Sermón ante los Padres del Concilio Provincial Antequerense, en la Catedral Metropolitana de Oaxaca, el 19 de Febrero de 1893, en la sesión especial y solemne función celebradas en honor del Jubileo Episcopal de Su Santidad el Papa Señor León XIII. Se imprime por acuerdo del mismo Concilio. Oaxaca. Tipografía de L. San Germán, á cargo de L. Rincón. 8ª Avenida Independencia, número 50. 1893. En 4º 17 páginas.

Respuestas del Obispo de Yucatán, á las Adnotationes del R. P. D. Promotor de la fe, sobre la concesión del nuevo Oficio de la B. M. V. Mexicana de Guadalupe. Mérida de Yucatán, Octubre 19 de 1893. Inédito. Manuscrito en folio. 9 páginas.

Mulier amicta sole. Mérida, Noviembre 21, día de la Presentación de Nuestra Señora, de 1894. Publicado en México, en el mismo año, en el «Cuadro Guadalupano» de los señores Aguilar y Pérez.

Panegírico de Nuestra Señora de Guadalupe en la singular y solemne fiesta de su Coronación, celebrada el 12 de Octubre de 1895, en su Nacional é Insigne Colegiata de México. Edición yucateca, costeada por un grupo de diocesanos y amigos del Illmo. Autor. Mérida. Imprenta y Litografía de Ricardo Caballero. Calle 63, número 495. 1895. En 4º 52 páginas.

Se hizo primero una edición de sólo cuatro ejemplares, en folio menor, de 34 páginas, en la misma Imprenta; y durante las fiestas de la Coronación, lo publicó, en suelto, el periódico «El Tiempo,» de la ciudad de México.

El Comercio en Yucatán antes del descubrimiento. Al H. Congreso de Americanistas. (Sesión de México en el año de 1895). Inédito. Manuscrito en folio. 6 páginas.

Don Joaquín García Icazbalceta y la Historia Guadalupana. Carta al Illmo. Señor Arzobispo de México, Doctor Don Próspero María Alarcón. Mérida. Imprenta «Gamboa Guzmán.» Calle 58, número 503. 1896. En 4º 12 páginas.

Se hizo una edición en México. Tipografía Guadalupana de Reyes y Velasco. Calle del Correo Mayor, número 6. 1896. En 4º 11 páginas.

II.

PERIODICOS.

El Illmo. Señor Carrillo y Ancona fundó y públicó: «El Repertorio Pintoresco ó Miscelánea instructiva y amena, consagrada á la Religión, la Historia del País, la Filosofía, la Industria y las Bellas Letras.» Mérida. Imprenta de José Dolores Espinosa. 1863. En cuadernos de paginación corrida, habiendo sido editor y litógrafo, Don José Dolores Espinosa Rendón; y

«El Eco de la Fe,» periódico de Religión Católica, Apostólica, Romana. Mérida. 1870. En pliego suelto, cuyo editor fué el Señor Don Rafael Pedrera. Perteneció al grupo de jóvenes que en 1861 publicaron: «La Guirnalda,» periódico literario redactado por una sociedad de jóvenes, bajo la dirección de distinguidos literatos yucatecos. Mérida de Yucatán. 1861. Imprenta de Espinosa. En cuadernos. Y perteneció á la redacción de «La Revista de Mérida,» periódico de literatura y variedades, también en cuadernos, y que en 1869 fundaron el Señor Don Ramón Aldana, inolvidable poeta yucateco, y el editor Don Manuel Aldana Rivas. Colaboró en diversos periódicos, cuya lista es la siguiente:

«La Caridad,» de Mérida, fuudado en 1868.

«Biblioteca de Señoritas.» Lecturas del Hogar, de Mérida. 1868—1869.

«Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana,» 2ª y 3ª épocas. De México.

«Anales del Museo Nacional,» de México.

«Los Primeros Ensayos,» de Mérida. 1875.

«El Semanario Yucateco,» de Mérida. 1878. 1882.

«El Tiempo,» de México.

«El Amigo del País,» de Mérida, fundado en 1883.

«El Album Literario,» de Mérida. 1891-1892, y algunos otros.

III.

ESCRITOS PASTORALES.

PRINCIPALES DECRETOS Y CIRCULARES.

Orden Circular de 20 de Mayo de 1884, recomendando y mandando, de conformidad con las disposiciones del Soberano Pontífice, que se rece el Santo Rosario diariamente en familia, y que en Catedral se practique todos los días, y los Domingos y días festivos, en las Parroquias del Obispado; y que los sacerdotes, después de la misa, recen tres veces el Ave María y una Salve, en lengua vulgar, diciendo luego, en latín, la Oración *Deus refugium nostrum*, y la Oración: «Oh Purísima Virgen María,» á Nuestra Señora de Yucatán, en castellano. En pliego.

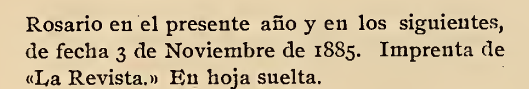
Decreto en que se concede licencia al Señor Rector del Seminario, Presbítero Don Carlos de Jesús Mejía, para que imprima y circule el Reglamento é Indulgencias de la Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento, que tradujo del francés; en que se nombra á dicho Señor Rector, Director Diocesano particular de la Asociación; en que se aplaude el celo de dicho Señor Sacerdote, que se propone sistemar, bajo buen pie, de conformidad con las instrucciones de los Superiores extranjeros, esta Obra, que fué introducida en la Diócesis y en toda la República, por el mismo Illmo. y Rvmo. Señor Doctor Don Crescencio Carrillo y Ancona, y en que se exita á todos los Señores Sacerdotes del Obispado y de toda la Iglesia Mexicana, se inscriban en esta Asociación. Está inserto en el dicho Reglamento, impreso en Mérida de Yucatán. Imprenta Gamboa Guzmán y Hermano. Calle de los Rosados, núm. 29. 1884. En 4º

Circular en que se publican las Letras Apostólicas de Nuestro Santísimo Padre el Papa Señor León XIII, relativas al descubrimiento del Santo Cuerpo del Glorioso Apóstol Santiago el Mayor, y en que se anuncia la indulgeucia Plenaria concedida con motivo de tan fausto suceso. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda calle de los Rosados, número 10. 1885. En 4º 15 páginas.

Edicto sobre la vigilancia en que deben estar los fieles católicos con motivo de la Propaganda Protestante. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda calle de los Rosados, número 10. 1885. En 4º 4 páginas.

Edicto de Convocatoria y Reorganización de la Antigua Universidad de Yucatán. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda Calle de los Rosados, número 10. 1885. En 4º 8 páginas.

Circular insertando el Decreto apostólico sobre los privilegios y necesidad del Santísimo



Rosario en el presente año y en los siguientes, de fecha 3 de Noviembre de 1885. Imprenta de «La Revista.» En hoja suelta.

Decreto en que se concede licencia para la publicación de las Gracias Apostólicas concedidas con motivo de haber proclamado el Soberano Pontífice á San Vicente de Paul, Patrón universal de todas las Asociaciones de Caridad. Inserto en la publicación de dichas indulgencias. Mérida de Yucatán. Imprenta á cargo de José Gamboa Guzmán.

Orden Circular sobre la Tercera Orden de San Francisco de Asis y las Conferencias de San Vicente de Paul. Mérida de Yucatán. Imprenta á cargo de José Gamboa Guzmán. 1886. En 4º 32 páginas.

Orden Circular publicando el jubileo extraordinario de 1886, con inserción de la Encíclica que trata de la Constitución Cristiana de los Estados, que ha motivado dicho Jubileo. Mérida de Yucatán. Imprenta Literaria, de Reyes y Moreno. 1886. En 4º 58 páginas.

Circular en que se anuncia que las gracias y privilegios espirituales concedidos en los últimos años, para celebrar el mes del Santísimo Rosario, quedan concedidos para todos los demás años, hasta la completa libertad del Soberano Pontífice, de 10 de Septiembre de 1886.

Orden Circular que dispone la nueva variación de las oraciones para después de la misa, ordenada por el Soberano Pontífice, de 16 de Octubre de 1886.

Orden Circular contra la Propaganda Protestante. Mérida. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda calle de los Rosados, número 10. 1885. En 4º 11 páginas.

Circular sobre la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe, y sobre el Jubileo Sacerdotal de Su Santidad el Señor León XIII y de Su Señoría Ilustrísima el Dgmo. Prelado Propio de esta Diócesis, Doctor Don Leandro Rodríguez de la Gala. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda calle de los Rosados, número 10. 1887. En 4º 10 páginas.

Edicto acerca de la Capilla de música y cantores de la Santa Iglesia Catedral. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda calle de los Rosados, número 10. 1887. En 4º 6 páginas.

Edicto acerca de las fiestas de Nuestra Señora de Guadalupe y del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad el Papa Señor León XIII. 1887—1888. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» Segunda calle de los Rosados, número 10. 1887. En 4º 12 páginas.

Circular publicando el Documento Apostólico de Su Santidad el Papa Señor León XIII, de 1º de Abril de 1888, en favor de las almas del Purgatorio. Mérida de Yucatán. Imprenta de «La Revista de Mérida.» 1888. En 4º 7 páginas.

Circular en que se publica un Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, obtenido por el Illmo. y Rvmo. Señor Arzobispo de México, en que se resuelven varias dudas. De 4 de Septiembre de 1888, como apéndice á la circular de S. S. Illma., acerca del Privilegio Apostólico concedido en sufragio de las almas del purgatorio, para el último domingo del mes de Septiembre. Hoja suelta. En 4º

Decreto acerca del Seminario Tridentino Universitario de San Ildefonso. De 1º de Septiembre de 1888. 4 páginas.

Circular del Illmo. y Rvmo. Señor Obispo de Yucatán, sobre el Patrocinio de San José, que ha de implorarse más especialmente desde el próximo mes de Octubre, con el de la Santísima Virgen, en razón de lo calamitoso de los tiempos, de conformidad con la última Encíclica del Soberano Pontífice, de 19 de Septiembre de 1889. En 4º 4 páginas. «Gamboa Guzmán,» Tip.

Circular sobre el Jubileo Sacerdotal Metropolitano. En 4º 4 páginas.

Edicto Pastoral de fin de año y protesta por la libertad y soberanía del Papa-Rey, Señor León XIII, por el Obispo y Pueblo de Yucatán, de 21 de Diciembre de 1888. En folio menor. 3 páginas.

Edicto Pastoral dispensando el Ayuno cuaresmal de 1890. De 22 de Marzo de 1890. En hoja suelta.

Decreto Episcopal sobre grados en la Universidad de Yucatán. De 8 de Noviembre de 1890. En 4º 4 páginas.

Reglamento de la Universidad Católica de Yucatán. Mérida. Imprenta «Gamboa Guzmán.» Segunda calle de los Rosados, número 31. 1890. En 4º 25 páginas.

Edicto Diocesauo con motivo de la próxima Cuaresma, y de una limosna para la libertad de los esclavos africanos. De 8 de Febrero de 1891. Eu hoja suelta.

Consagración de las Familias Cristianas á la Sagrada de Jesús, María y José. Publícase para el uso de las familias de esta Diócesis de Yucatán. Mérida de Yucatán. Imprenta Mercantil. Segunda calle de los Rosados, número 29. 1891. En 8º 15 páginas.

Edicto sobre el Tercer Ceutenario de San Luis Gonzaga. Mérida de Yucatán. Imprenta Mercantil. Segunda calle de los Rosados, número 29. 1891. En 8º 29 págiuas.

Ocurso en que se anuncia la recepción de la Bula para la fundación del Obispado de Campeche, la expedición del Decreto Episcopal respectivo, y se fija el 28 de Julio próximo se lea dicho Decreto en la Iglesia Mayor de Campeche, en presencia del Dgmo. Prelado yucateco, quedando así constituida dicha Diócesis. De 12 de Julio de 1895. En hoja suelta.

Edicto en que se manda levantar el acta correspondiente á la fundación del Obispado de Campeche, se declara creado dicho Obispado, que seguirá gobernando el Dgmo. Prelado de Yucatán, fundador de la nueva Diócesis, en nombre y delegación del Soberano Pontífice. De 28 de Julio de 1895. En hoja suelta.

Aranceles de las Parroquias del Obispado de Yucatán. Imprenta «Gamboa Guzmán.» Calle 58, número 503. 1896. En 4º 24 páginas.

IV.
CARTAS PASTORALES.
PRIMERA SERIE.

Primera Carta Pastoral del Ilustrísimo Señor Doctor Don Crescencio Carrillo y Aucona, Dignísimo Obispo de esta Diócesi de Yucatán, sobre su advenimiento á ella en propiedad, como Coadjutor que era con futura sucesión del Ilustrísimo Prelado difunto Señor Doctor Don Leandro Rodríguez de la Gala.

Segunda Carta Pastoral sobre la presente Cuaresma de 1887, considerada en relación con las circunstancias de actualidad y cou los deberes de conciencia.

Tercera Carta Pastoral sobre la Predicación y enseñanza de la Doctrina Cristiana.

Cuarta Carta Pastoral sobre el sostenimiento de la enseñanza eu el Seminario, sobre los Diezmos, mejoras de la Catedral é Imagen Patronal de Nuestra Señora de Izamal, con uu apéndice sobre la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

Quinta Carta Pastoral sobre la verdadera doctrina del Diezmo, su historia particular y de cómo obliga en esta Diócesi.

Sexta Carta Pastoral sobre los deberes del cristiano en Cuaresma, facultades de los Párrocos y Confesores en favor de sus feligreses y penitentes con relación al diezmo, é inserción de un documento pontificio sobre colecta de limosnas para la Tierra Sauta.

Séptima Carta Pastoral, insertando la del Soberano Pontífice Señor León XIII, sobre la práctica de la vida cristiana.

Octava Carta Pastoral sobre la actual situacióu del Soberano Pontífice, con motivo de los últimos sucesos ocurridos en Roma.

Novena Carta Pastoral insertando la excitativa del Illmo. Señor Arzobispo de México, sobre la urgente reparación, ya en obra, y ornato de la Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe.

Décima Carta Pastoral publicando la Encíclica de Su Santidad el Papa Leóu XIII, acerca de la condición de los obreros.

Undécima Carta Pastoral.—El Cuarto Centenario del Descubrimiento de la América.

Duodécima Carta Pastoral, suplementaria á la Undécima, sobre el Cuarto Ceuteuario del Descubrimiento de la América.

Decimatercia Carta Pastoral sobre el Jubileo Episcopal de Su Santidad el Papa Señor León XIII.

Decimacuarta Carta Pastoral sobre el Establecimiento de la Pía Asociación de familias consagradas á la Sagrada de Jesús, María y José.

Decimaquinta Carta Pastoral sobre los Matrimonios Ultramarinos.

Decimasexta Carta Pastoral sobre el Nuevo Oficio Guadalupano, que incluye y autoriza la verdad histórica de la Milagrosa Aparición.

Decimaséptima Carta Pastoral insertando las Letras Pontificias que promueven una colecta de limosnas en auxilio de la obra de atraer á la unidad católica á las naciones de Oriente.

Decimaoctava Carta Pastoral que incluye el Decreto por el cual se promulga, en la Diócesis de Yucatán y Campeche, el Concilio Provincial Antequerense.

Decimanona Carta Pastoral sobre la fundación del Obispado de Campeche.

Vigésima Carta Pastoral sobre la Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe.

Un tomo, en 4º, de 489 páginas.

SEGUNDA SERIE.

Vigesimaprimera Carta Pastoral sobre el Centenario del portentoso milagro de Nuestra Señora de Guadalupe, verificado en Roma el año 1796.

Vigesimasegunda Carta Pastoral sobre el desagravio de Nuestra Señora de Guadalupe y Aniversario de su Coronación.

Vigesimatercera Carta Pastoral sobre el Tercer Centenario del Glorioso Protomártir Mexicano, San Felipe de Jesús.

Vigesimacuarta Carta Pastoral, que trata de la Buena y mala lectura.

Mérida de Yucatán. Imprenta «Gamboa Guzmán.» Calle 58, número 503. 1896. En 4º 52 páginas.

V.

SOCIEDADES CIENTIFICAS

Á QUE PERTENECIÓ EL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE YUCATAN,

DOCTOR DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA.

American Ethnological Society, de N. York. Como miembro correspondiente. Nombramiento de 9 de Junio de 1868.

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de México. Como Socio Corresponsal. Nombramiento de 6 de Diciembre de 1869.

Sociedad del Museo de Ciencias, Artes, Literatura é Industria del Continente Americano, de Nueva York. Como miembro. Nombramiento de 17 de Marzo de 1870.

Liceo de Mérida. (Yucatán). Como Socio Honorario, adscrito á la sección literaria. Nombramiento de 22 de Abril de 1870.

Liceo Hidalgo, de México. Como socio. Nombramiento de 26 de Octubre de 1872.

Sociedad Agrícola Mexicana, de México. Como miembro. Nombramiento de 15 de Octubre de 1879.

Sociètè d' Ethnographic et de L'Alliance Scientifique, de París. Como miembro, desde 1880.

Círculo Artístico y Literario de Valladolid. (Yucatán). Como Socio Honorario. Nombramiento de 22 de Octubre de 1882.

Academia de Ciencias y Literatura, de Santo Tomás de Aquino, de Mérida (Yucatán). Como Socio Honorario. Nombramiento de 24 de Junio de 1883.

Sociètè Americaine de France, de París. Como Miembro, no residente. Nombramiento de 28 de Diciembre de 1884.

American Philosophical Society, de Filadelfia. Nombramiento de 17 de Diciembre de 1886.

Congreso Internacional de Americanistas, 8ª sesión reunida en París el 14 de Octubre de 1890. Electo Miembro Correspondiente delegado, en la sesión de 22 de Mayo de 1890, por el Comité de organización.

Junta Colombina de México, nombrada por el Gobierno para entender en todo lo relativo á la participación de la República, en la Celebración del IV Centenario del descubrimiento de América. Como miembro correspondiente. Nombramiento de 10 de Julio de 1891.

Cuarto Centenario del Descubrimiento de America. Comisión Española en México, de la Exposición Histórico Americana de Madrid. Como Delegado. Nombramiento de 29 de Febrero de 1892.

Congreso Internacional de Americanistas, reunión del año de 1892, en el Convento de Santa María de la Rábida, en Madrid.

Congreso de Americanistas reunido en México del 15 al 20 de Octubre de 1895. Nombramiento de Mayo de 1895.

Los fondos para la publicación de esta obra, fueron colectados por los Sres. D. Carlos Casáres Martínez de Arredondo, D. Tomás Castellanos y D. Manuel Yenro.

La obra se hizo bajo la dirección de los Sres. D. Delio Moreno Cantón, D. Andrés Saenz de Santamaría, D. Arturo Gamboa Guzmán y D. Fernando Juanes G. Gutiérrez.

Se imprimieron 800 ejemplares iguales para obsequiar á

S. S. EL SEÑOR LEON XIII,

á ilustres Prelados de la Corte Pontificia, á los Illmos. Sres. Arzobispos y Obispos de la Iglesia Mexicana, al V. Cabildo y Clero Yucateco, á las Sociedades Científicas, extranjeras y nacionales, á que perteneció el Illmo. Sr. Carrillo, á los escritores y á la Prensa cuyos escritos aparecen coleccionados, y á numerosas personas de Yucatán y de otros Estados de la República.

Imprenta de José Gamboa Guzmán.

MÉRIDA.—1897.